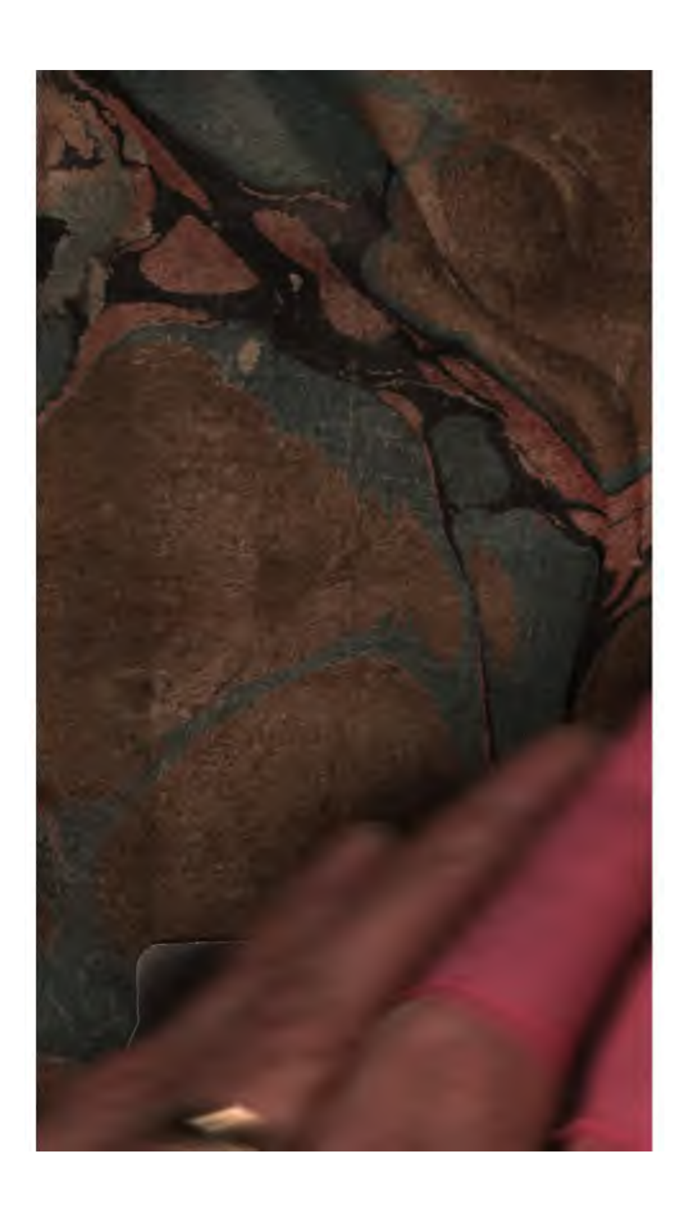








Seb. Kiß

Geo O'Gorman

(1824)

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

HISTORIA VERDADERA
DE LA CONQUISTA
DE LA
NUEVA ESPAÑA.

ESCRITA

POR EL CAPITAN BERNAL DIAZ DEL CASTILLO,
uno de sus Conquistadores.

TOMO I.



EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO CANO
Año de 1795.

EL AUTOR.

Yo Bernal Diaz del Castillo, Regidor desta Ciudad de Santiago de Guatimala, Autor desta muy verdadera y clara Historia, la acabé de sacar á luz, que es desde el descubrimiento, y todas los Conquistas de la Nueva España, y como se tomó la gran Ciudad de México, y otras muchas ciudades, y hasta las haber traido de paz; é pobladas muchas ciudades é villas de Españoles, las enviamos á dar y entregar, como *somos* obligados, á *nuestro Rey é Señor* : en la qual

Historia hallarán cosas muy notables, é dignas de saber: é tambien van declarados los borrones, é cosas escritas viciosas en un libro de Francisco Lopez de Gomara, que no solamente va errado en lo que escribió de la Nueva España, sino que tambien hizo errar á dos famosos Historiadores, que siguiéron su Historia, que se dicen el Doctor Illescas, y el Obispo Paulo Jobio; y á esta causa digo é afirmo, que lo que en este libro se contiene va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas é rencuentros de guerra: é no son cuentos viejos, ni Historias de Romanos de mas de setecientos años, porque á manera *de decir*, ayer pasó lo que verán

en mi Historia, é como, é quando, é de qué manera; y dello era buen testigo el muy esforzado é valeroso Capitan Don Hernando Cortés Marques del Valle, que hizo relacion en una carta que escribió de México al Sereníſimo Emperador Don Cárlos V. de gloriosa memoria, é otra del Virrey Don Antonio de Mendoza, é por probanzas bastantes. Y demas desto, desque mi Historia se vea, dará fe é claridad dello; la qual se acabó de sacar en limpio de mis memorias é borradores en esta muy leal ciudad de Guatimala, donde reside la Real Audiencia, en veinte y seis dias del mes de Febrero de mil y quinientos y sesenta *y ocho* años. Tengo de *acabar de escribir* ciertas cosas que

fal-

faltan, que aun no se han acal
do: va en muchas partes testa
lo qual no se ha de leer. Pido
merced á los Señores Impreso
que no quiten, ni añadan mas
tras de las que aquí van, é
plan, &c.

VERDADERA HISTORIA DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA *DE LA NUEVA ESPAÑA.*

CAPÍTULO PRIMERO.

En qué tiempo salí de Castilla, y lo que me acaeció.

En el año de mil y quinientos y catorce salí de Castilla en compañía del Gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazon le diéron la Gobernacion de Tierra Firme: y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al Nombre de Dios: y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos muriéron muchos soldados; y demas de esto todos los mas adolecimos, y se nos hacian unas malas llagas en las piernas: y tambien en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo Gobernador con un hidalgo que en aquella sazon estaba por Capitan, y habia conquistado aquella Provincia, que se decia Vasco Nuñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedro Arias de Avila casó en aquel tiempo una su hija

doncella con el mismo Balboa : y despues que la hubo desposado, segun pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le queria alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia le mandó degollar. Y desque vimos lo que dicho tengo, y otras revueltas entre Capitanes y soldados, y alcanzamos á saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por Gobernador un hidalgo, que se decia Diego Velazquez, natural de Cuellar; acordamos ciertos hidalgos, y soldados, personas de calidad de los que habiamos venido con el Pedro Arias de Avila, de demandalle licencia para nos ir á la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad; porque no tenia necesidad de tantos soldados como los que truxo de Castilla para hacer guerra, porque no habia que conquistar, que todo estaba de paz; porque el Vasco Nuñez de Balboa yerno del Pedro Arias de Avila habia conquistado, y la tierra de suyo es muy corta, y de poca gente. Y desque tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío; y con buen tiempo llegamos á la isla de Cuba, y fuimos á besar las manos al Gobernador della, y nos mostró mucho amor, y prometió que nos daria Indios de los primeros que vacasen : y como se habian pasado ya tres años, ansi en lo que estuvimos en Tierra Firme, como lo que estuvimos en la isla de Cuba aguardando á que nos deposi-

ta-

tase algunos Indios como nos habia prometido, y no habiamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habiamos venido de Tierra Firme, y de otros que en la Isla de Cuba no tenian Indios: y concertamos con un hidalgo, que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, que era hombre rico, y tenia pueblos de Indios en aquella isla, para que fuese nuestro Capitan, y á nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo Gobernador Diego Velazquez, fiado, con condicion, que primero que nos le diese nos habiamos de obligar todos los soldados que con aquellos tres navíos habiamos de ir á unas isletas que estan entre la isla de Cuba, y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes, y que habiamos de ir de guerra, y cargar los navíos de Indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que pedia el Diego Velazquez no era justo, le respondimos, que lo que decia no lo mandaba Dios, ni el Rey; que hiciesemos á los libres esclavos. Y desque vió nuestro intento, dixo, que era bueno el propósito que llevabamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo: y en

tónces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viage. Y desque nos vimos con tres navíos, y matalotage de pan cazabe, que se hace de unas raices que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazon no habia en la isla de Cuba vacas, ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas, que entre todos los soldados compramos, y buscamos tres pilotos, que el mas principal dellos, y el que regia nuestra armada se llamaba Anton de Alaminos, natural de Palos, y el otro piloto se decia Camacho de Triana, y el otro Juan Alvarez el Manquillo de Huelva; y asimismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables, y maromas, y anclas, y pipas de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viage, y todo esto á nuestra costa y minsion. Y despues que nos hubimos juntado los soldados, que fuéron ciento y diez, nos fuimos á un puerto, que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del Norte, y estaba ocho leguas de una villa que entónces tenian poblada, que se decia San Christóval, que desde dos años la pasáron adonde agora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un Clerigo, que estaba en la mis-

ma villa de San Christóval, que se decia Alonso Gonzalez, que con buenas palabras y prometimientos que le hicimos se fué con nosotros; y demas desto elegimos por Veedor en nombre de su Magestad á un soldado que se decia Bernardino Iniguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topasemos tierras que tuviesen oro, ó perlas, ó plata, hubiese persona suficiente que guardase el Real quinto. Y despues de todo esto concertado, y oido Misa, encomendándonos á Dios nuestro Señor, y á la Vírgen Santa María su bendita Madre nuestra Señora, comenzamos nuestro viage de la manera que adelante diré.

CAPÍTULO II.

Del descubrimiento de Yucatan, y de un reencuentro de guerra que tuvimos con los naturales.

En ocho dias del mes de Febrero del año de mil y quinientos y diez y siete años salimos de la Habana, y nos hicimos á la vela en el puerto de Jaruco, que ansi se llama entre los Indios, y es la banda del Norte, y en doce dias doblamos la de San Anton, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos Indios como salvages. Y doblada

aquella punta, y puestos en alta mar, navegamos á nuestra ventura hácia donde se pone el Sol, sin saber baxos, ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos dias con sus noches, y fué tal que estuvimos para nos perder: y desque abonanzó, yendo por otra navegacion, pasados veinte y un dias que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello: la qual tierra jamas se habia descubierto, ni habia noticia de ella hasta entónces, y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaria de la costa obra de dos leguas; y viendo que era gran poblacion, y no habiamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cayró. Y acordamos que con él un navío de ménos porte se acercasen lo que mas pudiesen á la costa á ver qué tierra era, y á ver si habia fondo para que pudiesemos anclear junto á la costa: y una mañana, que fuéron quatro de Marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de Indios naturales de aquella poblacion, y venian á remo y vela. Son canoas hechas á manera de artesas, y son grandes de maderos gruesos, y cavadas por dedentro, y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas de-

dellas en que caben en pie quarenta y cincuenta Indios. Quiero volver á mi materia. Llegados los Indios con las cinco canoas cerca de nuestros navíos con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos, y capeándoles con las capas para que nos viniesen á hablar, porque no teniamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la de Yucatan, y Mexicana; sin temor ninguno viniéron, y entráron en la Nao Capitana sobre treinta dellos; á los quales dimos de comer cazabe, y tocino, y á cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuviéron mirando un buen rato los navíos; y el mas principal dellos, que era Cacique, dixo por señas que se queria tornar á embarcar en sus canoas, y volver á su pueblo, y que otro dia volverian, y traerian mas canoas en que saltasemos en tierra: y venian estos Indios vestidos con unas xaquetas de algodon, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman maltates, y tuvímoslos por hombres mas de razon que á los Indios de Cuba; porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas defuera, excepto las mugeres que traian hasta que les llegaban á los muslos unas ropas de algodon, que llaman naguas. Volvamos á nuestro cuento, que otro dia por la mañana volvió el mismo Cacique á los navíos, y truxo doce canoas grandes con muchos Indios remeros, y dixo por

señas al Capitan, con muestras de paz, que fuesemos á su pueblo, y que nos darian comida, y lo que hubiesemos menester; y que en aquellas doce canoas podiamos saltar en tierra. Y quando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdome que decia *con escotoch, con escotoch*, y quiere decir, andad acá á mis casas; y por esta causa pusimos desde entónces por nombre á aquella tierra Punta de Cotoche; y así está en las cartas del marear. Pues viendo nuestro Capitan, y todos los demas soldados, los muchos halagos que nos hacia el Cacique para que fuesemos á su pueblo, tomó consejo con nosotros, y fué acordado que sacasemos nuestros bateles de los navíos, y en el navío de los mas pequeños, y en las doce canoas saliesemos á tierra todos juntos de una vez; porque vimos la costa llena de Indios que habian venido de aquella poblacion: y salimos todos en la primera barcada. Y quando el Cacique nos vido en tierra, y que no ibamos á su pueblo, dixo otra vez al Capitan por señas, que fuesemos con él á sus casas, y tantas muestras de paz hacia, que tomando el Capitan nuestro parecer, para si iriamos, ó no; acordóse por todos los mas soldados, que con el mejor recaudo de armas que pudiesemos llevar, y con buen concierto fuesemos. Llevamos quince ballestas, y diez escopetas (que así se llamaban escopetas y espingardas en aquel

tiem-

tiempo) y comenzamos á caminar por un camino por donde el Cacique iba por guia con otros muchos Indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos, comenzó á dar voces, y apellidar el Cacique para que saliesen á nosotros esquadrones de gente de guerra que tenian en zelada para nos matar: y á las voces que dió el Cacique, los esquadrones viniéron con gran furia, y comenzáron á nos flechar de arte, que á la primera rociada de flechas nos hiriéron quince soldados, y traian armas de algodon, y lanzas, y rodelas, arcos, y flechas, y hondas, y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas viniéron á se juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas á manteniente nos hacian mucho mal. Mas luego les hicimos huir como conociéron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas, y escopetas, el daño que les hacian; por manera que quedáron muertos quince dellos. Un poco mas adelante donde nos diéron aquella refriega, que dicho tengo, estaba una placeta, y tres casas de cal y canto, que eran adoratorios donde tenian muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mugeres, altos de cuerpos, y otros de otras malas figuras, de manera, que al parecer estaban haciendo sodomías unos bultos de Indios con otros: y dentro en las casas tenian

nian unas arquillas hechizas de madera, y en ellas otros ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes, y tres diademas, y otras piecezuelas á manera de pescados, y otras á manera de anades de oro baxo. Y despues que lo hubimos visto, así el oro, como las casas de cal y canto, estabamos muy contentos porque habiamos descubierto tal tierra; porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió dende ahí á diez y seis años. En aquel instante que estabamos batallando con los Indios, como dicho tengo, el Clérigo Gonzalez iba con nosotros, y con dos Indios de Cuba se cargó de las arquillas, y el oro, y los ídolos, y lo llevó al navío: y en aquella escaramuza prendimos dos Indios, que despues se bautizáron, y volviéron Christianos, y se llamó el uno Melchor, y el otro Julian, y entrambos eran trastravados de los ojos. Y acabado aquel rebato acordamos de nos volver á embarcar, y seguir las costás adelante descubriendo hácia donde se pone el sol. Y despues de curados los heridos, comenzamos á dar velas.

CAPÍTULO III.

Del descubrimiento de Campeche.

Como acordamos de ir la costa adelante hácia el Poniente descubriendo puntas, y baxos, y ancones, y arracifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Anton de Alaminos; ibamos con gran tiento de dia navegando, y de noche al reparo, y parando: y en quince dias que fuimos desta manera, vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande, y habia cerca dél gran ensenada y bahía; creimos que habia rio, ó arroyo, donde pudiesemos tomar agua, porque teniamos gran falta della: acabábase, la de las pipas, y basijas que traiamos, que no venian bien reparadas, que como nuestra armada era de hombres pobres, no teniamos dinero quánto convenia para comprar buenas pipas: faltó el agua, hubimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fué un Domingo de Lazaro, y á esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro nombre propio de Indios se dice Campeche: pues para salir todos de una barcada, acordamos de ir en el navío mas chico, y en los tres bateles bien apercebidos de nuestras armas, no nos acaeciese como en la punta de

Co-

Cotoche; porque en aquellos ancones, y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dexamos los navíos ancleados mas de una legua de tierra, y fuimos á desembarcar cerca del pueblo, que estaba allí un buen paso de buena agua, donde los naturales de aquella poblacion venian y se servian dél: porque en aquellas tierras, segun hemos visto, no hay rios, y sacamos las pipas para las henchir de agua, y volvernos á los navíos: ya que estaban llenas, y nos queriamos embarcar, viniéron del pueblo obra de cincuenta Indios, con buenas mantas de algodon, y de paz, y á lo que parecia debieran de ser Caciques, y nos decian por señas que qué buscabamos? y les dimos á entender que tomar agua, é irnos luego á los navíos; y señaláron con la mano que si veniamos de hácia donde sale el Sol; y decian *Castilá, Castilá*, y no mirabamos bien en la plática de *Castilá, Castilan*. Y despues destas pláticas que dicho tengo, nos dixéron por señas que fuesemos con ellos á su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iriamos: acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso, y lleváronnos á unas casas muy grandes que eran adoratorios de sus ídolos, y estaban muy bien labradas de cal y canto, y tenian figurados en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras, y otras pinturas de ídolos, y al derredor de uno como altar lle-

lleno de gotas de sangre muy fresca; y á otra parte de los ídolos tenian unas señales como á manera de cruces, pintados de otros bultos de Indios. De todo lo qual nos admiramos como cosa nunca vista, ni oida. Segun pareció en aquella sazon habian sacrificado á sus ídolos ciertos Indios, para que les diesen vitoria contra nosotros, y andaban muchos Indios é Indias riéndose, y al parecer muy de paz como que nos venian á ver: y como se juntaban tantos, temimos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche: y estando desta manera viniéron otros muchos Indios que traian muy ruines mantas, cargados de carrizos secos, y los pusiéron en un llano, y tras estos viniéron dos esquadrones de Indios flecheros con lanzas, y rodelas, y hondas, y piedras, y con sus armas de algodon, y puestos en concierto en cada esquadron su Capitan, los quales se apartáron en poco trecho de nosotros, y luego en aquel instante saliéron de otra casa, que era su adoratorio, diez Indios que traian las ropas de mantas de algodon largas, y blancas, y los cabellos muy grandes llenos de sangre, y muy revueltos los unos con los otros, que no se les pueden esparcir, ni peynar, sino se cortan, los quales eran Sacerdotes de los ídolos, que en la Nueva España comunmente se llaman Papas; otra vez digo que en la Nueva España se llaman Papas, y
así

así los nombraré de aquí adelante: y aquellos Papas nos truxéron zahumerios como á manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzáron á zahumar, y por señas nos dicen que nos vamos de sus tierras ántes que á aquella leña que tienen llegada se ponga fuego, y se acabe de arder, si no que nos darán guerra, y nos matarán. Y luego mandáron poner fuego á los carrizos, y comenzó de arder, y se fuéron los Papas callando sin mas nos hablar; y los que estaban apercebidos en los esquadrones empezáron á silvar, y á tañer sus bocinas, y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte, y muy bravosos, y de lo de la punta de Cotoche aun no teniamos sanas las heridas, y se habian muerto dos soldados que echamos al mar, y vimos grandes esquadrones de Indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos á la costa; y así comenzamos á caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol que está en la mar, y los bateles, y el navío pequeño fuéron por la costa tierra á tierra con las pipas de agua, y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos habiamos desembarcado por el gran número de Indios que ya se habian juntado; porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darian guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos,

y

y embarcados en una bahía como portezuelo que allí estaba, comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volvió un Norte que es travesía en aquella costa, el qual duró quatro dias con sus noches que estuvimos para dar al través; tan recio temporal hacia, que nos hizo anclear la costa por no ir al través, que se nos quebráron dos cables, y iba garrando á tierra el navío. O en qué trabajo nos vimos! que si se quebrara el cable, ibamos á la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudáron con otras maromas viejas, y guindaletas. Pues ya reposado el tiempo, seguimos nuestra costa adelante, llegándonos á tierra quanto podiamos para tornar á tomar agua, que (como he dicho) las pipas que traiamos viniéron muy abiertas, y asimismo no habia regla en ello; como ibamos costeando creiamos que do quiera que saltasemos en tierra, la tomariamos de xagueyes y pozos que cavariamos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navíos un pueblo, y ántes de obra de una legua dél hácia una ensenada que parecia que abria rio, ó arroyo, acordamos de surgir junto á él: y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar, y quedan en seco los navíos, por temor desto surgimos mas de una legua de tierra en el navío menor, y en todos los bateles fué acordado que saltasemos en aquella ensenada,

sa-

sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas, y ballestas, y escopetas. Salimos en tierra poco mas de medio dia, y habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo *Potonchan*, é henchimos nuestras pipas de agua, mas no las pudimos llevar, ni meter en los bateles, con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros: y quedarseha aqui, y adelante diré las guerras que nos diéron.

CAPÍTULO IV.

Como desembarcamos en una bahía, donde habia maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos diéron.

Y estando en las estancias y maizales, por mí ya dichas, tomando nuestra agua, viniéron por la costa muchos esquadrones de Indios del pueblo de Potonchan (que así se dice) con sus armas de algodon, que les daba á la rodilla, y con arcos y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas hechas á manera de montantes de á dos manos, y hondas, y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto, enalmagrados, y venian callando, y se vienen derechos á nosotros,

otros, como que nos venian á ver de paz, y por señas nos dixéron, que si veniamos de donde sale el Sol, y las palabras formales segun nos hubiéron dicho los de Lázaro, *Castilan, Castilan*: y respondimos por señas, que de donde sale el Sol veniamos. Y entónces paramos en las mientes y en pensar que podia ser aquella plática; porque los de San Lázaro nos dixéron lo mismo, mas nunca entendimos al fin que lo decian. Seria quando esto pasó, y los Indios se juntaban, á la hora de las Ave Marías, y fuéronse á unas caserías; y nosotros pusimos velas y escuchas, y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oimos venir con el gran ruido y estruendo que traian por el camino, muchos Indios de otras sus estancias, y del pueblo, y todos de guerra. Y desque aquello sentimos, bien entendido teniamos, que no se juntaban para hacernos ningun bien; y entramos en acuerdo con el Capitan, que es lo que hariamos: y unos soldados daban por consejo, que nos fuesemos luego á embarcar; y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno, y otros dicen otro, hubo parecer, que si nos fueramos á embarcar, que como eran muchos Indios, darian en nosotros, y habria mucho riesgo de nuestras vidas: y otros eramos de acuerdo, que diesemos en ellos esa noche; que como dice el

refran, quien acomete, vence: y por otra parte viamos, que para cada uno de nosotros habia trecientos Indios. Y estando en estos conciertos, amaneció, y diximos unos soldados á otros, que tuviesemos confianza en Dios y corazones muy fuertes para pelear; y despues de nos encomendar á Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vidas. Ya que era de dia claro, vimos venir por la costa muchos mas esquadrones guerreros; con sus banderas tendidas, y penachos, y atambores, y con arcos, y flechas, y lanzas, y rodelas, y se juntáron con los primeros que habian venido la noche ántes; y luego hechos sus esquadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas, y varas, y piedras, con sus hondas, que hiriéron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntáron con nosotros pie con pie, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traian á mal andar, puesto que les dabamos buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas, y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando: y ya que se apartaban algo de nosotros, desque sentian las grandes estocadas y cuchilladas que les dabamos, no era léjos, y esto fué par mejor flechar y tirar al terreno á su salvo: y quando estabamos en esta batalla, y los Indios se apellidaban, decian en su lengua: *al Calachoni*,

al

al Calachoni, que quiere decir, que matasen al Capitan, y le diéron doce flechazos, y á mí me diéron tres; y uno de los que me diéron, bien peligroso, en el costado izquierdo; que me pasó á lo hueco; y á otros de nuestros soldados diéron grandes lanzadas, y á dos lleváron vivos, que se decia el uno Alonso Bote, y el otro era un Portugues viejo. Pues viendo nuestro Capitan que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos esquadrones, y venian mas de refresco del pueblo, y les traian de comer y beber, y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaznates, y nos habian muerto ya sobre cincuenta soldados: y viendo que no teniamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos á los bateles que teniamos en la costa, que fué buen socorro; y hechos todos nosotros un esquadron rompimos por ellos. Pues oir la grita, y silvos, y vocería, y priesa que nos daban de flecha, y á mantiniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que como nos acogimos de golpe á los bateles, y eramos muchos, ibanse á fondo, y como mejor pudimos, asidos á los bordes medio nadando entre dos aguas llegamos al navío de ménos porte que estaba cerca, que ya venia á gran priesa á nos socorrer; y al embarcarse hiriéron mu-

chos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y lès tiraban al terrero, y entráron en la mar con las lanchas, y daban á mantiniente á nuestros soldados: y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros con los dos que llevárón vivos, y con cinco que echamos en la mar, que muriéron de las heridas, y de la gran sed que pasáron. Estuvimos peleando en aquellas batallas poco mas de media hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusiéron por nombre los Pilotos y marineros, *Bahía de mala pelea*. Y desque nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias á Dios: y quando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldecian al Piloto Anton de Alaminos, y á su descubrimiento y viage, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino Isla: donde los dexaré ahora, y diré lo que mas nos acaeció.

CA-

CAPÍTULO V.

Como acordamos de nos volver á la Isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos, hasta llegar al Puerto de la Habana.

Desque nos vimos embarcados en los navíos de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias á Dios, y despues de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de quantos allí nos hallamos, que no tuviesen á dos y á tres, y á quatro heridas, y el Capitan con doce flechazos, solo un soldado quedó sin herir) acordamos de nos volver á la Isla de Cuba, y como estaban tambien heridos todos los mas de los marineros que saltáron en tierra con nosotros, que se halláron en las peleas, no teniamos quien marchase las velas. Y acordamos que dexasemos el un navío el de ménos porte en la mar puesto fuego, despues de sacadas dél las velas, y anclas, y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte. Pues otro mayor daño teniamos, que fué la gran falta de agua, porque las pipas y vasijas que teniamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos diéron, y priesa de nos acoger á los bateles, no se pudiéron llevar, que allí se que-

dáron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teniamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no habia. ¡O qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar, sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos, en que nosotros nos vimos. Por manera, que con todo eso ibamos navegando muy allegados á tierra para hallarnos en parage de algun rio, ó bahía para tomar agua: y al cabo de tres dias vimos uno como ancon, que parecia rio, ú estero, que creimos tener agua dulce, y saltáron en tierra quince marineros de los que habian quedado en los navíos, y tres soldados que estaban mas sin peligro de los flechazos, y lleváron azadones, y tres barriles para traer agua: y el estero era salado, é hiciéron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero, por manera, que mala como era, truxéron las vasijas llenas, y no habia hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y á dos soldados que la bebiéron, dañó los cuerpos y las bocas. Habia en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso por nombre *el Estero de los Lagartos*, y así está en las cartas del marear. Dexemos esta plática, y diré, que entretanto que fuéron los bateles por el agua,

se

se levantó un viento Nordeste tan deshecho, que ibamos garrando á tierra con los navíos; y como en aquella costa es travesía, y reyna siempre Norte y Nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cables; y como lo viéron los marineros que habian ido á tierra por el agua, viniéron muy mas que de paso con los bateles, y tuviéron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuviéron los navíos seguros dos dias y dos noches; y luego alzamos anclas, y dimos vela, siguiendo nuestro viage para nos volver á la Isla de Cuba: parece ser el Piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos Pilotos, que desde aquel parage donde estabamos atravesasemos á la Florida, porque hallaban por sus cartas, y grados, y alturas, que estaria de allí obra de setenta leguas, y que despues de puestos en la Florida, dixéron que era mejor viage, é mas cercana navegacion para ir á la Habana, que no la derrota por donde habiamos primero venido á descubrir: y así fué como el Piloto dixo, porque segun yo entendí, habia venido con Juan Ponce de Leon á descubrir la Florida habia diez ó doce años ya pasados. Volvamos á nuestra materia, que atravesando aquel golfo en quatro dias que navegamos, vimos la tierra de la misma Florida: y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPÍTULO VI.

Como desembarcáron en la bahía de la Florida veinte soldados, y con nosotros el Piloto Alaminos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos diéron los naturales de aquella tierra, y lo que mas pasó hasta volver á la Habana.

Llegados á la Florida, acordamos, que saliesen en tierra veinte soldados de los que teniamos mas sanos de las heridas: yo fuí con ellos, y tambien el Piloto Anton de Alaminos, y sacamos las vasijas que habia, y azadones, y nuestras ballestas, y escopetas: y como el Capitan estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios, que en todo caso le truxesemos agua dulce, que se secaba y moria de sed, porque el agua que habia era muy salada, y no se podia beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos á tierra cerca de un estero que entraba en la mar, el Piloto reconoció la costa, y dixo que habia diez ó doce años que habia estado en aquel parage quando vino con Juan Ponce de Leon á descubrir aquellas tierras, y allí le habian dado guerra los Indios de aquella tierra, y que les habian muerto muchos soldados, y que á esta causa estuviesemos muy sobre avi-

aviso apercibidos, porque viniéron en aquel tiempo que dicho tiene muy de repente los Indios quando le desbaratáron: y luego pusimos por espías dos soldados en una playa, que se hacia muy ancha, é hicimos pozos muy hondos, donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazon era menguante la marea, y quiso Dios que topasemos muy buena agua: y con el alegría, y por hartarnos della, y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queriamos venir á embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habiamos puesto en la playa, dando muchas voces, diciendo: al arma, al arma, que vienen muchos Indios de guerra por tierra, y otros en canoas por el estero, y el soldado dando voces, é venia corriendo; y los Indios llegáron casi á la par con el soldado contra nosotros, y traian arcos muy grandes, y buenas flechas y lanzas, y unas á manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se viniéron derechos á nos flechar, é hiriéron luego seis de nuestros compañeros, y á mí me diéron un flechazo en el brazo derecho de poca herida, y dímosles tanta priesa de estocadas y cuchilladas, y con las escopetas y vallestas que nos dexan á nosotros, los que estabamos tomando el agua de los pozos, y van á la mar, y

es-

los Levantiscos: *Fácetelo vos*, pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed, y trabajos, y heridos como vosotros: por manera, que les haciamos dar á la bomba, aunque no querian, y malos y heridos como ibamos mareábamos las velas, y dábamos á la bomba, hasta que nuestro Señor Jesu-Christo nos llevó á puerto de Carenas donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo *Puerto de Carenas* se solia llamar, y no Habana: y quando nos vimos en tierra, dimos muchas gracias á Dios, y luego se tomó el agua de la Capitana un Búzano Portugues que estaba en otro navío en aquel puerto, y escribimos á Diego Velazquez Gobernador de aquella Isla, muy en posta, haciéndole saber que habiamos descubierto tierras de grandes poblaciones, y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodon, y cubiertas sus vergüenzas, y tenian oro y labranzas de maizales: y desde la Habana se fué nuestro Capitan Francisco Hernandez por tierra á la villa de Santispíritus, que así se dice, donde tenia su encomienda de Indios, y como iba mal herido, murió dende allí á diez dias que habia llegado á su casa: y todos los demas soldados nos desparcimos, y nos fuimos unos por una parte, y otros por otra de la Isla adelante: y en la Habana se muriéron tres soldados de

de las heridas, y los navíos fuéron á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador, y desque hubiéron desembarcado los dos Indios que hubimos en la punta de Cotoche, que ya he dicho, que se decian Melchorillo y Juanillo, y el arquilla con las diademas, y ánades, y pescadillos, y con los ídolos de oro, que aunque era baxo y poca cosa, sublimábanlo de arte, que en todas las Islas de Santo Domingo, y en Cuba, y aun en Castilla llegó la fama dello: y decian que otras tierras en el mundo no se habian descubierto mejores, ni casas de cal y canto: y como vió los ídolos de barro, y de tantas maneras de figuras, decian que eran del tiempo de los Gentiles, otros decian que eran de los Judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalen, y que habian aportado con los navíos rotos en que les echáron en aquella tierra: y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velazquez á aquellos Indios, que si habia minas de oro en su tierra? y á todos les respondian que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la Isla de Cuba, y decian que habia mucho en su tierra, y no le decian verdad: porque claro está, que en la punta de Cotoche ni en todo Yucatan no es donde hay minas de oro: y asimismo les mostraban los Indios los

mon-

montones que hacen de tierra donde ponen y siembran las plantas, de cuyas raices hacen el pan cazabe, y llámanse en la Isla de Cuba Yuca, y los Indios decian que las habia en su tierra, y decian Tale por la tierra, que así se llama la en que las plantaban, de manera que Yuca con Tale quiere decir Yucatan. Decian los Españoles que estaban hablando con el Diego Velazquez, y con los Indios: Señor, dicen estos Indios que su tierra se llama Yucatan, y así se quedó con este nombre, que en su propia lengua no se dice así. Por manera que todos los soldados que fuimos á aquel viage á descubrir, gastamos los bienes que teniamos, y heridos y pobres volvimos á Cuba, y aun lo tuvimos á buena dicha haber vuelto, y no quedar muertos con los demas mis compañeros: y cada soldado tiró por su parte: y el Capitan (como dicho tengo) luego murió, y estuvimos muchos dias en curarnos los heridos, y por nuestra cuenta hallamos que se muriéron al pie de setenta soldados; y esta ganancia truximos de aquella entrada, y descubrimiento. Y el Diego Velazquez escribió á Castilla á los Señores, que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que él lo habia descubierto, y gastado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decia Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arbobispo de Rosano, que

así

así se nombraba, que era como Presidente de Indias, y lo escribió á su Magestad á Flandes dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo memoria de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaeciéron á mí, y á tres soldados.

CAPÍTULO VII.

De los trabajos que tuve hasta llegar á una villa que se dice la Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estabamos sanos de los flechazos, y para ir á la villa de la Trinidad ya que estabamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decia Pedro de Avila, que iba asimismo á aquel viage en una canoa por la mar por la banda del Sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodon, que iba á vender á la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa á costa: y el concierto que hicimos con el Pedro de Avila, fué que dariamos diez pesos de oro, porque fuesemos en su canoa. Pues yendo por la

cos-

costa adelante, á veces remando y á ratos á la vela; ya que habiamos navegado once dias en parage de un pueblo de Indios de paz, que se dice Canarreon, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remabamos todos nosotros: y el Pedro de Avila, y unos Indios de la Habana, y unos remeros muy buenos que traiamos, hubimos de dar al traves entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa, por manera que se nos quebró la canoa, y el Avila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos, y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa, y poder mejor nadar nos apercibimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de entre aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no habia camino por la costa, sino malos paises y ceborucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas, que pasan las plantas de los pies, y sin tener que comer: pues como las olas que rebentaban de aquellos grandes ceborucos, nos embestian, y con el gran viento que hacia llevabamos hechas grietas en las partes ocultas, que corria sangre dellas, aunque nos habiamos puesto delante muchas hojas de árboles, y otras yerbas que buscamos para nos ta-

tapar. Pues como por aquella costa no podiamos caminar, por causa que se nos hincaban por las plantas de los pies aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que habia en el monte cortamos cortezas de árboles, que pusimos por suelas, atados á los pies con unas que parecen cuerdas delgadas que llaman bejucos, que nacen entre los árboles, que espadas no sacamos ninguna, y atamos los pies y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos á una playa de arena, y de ahí á dos dias que caminamos, llegamos á un pueblo de Indios, que se decia Yaguarama, el qual era en aquella sazon del Padre Fray Bartolomé de las Casas, que era Clérigo Presbitero, y despues le conocí Frayle Dominico, y llegó á ser Obispo de Echiapa; y los Indios de aquel pueblo nos diéron de comer. Y otro dia fuimos hasta otro pueblo, que se decia Chipiona, que era de un Alonso de Avila, é de un Sandoval (no digo del Capitan Sandoval el de la Nueva España) y desde allí á la Trinidad: y un amigo mio que se decia Antonio de Medina me remedió de vestidos, segun que en la villa se usaban, y así hiciéron á mis compañeros otros vecinos de aquella villa: y desde allí con mi pobreza y trabajos me fuí á Santiago de Cuba, adonde estaba el Gobernador Diego Velazquez, el qual andaba

dando mucha priesa en enviar otra armada: y quando le fui á besar las manos, que eramos deudos, él se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dixo, que si estaba bueno de las heridas para volver á Yucatan. E yo riyendo le respondí, ¿que quién le puso nombre Yucatan? que allí no le llaman así. E dixo, Melchorejo el que truxistes lo dice. E yo dixe: mejor nombre seria la tierra donde nos matáron la mitad de los soldados que fuimos, y todos los demas salimos heridos. E dixo: bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es á los que suelen descubrir tierras nuevas, y ganar honra, é su Magestad os lo gratificará, é yo así se lo escribiré. E ahora, hijo, id otra vez en la Armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra, y diré lo que pasó.

CAPÍTULO VIII.

Como Diego Velazquez Gobernador de Cuba, envió otra Armada á la tierra que descubrimos.

En el año de mil quinientos y diez y ocho años, viendo Diego Velazquez Gobernador de Cuba la buena relacion de las tierras qne descubrimos, que se dice Yucatan, ordenó de enviar una Armada: y para ella se buscáron quatro navíos, los dos fuéron *los que* hubimos comprado los soldados que

fui-

fuimos en compañía del Capitan Francisco Hernandez de Córdoba á descubrir á Yucatan (segun mas largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos navíos compró el Diego Velazquez de sus dineros. Y en aquella sazon que ordenaba el Armada, se halláron presentes en Santiago de Cuba, donde residia el Velazquez, Juan de Grijalva, y Pedro de Alvarado, y Francisco de Montejo, é Alonso de Avila, que habian ido con negocios al Gobernador, porque todos tenian encomiendas de Indios en las mismas Islas: y como eran personas valerosas, concertóse con ellos, que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velazquez, viniese por Capitan General, é que Pedro de Alvarado viniese por Capitan de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Avila de otro: por manera, que cada uno destos Capitanes procuró de poner bastimentos, y matalotaje, de pan cazabe y tocinos, y el Diego Velazquez puso vallestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y mas los navíos. Y como habia fama destas tierras, que eran muy ricas, y habia en ellas casas de cal y canto, y el Indio Melchorejo decia por señas, que habia oro, tenian mucha codicia los vecinos y soldados que no tenian Indios en la Isla, de ir á esta tierra: por manera que de presto nos juntamos ducientos y quarenta compañeros: y tambien pusimos cada soldado de la

hacienda que teniamos para matalotaje y armas, y cosas que convenian, y en este viage volví, y con estos Capitanes otra vez, y parece ser la instruccion que para ello dió el Gobernador Diego Velazquez; fué segun entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenian poblar, que poblasen, ó si no, que se volviesen á Cuba. E vino por Veedor de la Armada uno que se decia Peñalosa, natural de Segovia, y truximos un Clérigo, que se decia Juan Diaz; y los tres Pilotos que ántes habiamos traido quando el primero viage, que ya he dicho sus nombres, y de dónde eran, Anton de Alaminos de Palos, y Camacho de Triana, y Juan Alvarez el Manquillo de Huelba, y el Alaminos venia por Piloto mayor, y otro Piloto, que entónces vino, no me acuerdo el nombre. Pues ántes que mas pase adelante, porque nombraré algunas veces á estos hidalgos que he dicho que venian por Capitanes, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, y no decilles sus ditados é blasones. Sepan que el Pedro de Alvarado fué un hidalgo muy valeroso, que despues que se hubo ganado la Nueva-España, fué Gobernador, y Adelantado de las Provincias de Guatimala, é Honduras, y Chiapa, é Comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fué Goberna-

dor

dor y Adelantado de Yucatan: hasta que su Magestad les hizo aquestas mercedes, y tuviéron señoríos, no les nombraré sino sus nombres, y no Adelantados: y volvamos á nuestra plática, que fuéron los quatro navíos por la parte y banda del Norte á un Puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana Vieja, que en aquella sazon no estaba poblada adonde ahora está, y en aquel puerto, ó cerca dél tenian todos los mas vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyéron nuestros navíos, lo que faltaba, y nos juntamos así Capitanes como soldados para dar vela, y hacer nuestro viage. Y ántes que mas pase adelante, aunque vaya fuera de órden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de Matanzas, y esto traigo aquí á la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponelle aquel nombre: y es por esto que diré. Antes que aquella Isla de Cuba estuviese de paz, dió al través por la costa del Norte un navío que habia ido desde la Isla de Santo Domingo á buscar Indios, que llamaban los Lucayos, á unas Islas que estan entre Cuba y la Canal de Bahama, que se llaman las Islas de los Lucayos, y con mal tiempo dió al través en aquella costa, cerca del rio y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venian en el navío sobre treinta personas Españoles, y dos mugeres: y para pasallos aquel

rio viniéron muchos Indios de la Habana, y de otros pueblos, como que los venian á ver de paz, y les dixéron que les querian pasar en canoas, y llevallos á sus pueblos para dalles de comer. E ya que iban con ellos en medio del rio, les trastornáron las canoas, y los matáron, que no quedáron sino tres hombres y una muger, que era hermosa, la qual llevó un Cacique, de los mas principales que hiciéron aquella traicion, y los tres Españoles repartiéron entre los demas Caciques. Y á esta causa se puso á este Puerto nombre de Puerto de Matanzas: y conocí á la muger que he dicho, que despues de ganada la Isla de Cuba, se le quitó al Cacique, en cuyo poder estaba, y la ví casada en la villa de la Trinidad con un vecino della, que se decia Pedro Sanchez Farfan: y tambien conocí á los tres Españoles, que se decia el uno Gonzalo Mexia, hombre anciano, natural de Xeréz: y el otro se decia Juan de Santisteban, y era natural de Madrigal: y el otro se decia Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelva, y le habia ya casado el Cacique, con quien solia estar, con una su hija, é ya tenia horadadas las orejas y las narices como los Indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos; volvamos á nuestra relacion. E ya que estabamos recogidos así Capitanes, como soldados, y dadas las instrucciones que los Pilotos habian de llevar, y las señas de los faroles, y despues

pues de haber oido Misa con gran devocion, en cinco dias del mes de Abril de mil y quinientos y diez y ocho años dimos vela, y en diez dias doblamos la punta de Guaniguanico, que los Pilotos llaman de San Anton: y en otros ocho dias que navegamos vimos la Isla de Cozumel, que entónces la descubrimos dia de Santa Cruz, porque descayéron los navíos con las corrientes mas baxo que quando venimos con Francisco Hernandez de Cordoba, y baxamos la Isla por la banda del Sur: vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero, y bien limpio de arracifes, y saltamos en tierra con el Capitan Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fuéron huyendo desque viéron venir los navíos á la vela, porque jamas habian visto tal; y los soldados que salimos á tierra, no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas mieses de maizales se halláron dos viejos que no podian andar, y los truximos al Capitan, y con Julianillo y Melchorejo los que truximos de la punta de Cotoche, que entendian muy bien á los Indios, y les habló; porque su tierra dellos, y aquella Isla de Cozumel, no hay de travesía en la mar sino obra de quatro leguas, y así hablan una misma lengua: y el Capitan halagó aquellos viejos, y les dió cuentezuelas verdes, y les envió á *llamar al Calachioni* de aquel pueblo, que *así se dicen los* Caciques de aquella tierra,

y fuéron y nunca volviéron: y estándoles aguardando, vino una India moza de buen parecer, é comenzó á hablar la lengua de la Isla de Xamaica, y dixo, que todos los Indios é Indias de aquella Isla y puebló se habian ido á los montes de miedo, y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos, y la preguntamos que cómo estaba allí, y dixo que habia dos años que dió al través con una canoa grande en que iban á pescar diez Indios de Xamaica á unas isletas, y que las corrientes la echáron en aquella tierra, y matáron á su marido, y á todos los mas Indios Xamaicanos sus compañeros, y los sacrificáron á los ídolos: y desque la entendió el Capitan, como vió que aquella India seria buena mensagera, envióla á llamar los Indios, y Caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos dias para que volviese: porque los Indios, Melchorejo y Julianillo que llevamos de la punta de Cotoche tuvimos temor, que apartados de nosotros se huirian á su tierra, y por esta causa no los enviamos á llamar con ellos; y la India volvió otro dia, y dixo que ningun Indio ni India queria venir, por mas palabras que les decia. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz; porque quatro ó cinco dias ántes de Santa Cruz le vimos: habia en él buenos colmenares de miel, y muchos boniatos y batatas, y manadas de puer-

cos

cos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo: habia en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era el mayor, y los otros dos eran mas chicos, que estaba cada uno en una punta de la Isla, terná de bojo como obra de dos leguas: pues como el Capitan Juan de Grijalva vió que era perder tiempo estar mas allí aguardando, mandó que nos embarcasemos luego, y la India de Xamaica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viage.

CAPÍTULO IX.

De como venimos á desembarcar á Champoton.

Pues vuelto á embarcar, é yendo por las derrotas pasadas (quando lo de Francisco Hernandez de Cordoba) en ocho dias llegamos en el parage del pueblo de Champoton, que fué donde nos desbaratáron los Indios de aquella Provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, ancleamos los navíos una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos, la mitad de los soldados que allí ibamos, junto á las casas del pueblo; é los Indios naturales dél, *y otros sus* comarcanos, se juntáron todos como la otra vez, quando nos matáron sobre cincuenta y seis soldados, y to-

todos los mas nos hiriéron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla: y á esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados á su usanza, que son arcos, flechas, lanzas, rodelas, macanas, y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodon, y trompetillas y atambores, y los mas dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco, y puestos en concierto esperando en la costa, para en llegando que llegasemos dar en nosotros: y como teniamos experiencia de la otra vez, llevabamos en los bateles unos falconetes, é ibamos apercebidos de vallestas y escopetas, y llegados á tierra nos comenzáron á flechar, y con las lanzas dar á mantiniente, y tal rociada nos diéron ántes que llegasemos á tierra, que hiriéron la mitad de nosotros: y desque hubimos saltado de los bateles, les hicimos perder la furia á buenas estocadas y cuchilladas: porque aunque nos flechaban á terrero, todos llevabamos armas de algodon: y todavía se sostuviéron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados, y les hicimos retraer á unas ciencgas junto al pueblo. En esta guerra matáron á Juan de Quiteria, y á otros dos soldados, y al Capitan Juan de Grijalva le diéron tres flechazos, y aun le quebráron con un cobaco dos dientes (que hay *muchos en* aquella costa) é hiriéron sobre se-*senta* de los nuestros. Y desque vimos que

todos los contrarios se habian huido, nos fuimos al pueblo, y se curáron los heridos, y enterramos los muertos: y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habian retraido en las cienegas, que ya se habian desgarrado: por manera que todos tenian alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres Indios, y el uno dellos parecia principal. Mandóles el Capitan que fuesen á llamar al Cacique de aquel pueblo, y les dió cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, para que viniesen de paz: y asimismo á aquellos tres prisioneros se les hiciéron muchos halagos, y se les diéron cuentas porque fuesen sin miedo; y fuéron, y nunca volviéron: é creimos que el Indio Julianillo é Melchorejo no les hobieran de decir lo que les fué mandado, sino al reves. Estuvimos en aquel pueblo quatro dias. Acuérdome que quando estabamos peleando en aquella escaramuza, que habia allí unos prados algo pedregosos, é habia langostas, que quando peleabamos saltaban, y venian volando, y nos daban en la cara, y como eran tantos flecheros, y tiraban tanta flecha como granizos, que parecian eran langostas que volaban, y no nos rodelabamamos, y la flecha que venia nos heria; y otras veces creiamos, que era flecha, y eran langostas que venian volando: fué harto estorbo.

CA-

CAPITULO X.

Como seguimos nuestro viage, y entramos en Boca de Términos, que entónces le pusimos este nombre.

Yendo por nuestra navegacion adelante, llegamos á una boca como de rio muy grande y ancha, y no era rio como pensamos, sino muy buen puerto, é porque está entre unas tierras é otras, é parecia como estrecho; tan gran boca tenia, que decia el Piloto Anton de Alaminos que era Isla, y partian términos con la tierra, y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas del marear: y alli saltó el Capitan Juan de Grijalva en tierra con todos los mas Capitanes por mí nombrados y muchos soldados estuvimos tres dias hondando la boca de aquella entrada: é mirando bien arriba y abaxo del ancon, donde creiamos que iba é venia á parar, y hallamos no ser Isla, sino ancon: y era muy buen puerto, y hallamos unos adoratorios de cal y canto, y muchos ídolos de barro y de palo, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mugeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados, é creimos que por allí cerca habria alguna poblacion, é con el buen puerto, que seria bueno para poblar: lo qual no fué así,

que

que estaba muy despoblado; porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores, que de pasada entraban en aquel puerto con canoas, y allí sacrificaban, y habia mucha caza de venados y conejos: matamos diez venados con una lebrela, y muchos conejos. Y luego desque todo fué visto é sondado, nos tornamos á embarcar, y se nos quedó allí la lebrela, y quando volvimos con Cortés, la tomamos á hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llaman los marineros á este Puerto de Terminos. E vueltos á embarcar navegamos costa á costa junto á tierra, hasta que llegamos al rio de Tabasco, que por descubrirle el Juan de Grijalva se nombra agora el rio de Grijalva.

CAPÍTULO XI.

Como llegamos al rio de Tabasco, que llaman de Grijalva, y lo que allí nos acaeció.

Navegando costa, á costa la via del Poniente, de dia, porque de noche no osabamos por temor de baxos, é arracifes, á cabo de tres dias vimos una boca de rio muy ancha, y llegamos muy á tierra con los navíos, y parecia buen puerto: y como fuimos mas cerca de la boca, vimos rebentar los baxos ántes de entrar en el rio, y allí sacamos los bateles, y con la

son-

sonda en la mano hallamos, que no podian entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte: fué acordado, que anclasen fuera en el mar, y con los otros dos navíos que demandaban ménos agua, que con ellos, é con los bateles fuesemos todos los soldados el rio arriba, porque vimos muchos Indios estar en canoas en las riberas, y tenian arcos, y flechas, y todas sus armas segun y de la manera de Champoton; por donde entendimos, que habia por allí algun pueblo grande; y tambien porque viniendo como veniamos navegando costa á costa, habiamos visto echadas nasas en la mar, con que pescaban, y aun á dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traiamos á jorro de la Capitana. Aqueste rio se llama de Tabasco, porque el Cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viage, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oimos el rumor de cortar de madera, de que hacian grandes mamparos é fuerzas y aderezarse para nos dar guerra; porque habian sabido de lo que pasó en Potonchan, y tenian la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentimos desembarcamos de una punta de aquella tierra donde habia unos palmares, que era del pueblo media legua; y desque nos viéron

allí

allí, viniéron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traian arcos, y flechas, y armas de algodon, rodelas, y lanzas, y sus atambores, y penachos; y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuviéron algo apartados de nosotros, que no osáron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estabamos para tirarles con los tiros, y con las escopetas, y ballestas, y quiso nuestro Señor que acordamos de los llamar, é con Julianico y Melchorejo los de la punta de Cotoche, que sabian muy bien aquella lengua, y dixo á los principales que no hubiesen miedo, que les queriamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí é á sus casas, é que les queriamos dar de lo que traiamos. E como entendiéron la plática, viniéron obra de quatro canoas, y en ellas hasta treinta Indios, y luego se les mostráron sartalejos de cuentas verdes, y espejuelos, y diamantes azules; y desque los viéron parecia que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchihuites, que ellos tienen en mucho. Entónces el Capitan les dixo con las lenguas Julianillo, é Melchorejo, que veniamos de lejas tierras, y eramos vasallos de un grande Emperador, que se dice Don Cárlos, el qual tiene por vasallos á muchos grandes Señores, y Calachiomes, y que ellos le deben tener por Señor, y les

irá

irá muy bien en ello, é que á trueco de aquellas cuentas nos den comida de gallinas. Y nos respondiéron dos dellos, que el uno era principal, y el otro Papa, que son como Sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otra vez que Papas les llaman en la Nueva España: y dixéron que harian el bastimiento que deciamos, é trocarian de sus cosas á las nuestras; y en lo demas que Señor tienen, é que agora veniamos, é sin conocerlos, é ya les queriamos dar Señor, é que mirasemos no les diesemos guerra como en Potonchan; porque tenian aparejados dos xiquipiles de gentes de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros; cada xiquipil son ocho mil hombres: é dixéron que bien sabian que pocos dias habia que habiamos muerto y herido sobre mas de ducientos hombres en Potonchan, é que ellos no son hombres de tan pocas fuerzas como los otros, é que por eso habian venido á hablar por saber nuestra voluntad: é aquello que les deciamos que se lo irian á decir á los Caciques de muchos pueblos que estan juntos, para tratar paces, ó guerra. Y luego el Capitan les abrazó en señal de paz, y les dió unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, é que si no venian, que por fuerza habiamos de ir á su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensageros que enviamos, habláron con

los

los Caciques, é Papas, que tambien tienen voto entre ellos; y dixéron que eran buenas las paces, y traer bastimentos, é que entre todos ellos, y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar, y hacer amistades no les acaezca como á los de Potonchan. Y lo que yo ví y entendí despues acá en aquellas provincias, se usaba enviar presentes quando se trataba paces: y en aquella punta de los palmares, donde estabamos vinieron sobre treinta Indios, é truxéron pescados asados, y gallinas, é fruta, y pan de maiz, é unos braseros con asquas, y con zahumerios, y nos zahumáron á todos; y luego pusieron en el suelo unas esteras, que aca llaman petates, y encima una manta, y presentáron ciertas joyas de oro que fuéron ciertas anades como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valia docientos pesos: y mas truxéron unas mantas, é camisetas de las que ellas usan, é dixéron que recibiesemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar, que adelante hácia donde se pone el sol hay mucho, y decian Culba Culba, México México; y nosotros no sabiamos que cosa era Culba, ni aun México tampoco. Puesto que no valia mucho aquel presente que truxéron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenian

oro; y desque lo hubiéron presentado, dixéron que nos fuesemos luego adelante, y el Capitan les dió las gracias por ello, é cuentas verdes: y fué acordado de irnos luego á embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navíos, por temor del Norte que es travesía, y tambien por acercarnos hácia donde decian que habia oro.

CAPÍTULO XII.

Como vimos el pueblo del Aguayaluco, que pusimos por nombre la Rambla.

Vueltos á embarcar, siguiendo la costa adelante, desde á dos dias vimos un pueblo junto á tierra, que se dice el Aguayaluco, y andaban muchos Indios de aquel pueblo por la costa con unas rodelas hechas de conchas de tortugas, que relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro baxo: y los Indios que las traian, iban haciendo grandes movimientos por el arenal, y costa adelante: y pusimos á este pueblo por nombre la Rambla, y así está en las cartas del marear. E yendo mas adelante costeando, vimos una ensenada donde se quedó el rio de Fenole, que á la vuelta que volvimos entramos en él, y le pusimos nombre, rio de Sant Antonio, y así es-

está en las cartas del mar. E yendo mas adelante navegando, vimos adonde quedaba el parage del gran rio de Guacayvalço, y quisieramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario: é luego se pareciéron las grandes sierras nevadas, que en todo el año estan cargadas de nieve; y tambien vimos otras sierras que estan mas junto al mar, que se llaman agora de San Martin, y pusímoslas por nombre San Martin; porque el primero que las vió, fué un soldado que se llamaba San Martin, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el Capitan Pedro de Alvarado se adelantó con su navío, y entró en un rio, que en Indias se llama Papalohuna, y entónces pusimos por nombre, rio de Alvarado, porque lo descubrió el mesmo Alvarado. Allí le diéron pescado unos Indios pescadores, que eran naturales de un pueblo, que se dice Tlacotalpa: estuvímosle aguardando en el parage del rio, donde entró con todos tres navíos, hasta que salió dél, y á causa de haber entrado en el rio sin licencia del General, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase del armada, porque no le aviniese algun contraste en parte donde no le pudiesemos ayudar. E luego navegamos con todos quatro navíos en conserva, hasta que llegamos en parage de otro rio, que le pusimos por

nombre rio de Vanderas, porque estaban en él muchos Indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas, y llamándonos. Lo qual diré adelante como pasó.

CAPÍTULO XIII.

Como llegamos á un rio, que pusimos por nombre rio de Vanderas, é rescatamos catorce mil pesos.

Ya habrán oido decir en España, y en toda la mas parte della, y de la Christiandad, como México es tan gran ciudad, y poblada en el agua, como Venecia, y habia en ella un gran Señor, que era Rey de muchas Provincias, y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que quatro veces nuestra Castilla, el qual Señor se decia Montezuma: é como era tan poderoso, queria señorear, y saber, hasta lo que no podia, ni le era posible: é tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaeció en la batalla de Cotoche, y en la de Champoton, y agora deste viage la batalla del mismo Champoton, y supo que eramos nosotros pocos soldados, y los de aquel pueblo muchos; é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á trueque del rescate que traiamos, é todo se lo habian lle-

llevado pintado en unos paños que hacen de nequien, que es como de lino: y como supo que ibamos costa á costa hácia sus Provincias, mandó á sus Gobernadores, que si por allí aportasemos, que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecian á sus chalchihuites: y tambien lo mandó, para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas, é que era nuestro intento. Y lo mas cierto era (segun entendimos) que dicen, que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir gentes de hácia donde sale el Sol, que los habian de señorear. Agora sea por lo uno, ó por lo otro, estaban en posta á vela Indios del Grande Montezuma en aquel rio que dicho tengo, con lanzas largas, y en cada lanza una bandera enarbolándola, y llamándonos que fuesemos allí donde estaban. Y desque vimos de los navíos cosas tan nuevas, para saber que podia ser, fué acordado por el General, con todos los demas soldados y Capitanes, que echasemos dos bateles en el agua, é que saltasemos en ellos todos los ballesteros, y escopeteros, y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros; é que si viesemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciesemos saber, ó otra qualquier cosa que fuese. Y en aquella sazon quiso Dios que hacia bonanza en aquella costa, lo qual

pocas veces suele acaecer : y como llegamos en tierra, hallamos tres Caciques, que el uno dellos era Gobernador de Montezuma, é con muchos Indios de propio, y tenian muchas gallinas de la tierra, y pan de maiz, de lo que ellos suelen comer, é frutas, que eran pinas, y capotes, que en otras partes llaman niameyes, y estaban debaxo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez, que en estas partes se llaman petates, y alli nos mandáron asentar, y todo por señas; porque Julianillo el de la punta de Cotoche no entendia aquella lengua; y luego truxéron braseros de barro con asquas, y nos zahumáron con uno como resina, que huele á incienso. Y luego el Capitan Montejo lo hizo saber al General; y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel parage con todos los navíos, y saltó en tierra con todos los Capitanes y soldados. Y desque aquellos Caciques y Gobernadores le viéron en tierra, y conociéron que era el Capitan General de todos, á su usanza le hiciéron grande acatamiento, y le zahumáron : y él les dió las gracias por ello, y les hizo muchas caricias, y les mandó dar diamantes y cuentas verdes ; y por señas les dixo que truxesen oro á trocar á nuestros rescates. Lo qual luego el Gobernador mandó á sus Indios, y que todos los pueblos comarcanos truxesen *de las joyas* que tenian á rescatar : y en

seis

seis dias que estuvimos allí truxéron mas de quince mil pesos en joyezuelas de oro baxo, y de muchas hechuras: y aquesto debe ser lo que dicen los Coronistas Francisco Lopez de Gomara, y Gonzalo Hernandez de Oviedo en sus Corónicas, que dicen que diéron los de Tabasco, y como se lo dixeron por relacion, así lo escriben, como si fuese verdad: porque vista cosa es, que en la Provincia del rio de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dexemos esto, y pasemos adelante, y es, que tomamos posesion en aquella tierra por su Magestad, y en su nombre Real el Gobernador de Cuba Diego Velazquez. Y despues desto hecho, habló el General á los Indios que allí estaban, diciendo, que se queria embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un Indio, que llevamos en los navíos, el qual despues que entendió nuestra lengua se volvió Christiano, y se llamó Francisco, y despues de ganado México le ví casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vió el General que no traian mas oro á rescatar, é habia seis dias que estabamos allí, y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el Norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una Isleta, que bañaba la mar, y tenia la arena blanca, y estaria (al parecer) obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre Isla Blanca; *y así está en las* cartas del marear. Y no muy

léjos desta Isleta Blanca vimos otra Isla mayor al parecer que las demas, y estaria de tierra obra de legua y media, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el General, que surgiesemos. Echados los bateles en el agua, fué el Capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la Isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas, por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco Indios, y estaban abiertos por los pechos, y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo qual nos admiramos, y pusimos por nombre á esta Isleta, Isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella Isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas, con ramas, y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos Indios, que traian á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Vanderas; y segun despues supimos, mandó el Gran Montezuma que viniesen con ello, y los Indios que lo traian, al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el Capitan Juan de Grijalva mandó, que los navíos alzasen las anclas, y pusiesen velas, y fuesemos adelante á surgir en-

fren-

frente de otra Isleta que estaba obra de media legua de tierra, y esta Isla es donde agora está el puerto. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPÍTULO XIV.

Como llegamos al puerto de San Juan de Culua.

Desembarcados en unos arenales hicimos chozas encima de los mastos y medaños de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que habia muchos, y con bateles ondeáron muy bien el puerto, y halláron, con el abrigo de aquella Isleta estarian seguros los navíos del Norte, y habia buen fondo: y hecho esto, fuimos á la Isleta con el General treinta soldados, bien apercebidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorios, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el qual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí quatro Indios con mantas prietas y muy largas, con capillas como traen los Dominicos, ó Canónigos, ó querian parecer á ellos: y aquellos eran Sacerdotes de aquel ídolo, y tenian sacrificados de aquel dia dos muchachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos á aquel maldito ídolo; y los Sacerdotes, que ya he dicho que se dicen Papas, nos venian á zahumar con lo que zahumaban

ban aquel su ídolo, y en aquella sazon q
llegamos, le estaban zahumando con uno q
huele á incienso, y no consentimos que
zahumerio nos diesen, ántes tuvimos m
gran lástima y mancilla de aquellos dos m
chachos, é verlos recien muertos, y ver t
grandísima crueldad. Y el General pregu
tó al Indio Francisco, que traiamos del
de Vanderas, que parecia algo entendi
que por qué hacian aquello? y esto le de
medio por señas, porque entónces no ten
mos lengua ninguna, como ya otras ve
he dicho. Y respondió, que los de Cul
lo mandaban sacrificar; y como era tor
de lengua, decia, Olua, Olua. Y como nu
tro Capitan estaba presente, y se llama
Juan, y asimismo era dia de San Juan, p
simos por nombre á aquella Isleta, San Ju
de Ulua: y este puerto es agora muy no
brado, y estan hechos en él grandes repa
para los navíos, y allí vienen á desemb
car las mercaderías para México, é Nue
España. Volvamos á nuestro cuento, q
como estabamos en aquellos arenales, vin
ron luego Indios de pueblos allí comarca
á trocar su oro en joyezuelas á nuestros r
cates: mas eran tan pocos y de tan poco v
lor, que no haciamos cuenta dello: y es
vimos siete dias de la manera que he dic
y con los muchos mosquitos no nos pod
mos valer: y viendo que el tiempo se nos
saba, y teniendo ya por cierto, que aq

as tierras no eran Islas, sino tierra firme, que habia grandes pueblos, y el pan de azabe muy mohoso é sucio de las fatulas, y nargaba, y los que allí veniamos no era-os bastantes para poblar, quanto mas que ltaban diez de nuestros soldados, que se ha-an muerto de las heridas, y estaban otros atro dolientes: é viendo todo esto, fué ordado, que lo enviasemos á hacer saber al obernador Diego Velazquez, para que nos viase socorro, porque el Juan de Grijal- muy gran voluntad tenia de poblar con uellos pocos soldados que con él estaba-os; y siempre mostró un grande ánimo de muy valeroso Capitan, y no como lo cribe el Coronista Gomora. Pues para ha-r esta embaxada, acordamos que fuese el pitan Pedro de Alvarado en un navío que decia San Sebastian, porque hacia agua, nque no mucha, porque en la Isla de ba se diese carena, y pudiesen en él traer corro é bastimento. Y tambien se concer-, que llevase todo el oro que se habia catado, y ropa de mantas, y los dolien-: y los Capitanes escribiéron al Diego lazquez cada uno lo que le pareció: y go se hizo á la vela, é iba la vuelta de Isla de Cuba. Adonde los dexaré agora, al Pedro de Alvarado, como al Grijal-, y diré como el Diego Velazquez habia iado en nuestra busca.

CA-

CAPÍTULO XV.

Como Diego Velazquez, Gobernador de l Isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca.

Despues que salimos el Capitan Jua de Grijalva de la Isla de Cuba para hace nuestro viage, siempre Diego Velazquez es taba triste y pensativo, no nos hubiese acae cido algun desastre, y deseaba saber de no sotros, y á esta causa envió un navío peque ño en nuestra busca con siete soldados, por Capitan dellos á un Christoval de Ol persona de valía, muy esforzado, y le man dó, que siguiese la derrota de Francisc Hernandez de Córdoba hasta toparse co nosotros. Y segun parece, el Christóval c Oli yendo en nuestra busca, estando sur cerca de tierra, le dió un recio temporal, por no anegarse sobre las amarras, el P loto que traian mandó cortar los cables, perdió las anclas, é volvióse á Santiago c Cuba, de donde habia salido, adonde esta ba el Diego Velazquez; y quando vió qu no tenia nueva de nosotros, si triste estal de ántes que enviase al Christóval de O muy mas pensativo estuvo despues. Y en e ta sazon llegó el Capitan Pedro de Alvara do con el oro, y ropa, y dolientes, y co entera relacion de lo que habiamos desc

b

ierto. Y quando el Gobernador vió que es-
ıba en joyas, parecia mucho mas de lo que
ra, y estaban allí con el Diego Velazquez
ıuchos vecinos de aquella Isla, que venian
negocios. Y quando los Oficiales del Rey
ımáron el Real quinto que venia á su Ma-
estad, estaban espantados de quán ricas
erras habiamos descubierto; y como el Pe-
o de Alvarado se lo sabia muy bien prati-
r, dice, que no hacia el Diego Velazquez
ıo abrazallo, y en ocho dias tener gran re-
zijo, y jugar cañas: y si mucha fama tenian
ántes de ricas tierras, agora con este oro
sublimó en todas las Islas, y en Castilla,
mo adelante diré. Y dexaré al Diego Ve-
zquez haciendo fiestas, y volveré á nues-
os navios, que estabamos en San Juan de
lua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tusta y de Tuspa.

Despues que de nosotros se partió el
apitan Pedro de Alvarado para ir á la Isla
Cuba, acordó nuestro General, con los
mas Capitanes y Pilotos, que fuesemos
steando y descubriendo todo lo que pudie-
mos; é yendo por nuestra navegacion, vi-
os las sierras de Tusta, y mas adelante de
lí á otros dos dias vimos otras sierras muy
as altas, que agora se llaman las sierras de
Tus-

Tuspa: por manera que unas sierras se cen Tusta, porque estan cabe un puel que se dice así: y las otras sierras se dic Tuspa, porque se nombra el pueblo ju adonde aquellas estan Tuspa. E caminan mas adelante vimos muchas poblaciones, estarian la tierra adentro dos ó tres legu esto es ya en la Provincia de Panuco: é ye do por nuestra navegacion llegamos á rio grande, que le pusimos por nomb Rio de Canoas, y allí enfrente de la bo dél surgimos; y estando surtos todos tr navíos, y estando algo descuidados, vini ron por el rio diez y seis canoas muy gra des llenas de Indios de guerra, con arco y flechas, y lanzas, y vanse derechos al na vío mas pequeño, del qual era Capitan Alo so de Avila, y estaba mas llegado á tierr y dándole una rociada de flechas, que h riéron á dos soldados, echáron mano al na vío, como que lo querian llevar, y aun co táron una amarra: y puesto que el Capitan y los soldados peleaban bien, y trastorna ron tres canoas, nosotros con gran preste les ayudamos con nuestros bateles, y esco petas, y ballestas, y herimos mas de la terci parte de aquellas gentes; por manera qu volviéron con la mala ventura por dond habian venido: y luego alzamos áncoras, dimos vela, y seguimos costa á costa hast que llegamos á una punta muy grande, era tan mala de doblar, y las corrientes mu

cha

chas, que no podiamos ir adelante: y el Piloto Anton de Alaminos dixo al General, que *no* era bien navegar mas aquella derrota, y para ello se diéron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer; y fué acordado, que diesemos la vuelta á la Isla de Cuba, lo uno, porque ya entraba el invierno, y no habia bastimentos, é un navío hacia mucha agua, y los Capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decia, que queria poblar, y el Francisco Montejo y Alonso de Avila decian, que no se podian sustentar, por causa de los muchos guerreros que en la tierra habia: y tambien todos nosotros los soldados estabamos hartos y muy trabajados de andar por la mar. Así que dimos vuelta á todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos dias llegamos en el parage del gran rio de Guacacualco, y no pudimos estar, por ser el tiempo contrario; y muy abrazados con la tierra, entramos en el rio de Tonala, que se puso nombre entónces, Sant Anton, y allí se diò carena al navío, que hacia mucha agua, puesto que tocó tres veces al estar en la barra, que es muy baxa; y estando aderezando nuestro navío, viniéron muchos Indios del puerto de Tonala, que estaba una legua de allí, y truxéron pan de maiz, y pescado, y fruta, y con buena voluntad nos lo diéron, y el Capitan les *hizo muchos halagos*, y les mandó dar

cuen-

cuentas verdes, y diamantes, y les dixo por señas, que truxesen oro á rescatar, y que les dariamos de nuestro rescate: y traian joyas de oro baxo, y se les daban cuentas por ello. Y desque lo supiéron los de Ganacualco, y de otros pueblos comarcanos, que rescatabamos, tambien viniéron ellos con sus pecezuelas, y lleváron cuentas verdes, que aquellos tenian en mucho. Pues demas de aqueste rescate traian comunmente todos los Indios de aquella Provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza y á manera de armas, con unos cabos de palo muy pintados; y nosotros creimos que eran de oro baxo, y comenzamos á rescatar dellas; digo, que en tres dias se hubiéron mas de seiscientas dellas, y estabamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro baxo, y los Indios mucho mas con las cuentas; y todo salió vano, que las hachas eran de cobre, y las cuentas un poco de nada. E un marinero habia secretamente rescatado siete hachas, y estaba muy alegre con ellas: y parece ser que otro marinero lo dixo al Capitan, y mandóle, que las diese; y porque rogamos por él, se las dexó, creyendo que eran de oro. Tambien me acuerdo, que un soldado que se decia Bartolomé Prado, fué á una casa de idolos, que ya he dicho que se dicen *Cues*, que es como quien dice, casa de sus dioses, que estaba en un cerro alto, y en aquella casa ha-

lló muchos ídolos, y copal, que es como incienso, que es con que zahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban y retajaban, y unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas, y collares, y dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolós del sacrificio truxo al Capitan. Y no faltó quien le vió, y lo dixo al Grijalva, y queriaselo tomar; y rogámosle, que se lo dexase: y como era de buena condicion, que sacado el quinto de su Magestad, que lo demas fuese para el pobre soldado, y no valia ochenta pesos. Tambien quiero decir como yo sembré unas pepitas de naranjas junto á otras cosas de ídolos; y fué desta manera: que como habia muchos mosquitos en aquel rio, fuime á dormir á una casa alta de ídolos, y allí junto á aquella casa sembre siete ú ocho pepitas de naranjas que habia traido de Cuba, y naciéron muy bien porque parece ser, que los Papas de aquellos ídolos les pusiéron defensa para que no las comiesen hormigas, y las regaban y limpiaban, desque viéron que eran plantas diferentes de las suyas. He traido aquí esto á la memoria, para que se sepa que estos fuéron los primeros naranjos que se plantáron en la Nueva España: porque despues de ganado México, y pacificados los pueblos sujetos de Guacacualco, túvose por la mejor Provincia, por causa de

estar en la mejor conmodacion de toda la Nueva España, así por las minas, que las habia, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro, y de pastos para ganados, y á este efecto se pobló de los mas principales Conquistadores de México, é yo fuí uno, y fuí por mis naranjos, y traspuselos, y saliéron muy buenos. Bien sé que dirán, que no hace al propósito de mi relacion estos cuentos viejos, y dexallos-he, y diré como quedáron todos los Indios de aquellas provincias muy contentos, y luego nos abrazamos, y vamos la vuelta de Cuba, y en quarenta y cinco dias, unas veces con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador Diego Velázquez, y él nos hizo buen recibimiento: y desque vió el oro que traiamos, que seria quatro mil pesos, é con el que truxo primero el Capitan Pedro de Alvarado, seria por todo veinte mil pesos, y otros decian mas, y otros decian ménos, é los Oficiales de su Magestad sacáron el Real quinto: y tambien truxéron las seiscientas hachas que parecian oro, y quando las truxéron para quintar, estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allí hubo bien que reir y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velazquez con todo esto estaba muy alegre: puesto que parecia estar mal con el pariente Grijalva, y no tenian razon, sino que

el

el Alonso de Avila era mal acondicionado, y decia, que el Grijalva era para poco, y no faltó el Capitan Montejo, que le ayudó de mal. Y quando esto pasó, ya habia otras pláticas para enviar otra armada, é á quien elegirian por Capitan.

CAPÍTULO XVII.

Como Diego Velazquez envió á Castilla á su Procurador.

Y aunque les parezca á los lectores, que va fuera de nuestra relacion esto que yo traigo aquí á la memoria, ántes que entre en lo del Capitan Hernando Cortés, conviene que se diga, por las causas que adelante verán, y tambien porque en un tiempo acaecen dos ó tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, y la que mas viene al propósito. Y el caso es, que como ya he dicho, quando llegó el Capitan Pedro de Alvarado á Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velazquez temió que primero que él hiciese relacion á su Magestad, que algun Caballero privado en Corte tenia relacion dello, y le hurtaba la bendicion; á esta causa envió el Diego Velazquez á un su Capellan, que se decia Benito Martinez, hombre que entendia muy bien de negocios, á Castilla con probanzas y cartas para Don

Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, é se nombraba Arzobispo de Rosano, y para el Licenciado Luis Zapata, y para el Secretario Lope Conchillos, que en aquella sazon entendian en las cosas de las Indias, y el Diego Velazquez era muy servidor del Obispo, y de los demas Oidores, y como tal les dió pueblos de Indios en la Isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, é á esta causa hacia mucho por el Diego Velazquez, especialmente el Obispo de Burgos, y no dió ningun pueblo de Indios á su Magestad; porque en aquella sazon estaba en Flandes. Y demas de les haber dado los Indios que dicho tengo, nuevamente envió á estos Oidores muchas joyas de oro de lo que habiamos enviado con el Capitan Alvarado, que eran veinte mil pesos, segun dicho tengo, y no se haria otra cosa en el Real Consejo de Indias, sino lo que aquellos señores mandaban. Y lo que enviaba á negociar el Diego Velazquez era, que le diesen licencia para rescatar y conquistar, y poblar en todo lo que habia descubierto y en lo que mas descubriese: y decia en sus relaciones y cartas, que habia gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el Capellan Benito Martinez fué á Castilla, y negoció todo lo que pidió, y aun mas cumplidamente, que truxo provision para el Diego Velazquez para ser Adelantado de la Is-

Isla de Cuba. Pues ya negociado lo aquí por mi dicho, no vinieron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra Armada. Quedarseha aquí así los despachos del Diego Velazquez, como la Armada de Cortés, y diré como estando escribiendo esta relacion ví una Corónica del Coronista Francisco Lopez de Gomora, y habla en lo de las Conquistas de la Nueva España é México, y lo que sobre ello me parece declarar adónde hubiere contradiccion sobre lo que dice el Gomora, lo diré segun y de la manera que paso en las Conquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

CAPÍTULO XVIII.

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco Lopez de Gomora, mal informado, en su Historia.

Estando escribiendo esta relacion, acaso ví una Historia de buen estilo, la qual se nombra de un Francisco Lopez de Gomora, que habla de las Conquistas de México y Nueva España, y quando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dexé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables: y estando tan perplexo como digo, torné á leer y á mirar las razones y pláticas que

que el Gomora en sus libros escribió, y ví, que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relacion, y va muy contrario de lo que fué é pasó en la Nueva España: y quando entró á decir de las grandes Ciudades, y tantos números que dice que habia de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dice que haciamos, siendo nosotros obra de quatrocientos soldados los que andabamos en la guerra, que harto teniamos de defendernos que no nos matasen ó llevasen de vencida, que aunque estuvieran los Indios atados, no hicieramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos, que juro amen, que cada dia estabamos rogando á Dios y á nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo á nuestro cuento, Atalarico muy bravísimo Rey, y Atila muy soberbio guerrero, en los campos Catalanes no hiciéron tantas muertes de hombres como dice que haciamos. Tambien dice que derrocabamos y abrasabamos muchas ciudades y templos, que son sus Cues, donde tienen sus ídolos; y en aquello le parece á Gomora que aplace mucho á los oyentes que leen su Historia, y no quiso ver ni entender quando lo escribia, que los verdaderos Conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó, claramente le dirán, que en su Historia en todo lo que escribe se engañó. Y si en las demas Histo-

rias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva España, tambien irá todo errado. Y es lo bueno, que ensalza á unos Capitanes, y abaxa á otros; y los que no se halláron en las conquistas, dice, que fuéron Capitanes, y que un Pedro Dircio fué por Capitan quando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusiéron nombre *Almeria*; porque el que fué por Capitan en aquella entrada, fué un Juan de Escalante, que murió en el desbarate con otros siete soldados; y dice, que un Juan Velazquez de Leon fué á poblar á Guacualco; y la verdad es así, que un Gonzalo de Sandoval natural de Avila lo fué á poblar. Tambien dice, como Cortés mandó quemar un Indio que se decia Quezal Popoca Capitan de Montezuma sobre la poblacion que se quemó. El Gomora no acierta tambien lo que dice de la entrada que fuimos á un pueblo y fortaleza *Anga Panga*, escríbelo, mas no como pasó. Y de quando en los Arenales alzamos á Cortés por Capitan General y Justicia Mayor, en todo le engañáron. Pues en la toma de un pueblo, que se dice *Chamula*, en la Provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habiamos venido, ántes fué público, porque claramente *por consejo* de todos los demas soldados mandó dar con ellos al través á ojos

vistas, porque nos ayudase la gente de la mar, que en ellos estaba á velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen Capitan, le deshace y disminuye. Pues en lo de Francisco Hernandez de Córdova, habiendo el descubierto lo de Yucatan, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice, que vino el primero con quatro navíos de lo de Panuco ántes que viniese con la Armada postrera; en lo qual no acierta como en lo demas. Pues en todo lo que escribe de quando vino el Capitan Narvaez, y de como le desbaratamos, escribe segun y como las relaciones. Pues en las batallas de Taxcala, hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy léjos de lo que pasó. Pues las guerras de México, de quando nos desbaratáron y echáron de la ciudad, y nos matáron y sacrificáron sobre ochocientos y sesenta soldados, digo otra vez, sobre ochocientos y sesenta soldados; porque de mil y trecientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, é ibamos en aquel socorro los de Narvaez, y los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho, no escapamos sino quatrocientos y quarenta, y todos heridos; é dicelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos á conquistar la gran Ciudad de Mexico y la ganamos, tampoco dice los soldados que nos matáron y hiriéron en las conquistas, sino que todo lo hallabamos, como quien va á bodas, y regocijos. Para

ra qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es grande lástima; y puesto que él lleve buen estilo, habia de ver, que para que diese fe á lo demas que dice, que en esto se habia de esmerar. Dexemos esta plática, y volveré á mi materia, que despues de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gomora, que por ser tan léjos de lo que pasó, es en perjuicio de tantos, torno á proseguir en mi relacion é Historia; porque dicen sabios varones, que la buena policía y agraciado componer, es decir verdad en lo que escribieren: y la mera verdad resiste á mi rudeza: y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante verán, para que salga á luz, y se vean las conquistas de la Nueva-España claramente, y como se han de ver, y su Magestad sea servido conocer los grandes y notables servicios que le hicimos los verdaderos Conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos á estas tierras con el venturoso y buen Capitan Hernando Cortés, nos pusimos á tan grandes peligros, y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del nuevo mundo, puesto que su Magestad, como Christianísimo Rey y Señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar: é dexaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir.

X

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen Piloto lleva la sonda por la mar descubriendo los baxos, quando siente que los hay, así haré yo, encaminar á la verdad de lo que paso la Historia del Coronista Gomora, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, seria mas la costa en coger la rebusca, que en las verdaderas vendimias. Digo, que sobre esta mi relacion pueden los Coronistas sublimar y dar loas quantas quisieren, así al Capitan Cortés, como á los fuertes Conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños, ni porfias; que ayer pasó, á manera de decir, sino vean toda la Nueva España, qué cosa es, y lo que sobre ello escriben. Diremos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, y no estarémos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribiéron de oidas; pues sabemos que la verdad es cosa sagrada: y quiero dexar de mas hablar en esta materia; y aunque habia bien que decir della, y lo que se sospechó del Coronista, que le diéron falsas relaciones quando hacia aquella Historia; porque toda la honra y prez della la dió solo al Marques Don Hernando Cortés, é no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos Capitanes y fuertes soldados: é bien

bien se parece en todo lo que el Gomora escribe en su Historia, serle muy aficionado, pues á su hijo el Marques que agora es, le eligió su Corónica y obra, y la dexó de elegir á nuestro Rey y Señor. Y no solamente el Francisco Lopez de Gomora escribió tantos borrones é cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño á muchos Escritores y Coronistas, que despues del Gomora han escrito en las cosas de la Nueva España, como es el Doctor Illescas, y Pablo Jovio, que se van por sus mismas palabras, é escriben ni mas ni ménos que el Gomora. Por manera que lo que sobre esta materia escribiéron, es, porque les ha hecho errar el Gomora.

CAPÍTULO XIX.

Como venimos otra vez con otra Armada á las tierras nuevamente descubiertas, y por Capitan de la Armada Hernando Cortés, que despues fué Marques del Valle, y tuvo otros ditados y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese Capitan.

En quinee dias del mes de Noviembre de mil y quinientos y diez y ocho años, vuelto el Capitan Juan de Grijalva de descubrir *las tierras nuevas* (como dicho habemos) *el Gobernador Diego* Velazquez ordena-

naba de enviar otra Armada muy mayor que las de ántes, y para ello tenia ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los quatro dellos eran en los que volvimos quando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar; y los otros seis recogiéron de toda la Isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan, cazabe, y tozino; porque en aquella sazon no habia en la Isla de Cuba ganado vacuno, ni carneros, y este bastimento no era para mas de hasta llegar á la Habana; porque allí habiamos de hacer todo el matalotage, como se hizo. Y dexemos de hablar en esto, y volvamos á decir las diferencias que se hubo en elegir Capitan para aquel viage. Habia muchos debates y contrariedades, porque ciertos Caballeros decian, que viniese un Capitan muy de calidad, que se decia Vasco Porcallo, pariente cercano del Conde de Feria, y temióse el Diego Velazquez que se alzaria con la Armada, porque era atrevido: otros decian, que viniese un Agustin Vermudez, ó un Antonio Velazquez Borrego, ó un Bernardino Velazquez, parientes del Gobernador Diego Velazquez: y todos los mas soldados que allí nos hallamos, deciamos, que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen Capitan, y no habia falta en su persona, y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos de esta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velazquez

que se decian, Andres de Duero, Secretario del mismo Gobernador, y un Amador de Larez, Contador de su Magestad, hiciéron secretamente compañía con un buen hidalgo, que se decia Hernando Cortés, natural de Medellin, el qual fué hijo de Martin Cortés de Monroy, y de Catalina Pizarro Altamirano, é ambos hijosdalgo, aunque pobres, é así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro é Altamirano. Fué de los buenos linages de Estremadura, é tenia Indios de encomienda en aquella Isla, é poco tiempo habia que se habia casado por amores con una señora que se decia Doña Catalina Suarez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Suarez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Avila, y de Maria de Mercaida, Vizcaina, y hermana de Juan Suarez Pacheco; y este despues que se ganó la Nueva España, fué vecino, y Encomendado en México. Y sobre este casamiento de Cortes le sucediéron muchas pesadumbres, y prisiones: porque Diego Velazquez favoreció las partes della, como mas largo contarán otros: y así pasaré adelante, y diré acerca de la compañía, y fué desta manera: que concertáron estos grandes privados del Diego Velazquez que le hiciesen dar á Hernando Cortés la Capitanía General de toda la Armada, y que partirian entre todos tres la ganancia del oro, plata, y joyas, de la parte que le cupiese á

Cor-

Cortés, porque secretamente el Díego Velazquez enviaba á rescatar, y no á poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero, y el Contador con el Diego Velazquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho á Cortés, que es persona en quien cabe aquel cargo, y para Capitan muy esforzado, y que le seria muy fiel, pues era su ahijado: porque fué su padrino, quando Cortés se veló con Doña Catalina Suarez Pacheco: por manera, que le persuadiéron á ello, y luego se eligió por Capitan General: y el Andres de Duero como era Secretario del Gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refran, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso, bastantes, y se las truxo firmadas. Ya publicada su eleccion, á unas personas les placia, y á otras les pesaba. Y un Domingo yendo á Misa el Diego Velazquez, como era Gobernador, ibanle acompañando las mas nobles personas y vecinos que habia en aquella villa, y llevaba á Hernando Cortés á su lado derecho por le honrar, é iba delante del Diego Velazquez un truhan, que se decia Cervantes el loco haciendo gestos, y chocarrerias, á la gala de mi amo: Diego, Diego, ¿qué Capitan has elegido? que es de Medellin de Estremadura, Capitan de gran ventura. Mas temo Diego no se te alce con el Armada, que le juzgo por muy gran varon en sus cosas. Y decia otras

as locuras, que todas iban inclinadas á
licia. Y porque lo iba diciendo de aque-
manera, le dió de pescozazos el Andres
Duero, que iba allí junto con Cortés,
e dixo: calla borracho, loco, no seas
vellaco, que bien entendido tenemos,
esas malicias socolor de gracias, no sa-
de tí: y todavía el loco iba diciendo:
, viva la gala de mi amo Diego, y del
venturoso Capitan Cortés. E juro á tal,
amo Diego, que por no te ver llorar tu
recaudo, que ahora has hecho, yo me
aro ir con Cortés á aquellas ricas tier-
Túvose por cierto, que diéron los Ve-
quez, parientes del Gobernador, cier-
pesos de oro á aquel chocarrero, por-
dixese aquellas malicias socolor de gra-
. Y todo salió verdad; como lo dixo.
en que los locos muchas veces aciertan
lo que hablan: y fué elegido Hernan
Cortés, por la gracia de Dios, para en-
ar nuestra Santa Fe, y servir á su Ma-
ad, como adelante se dirá.

CA-

CAPÍTULO. XX.

De las cosas que hizo, y entendió el Capitan Hernando Cortés, despues que fué elegido por Capitan, como dicho es.

Pues como ya fué elegido Hernando Cortés por General de la Armada que dicho tengo, comenzó á buscar todo género de armas, así escopetas, como pólvora y ballestas, é todos quantos pertrechos de guerra pudo haber, y buscar todas quantas maneras de rescate, y tambien otras cosas pertenecientes para aquel viage. E demas desto se comenzó de pulir, é abellidar en su persona, mucho mas que de ántes, é se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que le parecia muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho, no tenia de qué: porque en aquesta sazon estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenia buenos Indios de Encomienda, y le daban buena renta de las minas de oro: mas todo lo gastaba en su persona, y en atavíos de su muger, que era recien casado. Era apacible en su persona, y bien quisto, y de buena conversacion: y habia sido dos veces Alcalde en la villa de Santiago de Boroco, adonde era vecino: porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra. Y como ciertos Mercade-

res

res amigos suyos, que se decian Jaime Tria, ó Gerónimo Tria, y un Pedro de Xerez, le viéron con Capitanía, y prosperado, le prestáron quatro mil pesos de oro, y le diéron otras mercaderías sobre la renta de sus Indios, y luego hizo hacer unas lazadas de oro, que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes, y banderas labradas de oro con las armas Reales, y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de nuestro Rey y Señor, con un letrero en Latin, que decia: "Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella venceremos:" y luego mandó dar pregones, y tocar sus atambores y trompetas en nombre de su Magestad, y en su Real nombre por Diego Velazquez, para que qualesquier personas que quisiesen ir en su compañia á las tierras nuevamente descubiertas á las conquistar y poblar, les darian sus partes del oro, plata y joyas que se hubiese, y Encomiendas de Indios despues de pacificada, y que para ello tenia el Diego Velazquez de su Magestad. E puesto que se pregonó aquesto de la licencia del Rey nuestro Señor, aun no habia venido con ella de Castilla el Capellan Benito Martinez, que fué el que Diego Velazquez hubo despachado á Castilla, para que le truxese, como dicho tengo en el capitulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la Isla de Cuba, y tambien Cortés escribió á todas las villas

á sus amigos, que se aparejasen para ir con él á aquel viage, unos vendian sus haciendas para buscar armas, y caballos, otros comenzaban á hacer cazabe, y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas, y se apercebian de lo que habian menester lo mejor que podian. De manera, que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con la Armada mas de trecientos soldados: y de la casa del mismo Diego Velazquez viniéron los mas principales que tenia en su servicio, que era un Diego de Ordas, su Mayordomo mayor, y á este el mismo Velazquez lo envió, para que mirase, y entendiese no hubiese alguna mala trama en la Armada, que siempre se temió de Cortés, aunque lo disimulaba: y vino un Francisco de Morla, y un Escobar, y un Heredia, y Juan Ruano, y Pedro Escudero, y un Martin Ramos de Lares Vizcaino, y otros muchos que eran amigos y paniaguados del Diego Velazquez. E yo me pongo á la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria, y no á otros: porque en su tiempo y sazon los nombraré á todos los que me acordare. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su Armada, y en todo se daba mucha priesa, como ya la malicia y envidia reynaba siempre en aquellos deudos del Diego Velazquez, estaban afrentados como no se fiaba el pariente dellos, y dió aquel cargo y Capitanía

á Cortés, sabiendo que le habia tenido por su grande enemigo pocos dias habia, sobre el casamiento de la muger de Cortés, que se decia Catalina Suarez la Marcaida (como dicho tengo) y á esta causa andaban mormurando del pariente Diego de Velazquez, y aun de Cortés, y por todas las vias que podian le revolvian con el Diego Velazquez, para que en todas maneras le revocasen el poder. De lo qual tenia dello aviso el Cortés, y á esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el Gobernador, y siempre mostrándose muy gran su servidor. El decia, que le habia de hacer muy ilustre señor, é rico en poco tiempo. Y demas desto, el Andres de Duero avisaba siempre á Cortés que se diese priesa en embarcar, porque ya tenian trastrocado al Diego Velazquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velazquez. Y desque aquello vió Cortés, mandó á su muger Doña Catalina Suarez la Marcaida, que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos, y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego á embarcar á los navíos. E ya tenia mandado apregonar, é apregonado, é apercebidos á los Maestres y Pilotos, y á todos los soldados que para tal dia y noche no quedase ninguno en tierra. Y desque aquello tuvo mandado, y los vió todos embarcados, se fué á despedir del Diego Velazquez, acom-

pañado de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andres de Duero, y el Contador Amador de Lares, y todos los mas nobles vecinos de aquella villa: y despues de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al Gobernador, y del Gobernador á Cortés, se despidió dél: y otro dia muy de mañana, despues de hacer oido Misa, nos fuimos á los navíos, y el mismo Diego Velazquez le tornó á acompañar, y otros muchos hidalgos, hasta acercarnos á la vela: y con próspero tiempo en pocos dias llegamos á la villa de la Trinidad, y tomando puerto, y saltados en tierra, lo que allí le avino á Cortés adelante se dirá. Aquí en esta relacion verán lo que á Cortés le acaeció, y las contrariedades que tuvo, hasta elegir por Capitan, y todo lo demas ya por mí dicho: y sobre ello miren lo que dice Gomora en su Historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro: y como á Andres de Duero siendo Secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader: y al Diego de Ordas que vino ahora con Cortés, dixo que habia venido con Grijalva. Dexemos al Gomora, y á su mala relacion, y digamos como desembarcamos con Cortés en la villa de la Trinidad.

CAPITULO XXI.

De lo que Cortés hizo desque llegó á la villa de la Trinidad, y de los Caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que mas le avino.

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supiéron, luego fuéron á recebir á Cortés, y á todos nosotros los que veniamos en su compañía, y á darnos el parabien venido á su villa, y lleváron á Cortés á aposentar entre los vecinos, porque habia en aquella villa poblados muy buenos hidalgos: y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada, y dar pregones, como se habia hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las vallestas y escopetas que habia, y comprar otras cosas necesarias, y aun bastimentos: y de aquesta villa saliéron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos, que fué el Capitan Pedro de Alvarado, y Gonzalo Alvarado, y Jorge de Alvarado, y Gonzalo, y Gomez, y Juan de Alvarado el viejo que era bastardo. El Capitan Pedro de Alvarado es el por muy muchas veces nombrado: y tambien salió de aquesta villa Alonso de Avila, natural

de Avila, Capitan que fué quando lo de Grijalva, y salió Juan de Escalante, y Pedro Sanchez Farfan, natural de Sevilla; y Gonzalo Mexía, que fué Tesorero en lo de México, y un Vaena, y Juanes de Fuenterravía, y Christóbal de Oli, que fué forzado, que fué Maestre de Campo en la toma de la ciudad de México, y en todas las guerras de la Nueva España, y Ortiz el Músico, y un Gaspar Sanchez sobrino del Tesorero de Cuba, y un Diego de Pineda, ó Pinedo, y un Alonso Rodriguez que tenia unas minas ricas de oro, y un Bartolome García: y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés á la villa de Santispíritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber á todos los vecinos, como iba á aquel viage á servir á su Magestad, y con palabras sabrosas, y ofrecimientos para atraer á sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decian: Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del Conde de Medellin, y Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Gobernador que fué ocho meses, y Capitan que despues fué en la Nueva España; y á Juan Velazquez de Leon, pariente del Gobernador Velazquez, y Rodrigo Rangel, y Gonzalo Lopez de Ximena, y su hermano Juan Lopez, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aque-
lla

lla villa, y declarólo así, porque habia en nuestra Armada otros dos Juan Sedeños: y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, viniéron á la villa de la Trinidad donde Cortés estaba: y como lo supo que venian, los salió á recibir con todos nosotros los soldados que estabamos en su compañía, y se disparáron muchos tiros de artillería, y les mostró mucho amor, y ellos le tenian grande acato. Digamos ahora como todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenian en sus estancias donde hacian el pan cazabe, y manadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el mas bastimento que podia. Pues estando desta manera recogiendo soldados, y comprando caballos, que en aquella sazon é tiempo no los habia, sino muy pocos y caros: y como aquel hidalgo, por mí ya nombrado que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, no tenia caballo, ni aun de que comprallo, Cortés le compró una yegua rucia, y dió por ella unas lazadas de oro, que traia en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo) y en aquel instante vino un navio de la Habana á aquel puerto de la Trinidad que traia un Juan Sedeño, vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabe, y tocinos que iba á vender á unas minas de oro, cerca de Santiago de Cuba, y como saltó en tierra el

Juan Sedeño, fué á besar las manos á Cortés, y despues de muchas pláticas que tuviéron, le compró el navío, y tocinos, y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros. Ya teniamos once navíos, y todo se nos hacia prósperamente, gracias á Dios por ello, y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velazquez cartas y mandamientos, para que detengan la Armada á Cortés. Lo qual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII.

Como el Gobernador Diego Velazquez envió dos criados suyos en posta á la villa de la Trinidad, con poderes, y mandamientos para revocar á Cortés el poder de ser Capitan, y tomalle la Armada: y lo que pasó diré adelante.

Quiero volver algo atras de nuestra plática, para decir, que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos de la manera que he dicho, dixéron á Diego Velazquez tales palabras contra Cortés, que le hiciéron volver la hoja, porque le acusaban que ya iba alzado, y que salió del puerto como á cencerros tapados, y que le habian oido decir, que aunque pesase al Diego Velazquez habia de ser Capitan, y que por este efecto habia embarcado todos sus sol-

dados en los navíos de noche para si le quitasen la Capitanía, por fuerza hacerse á la vela, y que le habian engañado al Velazquez su Secretario Andres de Duero, y el Contador Amador de Lares, y que por tratos que habia entre ellos y entre Cortés, que le habian hecho dar aquella Capitanía. E quien mas metió la mano en ello para convocar al Diego Velazquez que le revocase luego el poder, eran sus parientes Velazquez, y un viejo que se decia Juan Millan, que le llamaban el Astrólogo: otros decian, que tenia ramos de locura, é que era atronado: y este viejo decia muchas veces al Diego Velazquez: Mira, señor, que Cortés se vengará ahora de vos de quando le tuvistes preso, y como es mañoso os ha de echar á perder, si no lo remediais presto. A estas palabras, y otras muchas que le decian, dió oidos á ellas: y con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el Alcalde mayor de la Trinidad, que se decia Francisco Verdugo, el qual era cuñado del mismo Gobernador: en las quales provisiones mandaba, que en todo caso le detuviesen el Armada á Cortés, porque ya no era Capitan, y le habian revocado el poder, y dado á Vasco Porcallo. Y tambien traian cartas para Diego de Ordas, y para Francisco de Morla, y para todos los amigos y parientes del Diego Velazquez, para que

en

en todo caso le quitasen la Armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordas, y á todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le parecio á Cortés que serian en favorecer las provisiones del Gobernador Diego Velazquez, y tales palabras y ofertas les dixo, que los truxo á su servicio: y aun el mismo Diego de Ordas habló é convocó luego á Francisco Verdugo, que era Alcalde mayor, que no hablasen en el negocio, sino que lo disimulasen: y púsole por delante, que hasta allí no habia visto ninguna novedad en Cortés, ántes se mostraba muy servidor del Gobernador: é ya que en algo se quisiesen poner por el Velazquez, para quitalle la Armada en aquel tiempo que Cortés tenia muchos hidalgos por amigos, y enemigos del Diego Velazquez, porque no les habia dado buenos Indios, y demas de los hidalgos sus amigos tenia grande copia de soldados, y estaba muy pujante, y que seria meter cizaña en la villa, é que por ventura los soldados le darian sacomano, é le robarian, é harian otro peor desconcierto: y así se quedó sin hacer bullicio: y el un mozo de espuelas de los que traian las cartas y recaudos, se fué con nosotros, el qual se decia Pedro Laso, y con el otro mensagero escribió Cortés muy mansa y amorosamente al Diego Velazquez, que se maravillaba de su merced, de haber tomado aquel acuerdo,

Y

que su deseo es servir á Dios, y á su
agestad, y á él en su Real nombre: y que
suplicaba que no oyese mas á aquellos se-
res sus deudos los Velazquez, ni por un
ejo loco, como era Juan Millan, se mu-
e. Y tambien escribió á todos sus amigos,
especial al Duero y al Contador sus com-
ieros; y despues de haber escrito, man-
entender á todos los soldados en adere-
armas: y á los herreros que estaban en
ella villa, que siempre hiciesen casqui-
, y á los ballesteros que desbastasen al-
cen, para que tuviesen muchas saetas,
ambien atruxo y convocó á los herreros
se fuesen con nosotros, y así lo hicié-
, y estuvimos en aquella villa doce dias:
de lo dexaré, y diré como nos embarca-
para ir á la Habana. Tambien quiero
vean los que esto leyeren la diferencia
hay de la relacion de Francisco Go-
a, quando dice que envió á mandar Die-
Velazquez á Ordas, que convidase á co-
á Cortés en un navio, y lo llevase pre-
á Santiago. Y pone otras cosas en su Co-
ica, que por no me alargar lo dexo de
ir, y al parecer de los curiosos letóres,
leva mejor camino lo que se vió por vis-
de ojos, ó lo que dice el Gomora que
lo vió. Volvamos á nuestra materia.

CA-

CAPÍTULO XXIII.

Como el Capitan Hernando Cortés se em barcó con todos los demas caballeros, soldados, para ir por la banda del Sur Puerto de la Habana, y envió otro nav por la banda del Norte al mismo puerto, y lo que mas le acaeció.

Despues que Cortés vió que en la v lla de la Trinidad no teniamos en que e tender, apercibió á todos los caballeros y so dados que allí se habian juntado para ir su compañía, que se embarcasen juntame te con él en los navíos que estaban en puerto de la banda del Sur, y los que p tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Hab na con Pedro de Alvarado, para que fue recogiendo mas soldados, que estaban unas estancias, que era camino de la mism Habana: porque el Pedro de Alvarado e muy apacible, y tenia gracia en hacer ge te de guerra. Yo fui en su compañía por tie ra, y mas de otros cincuenta soldados. D xemos esto, y diré que tambien mandó Co tés á un hidalgo, que se decia Juan de E calante muy su amigo, que fuese en u navío por la banda del Norte. Y tambi mandó, que todas los caballeros fuesen p tierra. Pues ya despachado todo lo que d cho tengo, Cortés se embarcó en la n

Capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no viéron á la Capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fuéron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado á la villa de la Habana: y el navío en que venia Juan de Escalante por la banda del Norte, tambien habia llegado, y todos los caballos que iban por tierra: y Cortés no vino, ni sabian dar razon dél, ni dónde quedaba, y pasáronse cinco dias, y no habia nuevas ningunas de su navío, y teniamos sospecha no se hubiese perdido en los Jardines, que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos baxos, que son diez ó doce leguas de la Habana; y fué acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de ménos porte en busca de Cortés: y en aderezar los navíos, y en debates, vaya fulano, vaya zutano, ó Pedro, ó Sancho, se pasáron otros dos dias, y Cortés no venia: y habia entre nosotros bandos, y medio chirinolas, sobre quién seria Capitan hasta saber de Cortés: y quien mas en ello metió la mano, fué Diego de Ordas, como Mayordomo mayor del Velazquez, á quien enviaba para entender solamente en lo de la Armada no se alzase con ella. Dexemos esto y volvamos á Cortés, que como venia en el navío de mayor porte (como ántes tengo dicho) *en el parage de la isla* de Pinos, ó cerca

de

de los Jardines hay muchos baxos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío, é no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar; porque allí cerca habia tierra donde lo descargáron: y desque viéron que el navío estaba en floto, y podia nadar, le metiéron en mas hondo, y tornáron á cargar lo que habian descargado en tierra, y dió vela, y fué su viage hasta el puerto de la Habana; y quando llegó, todos los mas de los caballeros y soldados que le aguardábamos, nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendian ser Capitanes: y cesáron las chirinolas. Y despues que le aposentámos en la casa de Pedro Barba, que era Teniente de aquella villa por el Diego Velazquez, mando sacar sus estandartes, y ponellos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones, segun y de la manera de los pasados, y de allí de la Habana vino un hidalgo que se decia Francisco de Montejo: y este es el por mí muchas veces nombrado, que despues de ganado México, fué Adelantado y Gobernador de Yucatan y Honduras: y vino Diego de Soto el de Toro, que fué Mayordomo de Cortés en lo de México: y vino un Angulo, y Garci Caro, y Sebastian Rodriguez, y un Pacheco, y un fulano Gutierres, un Rojas (no digo Rojas el Rico) y un mancebo que se decia *Santa-Clara*, y dos hermanos que se decian

los

los Martinez del Frexenal, y un Juan de Nájara (no lo digo por el sordo el del juego de la pelota de México) y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y quando Cortés los vió todos aquellos hidalgos y soldados juntos, se holgó en grande manera, y luego envió un navío á la punta de Guaniguanico á un pueblo que allí estaba de Indios, adonde hacian cazabe, y tenian muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del Gobernador Diego Velazquez: y envió por Capitan del navío al Diego de Ordas, como Mayordomo mayor de las haciendas del Velazquez, y envióle por tenelle apartado de sí: porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor, quando hubo las contiendas sobre quien seria Capitan quando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navío, y por no tener contraste en su persona le envió, y le mandó, que despues que estuviese cargado el navío de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico, hasta que se juntase con otro navío, que habia de ir por la banda del Norte, y que irian ambos en conserva, hasta lo de Cozumel, ó le avisaria con Indios en canoas lo que habia de hacer. Volvamos á decir del Francisco de Montejo, y de todos aquellos vecinos de la Habana que metiéron mucho *matalotaje* de cazabe y tocinos, que

otra

otra cosa no habia: y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce, y ciertos falconetes, y dió cargo dellos á un artillero que se decia Mesa, y á un Levantisco que se decia Arbenga, y á un Juan Catalan, para que los piasen y probasen, y para que las pelotas y pólvora todo lo tuviesen muy á punto, é dióles vino y vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero á uno que se decia Bartolome de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas, y cuerdas y nueces, y almacen, é que tirasen á terrero, é que mirasen á quantos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana habia mucho algodon, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre Indios, porque es mucha la vara y flecha, y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo: y allí en la Habana comenzó Cortés á poner casa, y á tratarse como Señor: y el primer Maestresala que tuvó, fué un Guzman, que luego se murió ó matáron Indios: no digo por el Mayordomo Christóval de Guzman que fué de Cortés, que prendió á Guatemuz, quando la guerra de México. Y tambien tuvo Cortés por Camarero á un Rodrigo Rangel, y por Mayordomo á un Juan de Cáceres, que fué despues de ganado México hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercebir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en to-

todos los navíos: hiciéron pesebrera, y metiéron mucho maiz y yerba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasáron.

El Capitan Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en S. Juan de Ulua.

Pedro de Alvarado y Hernando Lopez de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera: y de que llegamos á la Nueva España el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua, ó se la tomó por fuerza.

Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia: de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velazquez de Leon, otra yegua rucia, muy poderosa, que llamábamos la rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Christóbal de Oli, un caballo castaño escuro harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazan, tostado, no fué para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño escuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro tresalvo, no fué bueno.

Diego de Ordás una yegua rucia, machorra pasadera, aunque corria poco.

Gonzalo Dominguez, un muy estremado ginete, un caballo castaño escuro muy bueno, y gran corredor.

Pedro Gonzalez de Truxillo, un buen caballo castaño, que corria muy bien.

Moron, vecino del Vaimo, un caballo hovero, labrado de las manos, y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo hovero algo sobre morcillo, no salió bueno.

Lares el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño, algo claro, y buen corredor.

Ortiz el Músico, y un Bartolomé García, que solia tener minas de oro, un muy buen caballo escuro, que decian el arriero; este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la Armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navio. Este Juan Sedeño pasó el mas rico soldado que hubo en toda la armada, porque traxo un navío suyo, y la yegua y un negro, é çazabe, é tocinos; porque en aquella sazon no se podia hallar caballos, ni negros; sino era á peso de oro, y á esta causa no pasáron mas caballos porque no los habia. Y dexallos he aquí, y diré lo que allá nos avino ya que estamos á punto para nos embarcar.

CA-

CAPITULO XXIV.

Como Diego Velazquez envió á un su criado, que se decia Gaspar de Garnica, con mandamientos y provisiones, para que en todo caso se prendiese á Cortés, y se le tomase el Armada, y lo que sobre ello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas desta relacion vuelvan muy atras á se rescatar, para que se entienda bien lo que se escribe: y esto digo, que parece ser, que como el Diego Velazquez vió y supo de cierto, que Francisco Verdugo su Teniente é cuñado, que estaba en la Villa de la Trinidad, no quiso apremiar á Cortés que dexase el Armada, ántes le favoreció juntamente con Diego de Ordás, para que saliese, dice que estaba tan enojado el Diego Velazquez, que hacia bramuras, y decia al Secretario Andres de Duero, y al Contador Amador de Lares, que ellos le habian engañado por el trato que hiciéron, y que Cortés iba alzado, y acordó de enviar á un su criado con cartas y mandamientos para la Habana á su Teniente, que se decia Pedro Barba, y escribió á todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella Villa, y al Diego de Ordás, y á Juan Velazquez de Leon, que eran sus deudos é amigos, rogándoles muy afectuosamente que

en bueno ni en malo no dexasen pasar aquella Armada, y que luego prendiesen á Cortés, y se lo enviasen preso é á buen reçaudo á Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica (que así se decia el que envió con las cartas y mandamientos á la Habana) se supo lo que traia, y con este mismo mensagero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velazquez, y fué desta manera: que parece ser, que un Frayle de la Merced que se daba por servidor de Velazquez, que estaba en su compañía del mismo Gobernador, escribia á otro Frayle de su Orden, que se decia Fray Bartolomé de Olmedo que iba con Cortés, y en aquella carta del Frayle le avisaban á Cortés sus dos compañeros Andres de Duero y el Contador de lo que pasaba. Volvamos á nuestro cuento: pues como al Ordás lo habia enviado Cortés á lo de los bastimentos con el navío (como dicho tengo) no tenia Cortés contraditor sino al Juan Velazquez de Leon: luego que le habló lo truxo á su mandado: y especialmente, que el Juan Velazquez no estaba bien con el pariente, porque no le habia dado buenos Indios: pues á todos los mas que habia escrito el Diego Velazquez, ninguno le acudia á su proposito, ántes todos á una se mostráron por Cortés: y el Teniente Pedro Barba muy mejor: y demas desto aquellos hidalgos Alvarados, y el Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo,

jo, y Christóbal de Oli, y Juan de Escalante, é Andres de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimuláron los mandamientos, muy mejor se calláron en la Habana entónces: y con el mismo Garnica escribió el Teniente Pedro Barba al Diego Velazquez, que no osó prender á Cortés, porque estaba muy pujante de soldados, é que hubo temor no metiese á sacomano la villa, y la robase y embarcase todos los vecinos, y se los llevase consigo. E que á lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, é que no se atrevió á hacer otra cosa. Y Cortés le escribió al Velazquez con palabras tan buenas, y de ofrecimientos que los sabia muy bien decir, é que otro dia se haria á la vela, y que le seria muy servidor.

CAPITULO XXV.

Como Cortés se hizo á la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino.

No hicimos alarde hasta la villa de Cozumel, mas de mandar Cortés, que los caballos se embarcasen: y mandó Cortés á Pedro de Alvarado, que fuese por la banda

da del Norte en un buen navío que se decia San Sebastian, y mandó al Piloto que llevaba en el navío, que le aguardase en la Punta de Sant Anton, para que allí se ajuntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensagero á Diego de Ordás, que habia ido por el bastimento que aguardase que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del Norte. Y en diez dias del mes de Febrero año de mil y quinientos y diez y nueve años, despues de haber oido Misa nos hicimos á la vela con nueve navíos por la banda del Sur, con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos de la banda del Norte (como he dicho) que fuéron once con él, en que fué Pedro de Alvarado con sesenta soldados, é yo fui en su compañia, y el Piloto que llevábamos que se decia Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fué mandado por Cortés, y siguió su derrota, y llegamos dos dias ántes que Cortés á Cozumel, y surgimos en el Puerto ya por mí otras veces dicho, quando lo de Grijalva, y Cortés aun no habia llegado con su flota, por causa que un navío en que venia por Capitan Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navíos que venian con Cortés, y viniéron todos en conserva. Volvamos á Pedro de Alvarado, que así como llegamos al Puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel con

con todos los soldados, y no hallamos Indios ningunos, que se habian ido huyendo, y mandó que luego fuésemos á otro pueblo que estaba de allí una legua, y tambien se amontáron y huyéron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda, y dexáron gallinas y otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta quarenta dellas: y tambien en una casa de adoratorios de ídolos tenian unos paramentos de mantas viejas, y unas arquillas donde estaban unas como diademas, é ídolos, é cuentas, é pinjantillos de oro baxo, é tambien se les tomo dos Indios y una India, y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Y estando en esto llegó Cortés con todos los navíos, y despues de aposentado, la primera cosa que se hizo, fué mandar echar preso en grillos al Piloto Camacho, porque no aguardó en la mar como le fué mandado. Y desque vió el pueblo sin gente, y supo como Pedro de Alvarado habia ido al otro pueblo, é que les habia tomado gallinas é paramentos, y otras cosillas de poco valor de los ídolos, y el oro medio cobre; mostró tener mucho enojo dello, y de como no aguardó el Piloto, y reprehendióle gravemente al Pedro de Alvarado, é le dixo, que no se habian de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando á los naturales su hacienda: y luego mandó traer á los dos Indios y á la India que habíamos tomado, y con Melcho-

rejo que llevábamos de la punta de Cotoche, que entendia bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo su compañero se habia muerto, que fuese á llamar los Caciques é Indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro y paramentos y todo lo demas, y por las gallinas que ya se habian comido, les mandó dar cuentas y cascaveles, y mas dió á cada Indio una camisa de Castilla. Por manera que fuéron á llamar el señor de aquel pueblo, y otro dia vino el Cacique con toda su gente, hijos y mugeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros, como si toda su vida nos hubieran tratado: y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés á mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponia la mano se le hacia bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPITULO XXVI.

Como Cortés mandó hacer alarde de todo su exército, y de lo que mas nos avino.

De ahí á tres dias que estábamos en Cozumel, mandó Cortés hacer alarde para ver que tantos soldados llevaba, y halló por su cuen-

cuenta que eramos quinientos y ocho, sin Maestres y Pilotos y Marineros, que serian ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas; las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navíos grandes é pequeños, con uno que era como vergantin que traia á cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, y tiros de bronce, y quatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas; y esto desta cuenta de los ballesteros, no se me acuerda bien, no hace al caso de la relacion. Y hecho el alarde, mandó á Mesa el artillero que así se llamaba, y á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga, é á un Catalan, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros, y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por Capitan de la artillería á un Francisco de Orozco que habia sido buen soldado en Italia: asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decian Juan Benitez, y Pedro de Guzman el ballestero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, é que siempre tuviesen cargo de hacer almacen, y tuviesen cepillo é inguijuela, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en que gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas, y

de

de lo demas, porque Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Como Cortés supo de dos Españoles que estaban en poder de Indios en la Punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponia gran diligencia, me mandó llamar á mí, é á un Vizcaino que se llamaba Martin Ramos, y nos preguntó, que qué sentiamos de aquellas palabras que nos hubiéron dicho los Indios de Campeche, quando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decian *Castilan*, *Castilan*, segun lo he dicho en el capítulo lo que dello habla, y nosotros se lo tornamos á contar, segun y de la manera que lo habiamos visto é oido, é dixo que ha pensado en ello muchas veces, é que por ventura estarían algunos Españoles en aquellas tierras, é dixo: paréceme que será bien preguntar á estos Caciques de Cozumel, si sabian alguna nueva dellos, y con Melchorejo el de la Punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, y sabia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, y todos á una dixéron, que habian conocido ciertos Españoles, y daban señas dellos, y que en

la tierra adentro andadura de dos soles estaban, y los tenian por esclavos unos Caciques, y que allí en Cozumel habia Indios mercaderes que les habláron pocos dias había; de lo qual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E díxoles Cortés, que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*, y dió á los Caciques, y á los Indios que fuéron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dixo, que quando volviesen les darian mas cuentas: y el Cacique dixo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dexasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensageros de todo género de cuentas: y luego mandó apercebir dos navíos los de ménos porte, que el uno era poco mayor que vergantin, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por Capitan dellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche aguardando ocho dias con el navío mayor: y entretanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de quatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra: y escrita la carta, decia en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estais en poder de un Cacique detenidos, y yo os pido por merced,

que

que luego os vengais aquí á Cozumel, que para ello envio un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos Indios con quien estais; y lleva el navío de plazo ocho dias para os aguardar: venios con toda brevedad: de mi seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados, y once navíos, en ellos voy, mediante Dios la via de un pueblo que se dice Tabasco, ó Potonchan, &c. Luego se embarcáron en los navíos con las cartas, y los dos Indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atrevesáron el golfete, y echáron en tierra los mensageros con las cartas y el rescate, y en dos dias las diéron á un Español que se decia Gerónimo de Aguilar, que entónces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desque las hubo leido, y recebido el rescate de las cuentas que le enviamos, el se holgó con ello, y lo llevó á su amo el Cacique, para que le diese licencia; la qual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondió: Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por Cacique y Capitan quando hay guerras, ios vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mi desque me vean esos Españoles ir desta manera?

ra? é ya veis estos mis tres hijitos quán bonitos son : por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra : y asimismo la India, muger del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua muy enojada ; y le dixo : Mira con que viene este esclavo á llamar á mi marido, ios vos, y no cureis de mas pláticas : y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era Christiano, que por una India no se perdiese el ánima : y si por muger y hijos lo habia, que la llevase consigo, si no los queria dexar : y por mas que le dixo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos Indios mensageros adonde habia estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, y aun uno mas que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase : porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo á lo que habia venido : y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde ántes solia vivir. Y dexaré esto, y diré quando Cortés vio venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los Españoles, ni de los Indios mensageros, esta-

ba tan enojado, que dixo con palabras soberbias al Ordás, que habia creido que otro mejor recado traxera que no venirse así sin los Españoles, ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció, que unos marineros que se decian los Peñates, naturales de Gibraleon, habian hurtado á un soldado, que se decia Berrio, ciertos tocinos, y no se los querian dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros, se perjuráron, y en la pesquisa pareció el hurto: los quales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, y á todos siete los mandó luego acotar, que no aprovecháron ruegos de ningun Capitan. Donde lo dexaré, así esto de los marineros, como esto del Aguilar, y nos iremos sin el nuestro viage, hasta su tiempo y sazon. Y diré como venian muchos Indios en romería á aquella isla de Cozumel, los quales eran naturales de los pueblos comarcanos de la Punta de Cotoche, y de otras partes de tierra de Yucatan; porque segun pareció, habia allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos ídolos tenian por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar: y una mañana estaba lleno un patio dondo estaban los ídolos, de muchos Indios é Indias quemando resina, que es como nuestro incienso: y como era cosa nue-

va para nosotros, paramos á mirar en ello con atencion, y luego se subió encima de un adoratorio un Indio viejo con mantas largas, el qual era Sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que *Papas* los llaman en la Nueva España) y comenzó á predicallos un rato, y Cortés, y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermon: y Cortés preguntó á Melchorejo, que entendia muy bien aquella lengua, ¿que qué era aquello que decia aquel Indio viejo? y supo que les predicaba cosas malas: y luego mandó llamar al Cacique, y á todos los principales, y al mismo Papa, y como mejor se pudo dárselo á entender con aquella nuestra lengua, y les dixo, que si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos, y les harian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus almas: y se les dió á entender otras cosas santas y buenas, y que pusiesen una imágen de nuestra Señora que les dió, y una Cruz, y que siempre serian ayudados, y ternian buenas sementeras, y se salvarian sus ánimas; y se les dixo otras cosas acerca de nuestra santa Fe bien dichas. Y el Papa con los Caciques respondiéron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses, porque eran buenos, y que no se atreverian ellos de hacer otra cosa, *y que se los quitá*semos nosotros, y ve-

riamos quanto mal nos iba dello, porque nos iriamos á perder en la mar: y luego Cortés mandó que los despedazásemos, y echásemos á rodar unas gradas abaxo, y así se hizo, y luego mandó traer mucha cal, que habia harta en aquel pueblo, é Indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la Imágen de nuestra Señora: y mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez, y Alvaro Lopez, que hiciesen una Cruz de unos maderos nuevos, que allí estaban: la qual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, y dixo Misa el Padre que se decia Juan Diaz; y el Papa y Cacique, y todos los Indios estaban mirando con atencion. Llaman en esta India de Cozumel á los Caciques Calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dexallos he aquí, y pasaré adelante, y diré como nos embarcamos.

CA-

CAPÍTULO XXVIII.

Como Cortés repartió los navíos, y señaló Capitanes para ir en ellos; y asimismo se dió la instruccion de lo que habian de hacer á los Pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés que llevaba la Capitana.

Pedro de Alvarado, y sus hermanos, un buen navío que se decia San Sebastian.

Alonso Hernandez Puertocarrero otro.

Francisco de Montejo otro buen navío.

Christóbal de Oli otro.

Diego de Ordas otro.

Juan Velazquez de Leon otro.

Juan de Escalante otro.

Francisco de Morla otro.

Otro de Escobar el Page.

Y el mas pequeño, como vergantin, Ginés Nortes.

Y en cada navío su Piloto, y el Piloto mayor Anton de Alaminos, y las instrucciones por donde se habian de regir, y lo que habian de hacer, y de noche las señales de los faroles: y Cortés se despidió de los Caciques y Papas, y les encomendó aquella Imágen de nuestra Señora, y á la Cruz que la reverenciasen, y tuviesen limpio y enramado, y verian quanto provecho dello

les venia, y dixéronle que así lo harian, y traxéronle quatro gallinas, y dos jarros de miel, y se abrazáron, y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, dimos velas, y con muy buen tiempo ibamos nuestra derrota, é aquel mismo dia ahora de las diez dan desde una nao grandes voces, é capean é tiran un tiro, para que todos los navíos que veniamos en conserva lo oyesen: é como Cortés lo oyó é vió, se puso luego en el bordo de la Capitana, é vido ir arribando el navío en que venia Juan de Escalante, que se volvia ácia Cozumel, y dixo Cortés á otras naos que venian allí cerca: ¿Qué es aquello? qué es aquello? y un soldado que se decia Zaragoza, le respondió, que se anegaba el navío de Escalante, que era adonde iba el cazabe, y Cortés dixo: Plega á Dios no tengamos algun desman, y mandó al Piloto Alaminos, que hiciese señas á todos los navíos que arribasen á Cozumel. Ese mismo dia volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la Imágen de nuestra Señora, y la Cruz, muy limpio, y puesto incienso, y dello nos alegramos; y luego vino el Cacique y Papas á hablar á Cortés, y le preguntáron, que á qué volviamos? y dixo, que porque hacia agua un navío, y que lo queria adobar, y que les rogaba, que con todas sus canoas ayudasen á los bateles

á

á sacar el pan cazabe, é así lo hiciéron, y estuvimos en adobar el navío quatro dias. Y dexemos de mas hablar en ello, y diré como lo supo el Español que estaba en poder de Indios, que se decia Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPÍTULO XXIX.

Como el Español que estaba en poder de Indios, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, supo como habiamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Quando tuvo noticia cierta el Español que estaba en poder de Indios, que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los Indios que lleváron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis Indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasáron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian quatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dixéron á Cortés unos soldados que iban á montería, (*porque habia en* aquella Isla puercos de la

tierra) que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la punta de Cotoche: y mandó Cortés á Andres de Tapia, y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros Indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fuéron: y desque los Indios que venian en la canoa que traia alquilados el Aguilar, viéron los Españoles, tuviéron temor, y queriánse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dixo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andres de Tapia como los vió que eran Indios (porque el Aguilar, ni mas ni ménos era que Indio) luego envió á decir á Cortes con un Español, que siete Indios de Cozumel eran los que allí llegáron en la canoa: y despues que hubiéron saltado en tierra, el Español mal mascado, y peor pronunciado, dixo: Dios é Santa María, y Sevilla, y luego le fué á abrazar el Tapia: y otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés como era Español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el Español adonde estaba Cortés: y ántes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos Españoles preguntaban al Tapia, ¿qué es del Español? aunque iba allí junto con él, porque le tenian por Indio propio, porque

de

de suyo era moreno, y tresquildo á manera de Indio esclavo, y traia un remo al hombro, y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor, con que cubria sus vergüenzas, y traia atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, tambien picó como los demas soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del Español? y el Español como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los Indios, y dixo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y quándo vino á aquella tierra? y él dixo, aunque no bien pronunciado, que se decia Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenia órdenes de Evangelio, que habia ocho años qne se habia perdido él y otros quince hombres y dos mugeres, que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, quando hubo unas diferencias y pleytos de un Enciso y Valdivia; y dixo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metiéron él y sus compañeros, y dos mugeres, creyendo tomar la *Isla de Cuba*, ó á Xamaica; y que las cor-

rientes eran muy grandes, que les echáron en aquella tierra, y que los Calachionis de aquella comarca los repartiéron entre sí, é que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habian muerto de dolencia; y las mugeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajó tambien se muriéron, porque las hacian moler, é que á él que le tenian para sacrificar, y una noche se huyó, y se fué á aquel Cacique con quien estaba, (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró) y que no habian quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dixo que le fué á llamar, y no quiso venir. E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dixo, que mediante Dios que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra y pueblos, y el Aguilar dixo, que como le tenian por esclavo, que no sabia sino traer leña y agua, y cavar en los maices, que no habia salido sino hasta quatro leguas que le lleváron con una carga, y que no la pudo llevar, y cayó malo dello, é que ha entendido que hay muchos pueblos. E luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, y dixo que estaba casado, y tenia tres hijos, y que tenia labrada la cara, y horadadas las orejas, y el bezo de abaxo; y que era hombre de la mar, natural de Palos, é que los Indios le tienen por esforzado, y que habia poco mas de

un

un año, que quando viniéron á la punta de Cotoche una Capitanía con tres navíos (parece ser que fuéron quando venimos los de Francisco Hernandez de Córdova) que él fué inventor, que nos diesen la guerra que nos diéron, é que vino él allí por Capitan, juntamente con un Cacique de un gran pueblo, segun ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdova. Y quando Cortés lo oyó, dixo: En verdad que le querria haber á las manos, porque jamas será bueno dexársele. Y diré como los Caciques de Cozumel, quando viéron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer: y el Aguilar les aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa Imágen de nuestra Señora y á la Cruz, que conocerian que por ello les venia mucho bien: y los Caciques por consejo de Aguilar demandáron una carta de favor á Cortés, para que si viniesen á aquel puerto otros Españoles, que fuesen bien tratados, y no les hiciesen agravios; la qual carta luego se la dió: y despues de despedidos con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva: y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el Coronista Gomara; y no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPÍTULO XXX.

Como nos tornamos á embarçar, y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que nos avino en el viage.

En quatro dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcasemos, segun y de la manera que habiamos venido, ántes que arribasemos á Cozumel, y con las mismas instrucciones y señas de los faroles, para de noche: yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; é quiso Dios que á media noche afloxó, y desque amaneció luego se volviéron á juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon, é ibamos nuestro viage sin saber dél hasta medio dia, de lo qual llevabamos pena, creyendo fuese perdido en unos baxos; y desque se pasaba el dia y no parecia, dixo Cortés al Piloto Alaminos, que no era bien ir mas adelante, sin saber dél; y el Piloto hizo señas á todos los navíos, que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, don-

donde no podia salir por ser el tiempo contrario. Y como vió que no venia, dixo el Piloto á Cortés: Señor, tenga por cierto que se metió en uno como puerto, ó bahía que queda atras, y que el viento no le dexa salir, porque el Piloto que llevaba, es el que vino con Francisco Hernandez de Córdova, y volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, y sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á le buscar con toda la Armada; y en aquella bahía donde habia dicho el Piloto, lo hallamos ancleado, de que todos hubimos placer, y estuvimos allí un dia, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el Piloto, y un Capitan que se decia Francisco de Lugo, y habia por allí unas estancias, donde habia maizales, y hacian sal, y tenian quatro Cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, y todas las mas de mugeres; y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra, la Punta de las Mugeres. Acuérdome que decia el Aguilar, que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado que le truxo su amo, é cayó malo de traer la carga, é que tambien estaba no muy léjos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, é que todos tenian oro, aunque era poco, y que si queria, que él guiaria, y que fuesemos allá: y Cortés le dixo riendo, que no venia él para tan pocas cosas, sino para servir á Dios, y al

Rey.

Rey. Y luego mandó Cortes á un Capitan que se decia Escobar, que fuese en el navío, de que era Capitan, que era muy velero, y demandaba poca agua, hasta boca de Terminos, y mirase muy bien qué tierra era, y si era buen puerto para poblar, y si habia mucha caza, como le habian informado: y esto que le mandó, fué por consejo del Piloto; porque quando por allí pasasemos con todos los navíos, no nos detener en entrar en él; y que despues de visto que pusiese una señal, y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiesen una carta, y la pusiesen donde la viesemos de una parte é de otra del puerto, para que conociesemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la Armada barloventeando despues que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió, y fué á Puerto de Términos, (que así se llama) é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebrela que se hubo quedado quando lo de Grijalva, y estaba gorda y lucia: y dixo el Escobar, que quando la lebrela vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola, y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el Armada, y parece ser con viento Sur que le dió, no pudo esperar al *reparo*, y metióse mucho en la mar. Volvamos

mos á nuestra Armada, que quedabamos en la Punta de las Mugeres, que otro dia de mañana salimos con buen tiempo terral, y llegamos en boca de Términos, y no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel, y con diez ballesteros le fuesen á buscar en la boca de Términos, ó á ver si habia señal, ó carta: y luego se halló árboles cortados, y una carta, que en ella decia como era muy buen puerto, y buena tierra, y de mucha caza, y lo de la lebrela: y dixo el Piloto Alaminos á Cortés que fuesemos nuestra derrota, porque con el viento Sur se debia haber metido en la mar, é que no podria ir muy léjos, porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desman, mandó meter velas, y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés, y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el parage de Potonchan, y Cortés mandó al Piloto, que surgiesemos en aquella ensenada; y el Piloto respondió; que era mal puerto, porque habian de estar los navíos surtos mas de dos leguas léjos de tierra, que mengua mucho la mar, porque tenia pensamiento Cortés de dalles una buena mano, por el desbarate de lo de Francisco Hernandez de Córdova, y Grijalva, y muchos de los soldados que nos habiamos hallado en aquellas batallas, se lo suplicamos que entrase dentro,

tro, y no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El Piloto Alaminos con otros Pilotos porfiáron, que si allí entrábamos, que en ocho dias no podriamos salir por el tiempo contrario, y que ahora llevabamos buen viento, é que en dos dias llegariamos á Tabasco; y así pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva: y lo que allí nos acaeció, é las guerras que nos diéron; diré adelante.

CAPÍTULO XXXI.

Como llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de Indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos diéron, y lo que mas con ellos pasamos.

En doce dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años llegamos con toda la Armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco: y como sabiamos ya de quando lo de Grijalva, que en aquel puerto y rio no podian entrar navíos de mucho porte, surgiéron en la mar los mayores, y con los pequeños, y los bateles fuimos todos los soldados á desembarcar á la punta de los Palmares (como quando con Grijalva) que estaba del pueblo de Tabasco otra media legua, y andaban por el rio en la ribera entre unos man-

anglares todo lleno de Indios guerreros;
: lo qual nos maravillamos los que ha-
iamos venido con Grijalva: y demas des-
) estaban juntos en el pueblo mas de doce
il guerreros aparejados para darnos guer-
; porque en aquella sazon aquel pueblo
a de mucho trato, y estaban sujetos á él
ros grandes pueblos, y todos los tenian
ercebidos con todo género de armas, se-
un las usaban. Y la causa dello fué, por-
ie los de Potonchan, y los de Lázaro, y otros
ueblos comarcanos los tuviéron por cobar-
es, y se lo daban en rostro, por causa que
iéron á Grijalva las joyas de oro que án-
s he dicho en el capítulo que dello habla,
que de medrosos no nos osáron dar guerra,
ues eran mas pueblos, y tenian mas guer-
eros que no ellos: y esto les decian por
frentarlos, y que en sus pueblos los habian
ado guerra, y muerto cincuenta y seis hom-
res. Por manera, que con aquellas palabras
ue les habian dicho, se determináron de to-
ar armas, y quando Cortés los vió pues-
os de aquella manera, dixo á Aguilar la
engua, que entendia bien la de Tabasco,
ue dixese á unos Indios, que parecian
rincipales, que pasaban en una gran ca-
oa cerca de nosotros, que para qué anda-
an tan alborotados: que no les veniamos á
acer ningun mal, sino á decilles, que les
ueremos dar de lo que traemos como á her-
nanos, é que les rogaba que mirasen no en-

co-

comenzasen la guerra, porque les pesaria dello. Y les dixo otras muchas cosas acerca de la paz: y mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos, si entrabamos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos de cercas y albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dexasen tomar agua, y comprar de comer á trueco de nuestro rescate, y tambien decir á los Calachonis cosas que sean de su provecho, y servicio de Dios nuestro Señor: y todavía ellos á porfiar que no pasasemos de aquellos palmares adelante, sino que nos matarian. Y quando aquello vió Cortés, mandó apercebir los bateles y navíos menores, y mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros: y teniamos memoria quando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é cienegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta, y los que fueron viéron que se iban: y visto todo esto, y despues de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando órden, en cómo, y de qué manera habiamos de ir en los bateles: y otro dia por la mañana, despues de haber oido Misa, y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alon-

so de Avila, que era Capitan, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo, é que de que oyese los tiros, él por una parte y nosotros por otra diesemos en el pueblo: y Cortés y todos los mas soldados y Capitanes fuimos en los bateles y navíos de ménos porte por el rio arriba: y quando los Indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares, viéron que de hecho ibamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto, adonde habiamos de desembarcar para defendernos que no saltasemos en tierra, que en toda la costa no habia sino Indios de guerra con todo género de armas, que entre ellos se usan, tañendo trompetillas, y caracoles, y atabalejos; y como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviesemos un poco, y que no soltasemos tiros ni escopetas ni ballestas: y como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un Escribano del Rey que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, y por la lengua de Aguilar, para que nos dexasen saltar en tierra, y tomar agua, y hablalles cosas de Dios nuestro Señor, y de su Magestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese, ó otros qualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, y no á la nuestra: y ellos todavia haciendo muchos fieros, y que no

sal-

saltasemos en tierra, sino que nos matarian. Luego comenzáron muy valientemente á nos flechar, é hacer sus señas con sus atambores, para que todos sus esquadrones apechugasen con nosotros, y como esforzados hombres viniéron, y nos cercáron con las canoas con tan grandes ruciadas de flechas, que nos hiriéron, é hiciéron detener en el agua hasta la cinta, y en otras partes mas arriba: y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y cienega, no podiamos tan presto salir della, y cargáron sobre nosotros tantos Indios, que con las lanzas á mantiniente, y otros á flecharnos hacian que no tomasemos tierra tan presto como quisieramos, y tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie salió á tierra. Estuvimos en aquella sazon en grande aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros, y luego con gran osadía nombrando á Señor Santiago, y arremetiendo á ellos les hicimos retraer, y aunque no muy léjos por amor de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, y tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo, y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante, adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, y allí tornáron á reparar y hacer cara, y peleáron

muy valientemente, con grande esfuerzo, y dando voces y silvos, diciendo: *Ala lala, al Calachoni, al Calachoni,* que en su lengua quiere decir, que matasen á nuestro Capitan. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por amor de unas cienegas y esteros que pasó: é su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos, y deshacer portillos en las albarradas para pelear: así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volviéron de hecho las espaldas, hasta un gran patio, donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo quanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés, que reparasemos, y que no fuesemos mas en seguimiento del alcance, pues iban huyendo: y allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su Magestad, y él en su Real nombre. Y fué desta manera, que desembainada su espada, dió tres cuchilladas en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, y dixo, que si habia alguna persona que se lo contradixe-

se, que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrazada: y todos los soldados que presentes nos hallamos quando aquello pasó, diximos, que era bien tomar aquella Real posesion en nombre de su Magestad, é que nosotros seriamos en ayudalle, si alguna persona otra cosa dixere: é por ante un Escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdome, que en aquellas reñidas guerras que nos diéron, de aquella vez hiriéron á catorce soldados, y á mí me diéron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedáron tendidos y muertos diez y ocho Indios en el agua, y en tierra donde desembarcamos, y allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas. Y dexallo he por contar lo que mas pasamos.

CAPÍTULO XXXII.

Como mandó Cortés á todos los Capitanes, que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro dia mandó Cortés á Pedro de Alvarado, que saliese por Capitan con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que lle-

llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la punta de Cotoche; y quando le fuéron á llamar al Melchorejo, no le halláron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque segun parecia el dia ántes en la punta de los palmares, dexó colgados sus vestidos que tenia de Castilla, y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dixese á los Indios sus naturales algunas cosas que no truxesen provecho. Dexémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento, que asimismo mandó Cortés, que fuese otro Capitan, que se decia Francisco de Lugo, por otra parte con otros cien soldados, y doce ballesteros, y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al Real: é yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro Real, se encontró con grandes Capitanes y esquadrones de Indios, todos flecheros, y con lanzas, y rodelas, y atambores, y penachos, y se vienen derechos á la Capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comenzáron á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de Indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, como granizo caian sobre ellos, y con espadas de navajas, de á dos manos: y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar

tar de sí: y quando aquello vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al Real, y habia enviado adelante un Indio de Cuba muy grande corredor y suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuesemos á ayudar; y todavía el Francisco de Lugo con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los esquadrones que sobre él estaban. Dexémosle de la manera que he dicho, y con gran peligro, y volvamos al Capitan Pedro de Alvarado, que pareció ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, y quiso Dios nuestro Señor encaminallo que volviese por otro camino hacia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo: é como oyó las escopetas que tiraban, y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces, y silvos de los Indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra; y con mucha presteza, y con gran concierto acudió á las voces y tiros, y halló al Capitan Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, y cinco Indios muertos: y luego que se juntáron con el Lugo, dan tras los Indios, que los hiciéron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fuéron siguiendo los Indios á los nuestros hasta el Real: y asimismo nos habian acometido, y venido á dar guerra

otras

otras Capitanías de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos dellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atras, que quando Cortés oyó al Indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les ibamos á ayudar, y nosotros que ibamos, y los dos Capitanes por mi nombrados que llegaban con sus gentes obra de media legua del Real, y muriéron dos soldados de la Capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Alvarado le hiriéron tres; y quando llegáron al Real se curáron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas, y en aquellas escaramuzas matamos quince Indios, y se prendiéron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar nuestra lengua les preguntaba ¿que por qué eran locos, y salian á dar guerra? Luego se envió un Indio dellos con cuentas verdes para dar á los Caciques, porque viniesen de paz: y aquel mensagero dixo, que el Indio Melchorejo que traiamos con nosotros de la punta de Cotoche, que se fué á ellos la noche ántes, les aconsejó, que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque eramos muy pocos. De manera que traiamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel Indio que enviamos por mensagero, fué y nunca volvió con

la respuesta: y de los otros dos Indios que estaban presos, supo Aguilar la lengua por muy cierto, que para otro dia estaban juntos todos quantos Caciques habia en todos aquellos pueblos comarcanos de aquella Provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el Real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dexallos he aquí, y diré lo que sobre ello hicimos.

CAPÍTULO XXXIII.

Como Cortés mandó, que para otro dia nos aparejasemos todos para ir en busca de los esquadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo, que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó, que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, é que escopetas, y ballesteros, y todos los soldados estuviesemos muy á punto con nuestras armas, y aunque estuviesemos heridos: y quando hubiéron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuviéron sueltos. Una cosa acae-
ció

ció en aquella sazon á seis, ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dio mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus pies, si no los llevaban á cuestas; no supimos de que; decian, que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas, que les dio aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercibio á los Caballeros, que habian de ir los mejores ginetes, y caballos, que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó, que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros, y señaló trece de á caballo, y Cristóval de Oli, y Pedro de Alvarado, y Alonso Hernandez Puertocarrero, y Juan de Escalante, y Francisco de Montejo: é á Alonso de Avila le diéron un caballo, que era de Ortiz el músico é de un Bartolome García, que ninguno dellos era buen ginete: y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Moral, é Lares el buen ginete (nómbrole así, porque habia otro buen ginete, y otro Lares) y Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo, Moron el del Bayamo, y Pedro Gonzalez el de Truxillo; todos estos Caballeros señaló Cortés, y él por Capitan, y mandó á Mesa el artillero, que tuviese á punto su artillería; y mandó á Diego de Ordás, que fuese por Capitan de todos nosotros, porque no era hombre de á caballo, y tambien fué por

I 4 Ca-

Capitan de los ballesteros y artilleros. Y otro dia muy de mañana, que fué dia de nuestra Señora de Marzo, despues de haber oido Misa, puestos todos en ordenanza con nuestro Alferez, que entónces era Antonio de Villarroel, marido que fué de una Señora que se decia Isabel de Ojeda, que desde ahí á tres años se mudó el nombre en Villarreal, y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito; que fuimos por unas habanas grandes, adonde habian dado guerra á Francisco de Lugo, á Pedro de Alvarado, y llamábase aquella habana y pueblo, Cintla, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos, y nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por amor de unas cienegas, que no podian pasar los caballos: é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de esquadrones de Indios guerreros, que nos venian ya á buscar á los aposentos, y fué adonde los encontramos junto al mesmo pueblo de Cintla en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenian deseo de nos dar guerra, y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dexallohe aquí, y diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, y bien terrible, como adelante verán.

CA-

CAPITULO XXXIV.

Como nos diéron guerra todos los Caciques de Tabasco y sus Provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera y concierto que ibamos, y como topamos todas las Capitanías y esquadrones de contrarios, que nos iban á buscar, y traian todos grandes penachos, y atambores y trompetillas, y las caras enalmagradas, y blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas como montantes de á dos manos, y mucha honda, y piedra, y varas tostadas, y cada uno sus armas colchadas de algodon; y así como llegáron á nosotros, como eran grandes esquadrones, que todas las habanas cubrian, se vienen como perros rabiosos, y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha, y vara, y piedra, que de la primera arremetida hiriéron mas de setenta de los nuestros, y con las lanzas pie con pie nos hacian mucho daño, y un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oido, el qual se llamaba Saldaña: y no hacian sino flechar y herir en los nuestros: y nosotros con los tiros, y escopetas, y ballestas, y grandes estocadas, no perdiamos punto de buen pelear: y como conociéron las es-

estocadas, y el mal que les haciamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á su salvo; puesto que Mesa nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes esquadrones, y no se apartaban léjos, y daba en ellos á su placer: y con todos los males y heridas que les haciamos, no los podiamos apartar. Yo dixe al Capitan Diego de Ordás; parece que debemos cerrar y apechugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvian algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas, y varas tostadas, y tanta piedra como granizo. Respondió el Ordás, que no era buen acuerdo; porque habia para cada uno de nosotros trecientos Indios, y que no nos podriamos sostener con tanta multitud, y así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar quanto pudiesemos á ellos, como se lo habia dicho al Ordás, por dalles mal año de estocadas: y bien lo sintiéron, y se pasáron luego de la parte de una cienega: y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venia, aunque deseabamos en gran manera su ayuda, y temiamos, que por ventura no le hubiese acaecido algun desastre. Acuérdome, que quando soltabamos los tiros, que daban los Indios grandes silvos y gritos, y echaban tierra y pajas en alto, porque no viesemos el daño que les haciamos, y tañian entónces trom-

trompetas, y trompetillas, y silvos, y voces, y decian, *Ala lala.* Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, y como aquellos grandes esquadrones estaban embebecidos dandonos guerra, no miráron tan de presto en los de á caballo, como venian por las espaldas: y como el campo era llano, y los Caballeros buenos ginetes, y algunos de los caballos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano, y alancean á su placer, como convenia en aquel tiempo. Pues los que estabamos peleando como los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de á caballo por una parte, y nosotros por otra, que de presto volviéron las espaldas. Aquí creyéron los Indios, que el caballo y Caballero era todo un cuerpo, como jamas habian visto caballos hasta entónces; iban aquellas habanas y campos llenos dellos, y acogiéronse á unos montes que allí habia. Y despues que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó como no habia podido venir mas presto, por amor de una cienega, y que estuvo peleando con otros esquadrones de guerreros ántes que á nosotros llegasen, y traia heridos cinco Caballeros, y ocho caballos. Y despues de apeados debaxo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos habia dado aquella victoria tan cumplida: y como era dia de *nuestra Señora* de Marzo, llamóse una vi-

lla

lla que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser dia de nuestra Señora, como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no habia, y se curáron los caballos con quemalles las heridas con unto de Indio de los muertos, que abrimos para sacalle el unto, y fuimos á ver los muertos que habia por el campo, y eran mas de ochocientos, y todos los mas de estocadas, y otros de los tiros, y escopetas, y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduviéron los de á caballo, habia buen recaudo dellos muertos, y otros quexándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que viniéron los de á caballo, como he dicho, é prendimos cinco Indios, é los dos dellos Capitanes: y como era tarde, hartos de pelear, y no habiamos comido, nos volvimos al Real: é luego enterramos dos soldados, que iban heridos por las gargantas, y por el oido, y quemamos las heridas á los demas, y á los caballos con el unto del Indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos, y reposamos. Aquí es donde dice Francisco Lopez de Gomara, que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, ántes

tes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los Santos Apóstoles Señor Santiago, ó Señor San Pedro. Digo, que todas nuestras obras y vitorias son por mano de nuestro Señor Jesu-Christo, y que en aquella batalla habia para cada uno de nosotros tantos Indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gomara, fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago ó Señor San Pedro; é yo como pecador no fuese digno de lo ver: lo que yo entónces ví y conocí, fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra, segun y de la manera que allí pasamos: é ya que yo como indigno pecador no fuera merecedor de ver á qualquiera de aquellos gloriosos Apóstoles, allí en nuestra compañía habia sobre quatrocientos soldados, y Cortés, y otros muchos Caballeros, platicarase dello, y tomarase por testimonio, y se hubiera hecho una Iglesia quando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria, ó de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria: y si fuera así como dice el Gomara, harto malos Christianos fueramos, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos Apóstoles, no reco-

conocer la gran merced que nos hacia, reverenciar cada dia aquella Iglesia: pl guiera á Dios que así fuera como el Cor nista dice; y hasta que leí su Corónica, nu ca entre Conquistadores que allí se hallár tal se oyó. Y dexémoslo aquí, y diré lo q mas pasamos.

CAPÍTULO XXXV.

Como envió Cortês á llamar á todos los C ciques de aquellas Provincias, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho como prendimos en aqu lla batalla cinco Indios, y los dos dellos Cap tanes; con los quales estuvo Aguilar la le gua á pláticas, y conoció en lo que le d xéron, que serian hombres para enviar p mensageros, y dixóle al Capitan Cortés, q los soltasen, y que fuesen á hablar á l Caciques de aquel pueblo, é otros quale quier: é á aquellos dos Indios mensager se les dió cuentas verdes é diamantes az les; y les dixo Aguilar muchas palabr bien sabrosas y de halagos, y que les qu remos tener por hermanos, y que no hubi sen miedo, y que lo pasado de aquella gue ra que ellos tenian la culpa, y que llamas á todos los Caciques de todos los puebl que les queriamos hablar; y se les amone tó otras muchas cosas bien mansamente, p

ra atraellos de paz: y fuéron de buena voluntad, y habláron con los principales y Caciques, y les dixéron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oida nuestra embaxada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince Indios de los esclavos que entre ellos tenian, y todos tiznadas las caras, y las mantas y bragueros, que traian muy ruines, y con ellos enviáron gallinas, y pescado asado, y pan de maiz: y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad: y Aguilar la lengua les dixo medio enojado, ¿que cómo venian de aquella manera puestas las caras? que mas venian de guerra, que para tratar paces; y que luego fuesen á los Caciques, y les dixesen, que si querian paz, como se la ofrecimos, que viniesen Señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules, en señal de paz, y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro dia viniéron treinta Indios principales, y con buenas mantas, y truxéron gallinas, y pescado, y fruta, y pan de maiz, y demandáron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal, ó los comiesen tigres, ó leones. La qual licencia les dió luego: y ellos se diéron priesa en traer mucha gente para los enterrar, y quemar los

cuer-

cuerpos, segun su usanza: y segun Cortés supo dellos, dixéron, que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos: é dixéron, que no se podian detener con nosotros en palabras, ni pazes, porque otro dia habian de venir todos los principales y Señores de todos aquellos pueblos, y concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dixo, riendo, á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía: sabeis señores que me parece, que estos Indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar, que ellos solos hacen la guerra, y asimismo las bombardas: he pensado una cosa, para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro dia en el navío, y atalla han aquí adonde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz el Músico, que es muy rixoso, y tomará olor de la yegua, y quando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte, que desque vengan los Caciques que han de venir, no los oigan relinchar, ni los vean hasta que esten delante de mí, y estemos hablando: y así se hizo segun y de la manera que lo mandó, que truxéron la yegua y el caballo, y tomó olor della en el aposento de Cortés: y demas desto mandó, que cebasen un tiro, el mayor de los que teniamos, con una buena pelota, y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya

era

era medio dia, viniéron quarenta Indios, todos Caciques, con buena manera, y mantas ricas, á la usanza dellos: saludáron á Cortés, y á todos nosotros; y traian de sus inciensos, zahumándonos á quantos allí estábamos, y demandáron perdon de lo pasado, y que de allí adelante serian buenos. Cortés les respondió con Aguilar nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habian visto, quantas veces les habian requerido con la paz, y que ellos tenian la culpa, y que agora eran merecedores, que á ellos, y á quantos quedan en todos sus pueblos matásemos: y porque somos vasallos de un gran Rey y Señor, que nos envió á estas partes, el qual se dice el Emperador Don Cárlos, que manda, que á los que estuvieren en su Real servicio, que les ayudemos y favorezcamos: é que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos; y si no que soltará de aquellos tepustles, que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepustle*) que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra, estan enojados algunos dellos. Entónces secretamente mandó poner fuego á la bombarda, que estaba cebada, y dió tan buen trueno y recio como era menester: iba la pelota zumbando por los montes, que como en aquel instante era medio dia, y hacia calma, llevaba gran ruido; y los Caciques se espantáron de la oir,

y como no habian visto cosa como aquella, creyéron, que era verdad lo que Cortés les dixo: y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar, que ya no hubiesen miedo, que él mandó, que no hiciese daño: y en aquel instante truxéron el caballo que habia tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los Caciques, y como á la yegua la habian tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los Indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba, y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los Indios, y al aposento donde habia tomado olor de la yegua: y los Caciques creyéron, que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y quando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo, y le tomó del freno, y dixo á Aguilar, que hiciese creer á los Indios que allí estaban, que habia mandado al caballo, que no les hiciese mal ninguno: y luego dixo á dos mozos de espuelas, que lo llevasen de allí léjos, que no le tornasen á ver los Caciques. Y estando en esto, viniéron sobre treinta Indios de carga, que entre ellos llaman *tamemes*, que traian la comida de gallinas, y pescado asado, y otras cosas de frutas, que parece ser se quedáron atrás, ó no pudiéron venir juntamente con los Caciques. Allí hubo muchas

plá-

pláticas Cortés con aquellos principales, y dixéron, que otro dia vendrian todos, y traerian un presente, y hablarian en otras cosas, é así se fuéron muy contentos. Donde los dexaré agora hasta otro dia.

CAPITULO XXXVI.

Como viniéron todos los Caciques é Calachonis del rio de Grijalva, y truxéron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro dia de mañana, que fué á los postreros del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, vinieron muchos Caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco, y de otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, y truxéron un presente de oro, que fuéron quatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco anades, y dos figuras de caras de Indios, y dos suelas de oro, como de sus cotoras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valia, y truxéron mantas de las que ellos traian y hacian, que son muy bastas: porque ya habrán oido decir los que tienen noticia de aquella Provincia, que no las hay en aquella tierra sino de poco valor, y no fué nada todo este presente en comparacion *de veinte mugeres*, y entre ellas una muy

 ex-

excelente muger, que se dixo Doña Marina, que así se llamó despues de vuelta Christiana. Y dexaré esta plática, y de hablar della, y de las demas mugeres que truxéron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los Caciques, y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dixo, que por aquello que traian, se lo tenia en gracia: mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, y mugeres, y hijos, y que dentro de dos dias le quiere ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera la paz. Y luego los Caciques mandáron llamar todos los vecinos, y con sus hijos y mugeres, en dos dias se pobló. Y á lo otro, que les mandó, que dexasen sus ídolos y sacrificios, respondiéron, que así lo harian: y les declaramos con Aguilar lo mejor que Cortés pudo las cosas tocantes á nuestra santa Fe, y como eramos Christianos, y adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imágen muy devota de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró, que aquella santa Imágen reverenciamos, porque así está en el Cielo, y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los Caciques dixéron, que les parece muy bien aquella gran *Tecleciguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *Tecleciguatas*. Y di-

xo Cortés, que sí daria; y les mandó hacer un buen Altar bien labrado; el qual luego hiciéron. Y otro dia de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez, y Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados) que luego labrasen una Cruz bien alta: y despues de haber mandado todo esto, dixo á los Caciques, que, qué fué la causa que nos diéron guerra tres veces, requiriéndoles con la paz? Y respondiéron, que ya habian demandado perdon dello, y estaban perdonados, y que el Cacique de Champoton su hermano se lo aconsejó, y porque no lo tuviesen por cobarde, porque se lo reñian y deshonraban, porque no nos dió guerra quando la otra vez vino otro Capitan con quatro navíos: y segun pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y tambien dixo, que el Indio que traiamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de dia y de noche nos diesen guerra, porque eramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo truxesen; y dixéron, que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabian dél, aunque le han buscado, y supimos que le sacrificáron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte traian oro, y aquellas joyezuelas? Respondiéron, que de hácia donde *se pone el Sol*, y decian: *Culchua*, y Méxi-

co: y como no sabiamos qué cosa era *México, ni Culchua*, dexábamoslo pasar por alto: y allí traíamos otra lengua, que se decia Francisco, que hubimos quando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendia poco ni mucho la de Tabasco, sino la de *Culchua*, que es la Mexicana, y medio por señas dixo á Cortés, que *Culchua*, era muy adelante, y nombraba *México*, *México*, y no lo entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro dia, que se puso en el Altar la santa Imágen de nuestra Señora, y la Cruz: la qual todos adoramos, y dixo Misa el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los Caciques y principales delante; y púsose nombre á aquel pueblo, Santa María de la Victoria, y así se llama agora la Villa de Tabasco: y el mismo Frayle con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte Indias que nos presentáron muchas buenas cosas de nuestra santa Fe, y que no creyesen en los ídolos que de ántes creian, que eran malos, y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, que los traian engañados, y adorasen en nuestro Señor Jesu-Christo: y luego se bautizáron, y se puso por nombre Doña Marina aquella India é señora que allí nos diéron, é verdaderamente era gran Cacica, é hija de grandes Caciques, y señora de vasallos, y bien se le parecia en su persona; lo qual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traida; y á las otras mugeres no me acuerdo bien de to-

todos sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas, mas estas fuéron las primeras Christianas que hubo en la Nueva España. Y Cortés las repartió á cada Capitan la suya, y á esta Doña Marina, como era de buen parecer, y entremetida y desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya he dicho otra vez, que era muy buen Caballero, primo del Conde de Medellin: y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la Doña Marina con Cortés, y della hubo un hijo, que se dixo Don Martin Cortés, que el tiempo andando fué Comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco dias, así porque se curaban las heridas, como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó: y demas desto, porque Cortés siempre atraia con buenas palabras á los Caciques, y les dixo, como el Emperador nuestro Señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes Señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros, como otra qualquiera cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los Caciques le diéron muchas gracias por ello, y allí se otorgáron por vasallos de nuestro grande Emperador. Y estos fuéron los primeros vasallos que en la Nueva España diéron la obediencia á su *Magestad*. Y luego Cortés les mandó, que

para otro dia, que era Domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al Altar que hicimos con sus hijos y mugeres, para que adorasen la Santa Imágen de nuestra Señora, y la Cruz: y asimismo les mandó que viniesen seis Indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintla, adonde nuestro Señor Dios fué servido de darnos aquella victoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una Cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba; é hiciéronla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza que suele reverdecer, está siempre la Cruz señalada. Hecho esto, mandó que aparejasen todas las canoas que tenian, para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo dia nos queriamos hacer á la vela: porque en aquella sazon viniéron dos Pilotos á decir á Cortés, que estaban en gran riesgo los navíos por amor del Norte, que es travesía. Y otro dia muy dè mañana viniéron todos los Caciques y principales con todas sus mugeres y hijos, y estaban ya en el patio donde teniamos la Iglesia y Cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion: y desque los Caciques vimos juntos, Cortés y todos los Capitanes á una, con gran devocion, anduvimos una muy devota procesion, y el Padre de la Merced, y Juan Diaz el Clérigo revestidos, y se dixo Misa, y adoramos y besamos la santa Cruz,

y los Caciques é Indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta segun el tiempo, viniéron los principales, y truxéron á Cortés diez gallinas, y pescado asado, y otras legumbres, y nos despedimos dellos: y siempre Cortés encomendándoles la Santa Imágen de nuestra Señora, y las santas Cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é Iglesia, y enramado, y que las reverenciasen, y hallarian salud, y buenas sementeras. Y despues que era ya tarde, nos embarcamos, y á otro dia Lúnes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viage navegamos, y fuimos la via de San Juan de Ulua, y siempre muy juntos á tierra: é yendo navegando con buen tiempo decíamos á Cortés los soldados que venimos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de Indios se dice, *Aguayaluco*, y luego llegámos al parage de *Tonalo*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos: mas adelante le mostrábamos el gran rio de *Guazacualco*, y vió las muy altas sierras nevadas; y luego las sierras de San Martin: y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos, que entran en la mar, y tiene una señal arriba como á manera de silla: y mas adelante le mostramos el rio de Alvarado, que es adonde entró Pedro de Alvarado quando lo de Grijalva: y luego vimos el rio de Vanderas, que fué

don-

donde rescatamos los diez y seis mil pesos: y luego le mostramos la isla Blanca, y tambien le diximos adonde quedaba la isla Verde: y junto á tierra vio la Isla de Sacrificios, donde hallamos los Altares quando lo de Grijalva, y los Indios sacrificados: y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulua, Juéves de la Cena despues de medio dia: y acuérdome que llegó un Caballero, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, y dixo á Cortés: Paréceme señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra: „cata Francia Motesinos: cata París la ciudad: cata las aguas de Duero, do van á dar á la mar. Yo digo, que mireis las tierras ricas, y sabeos bien gobernar.“ Luego Cortés bien entendió á qué fin fuéron aquellas palabras dichas: y respondió: „denos Dios ventura en armas, como al Paladin Roldan, que en lo demas, teniendo á v. m. y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender:“ y dexémoslo, y no pasemos de aquí. Y esto es lo que pasó, y Cortés entró en el rio de Alvarado, como dice Gomara.

CAPITULO XXXVII.

Como Doña Marina era Cacica é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traida á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y Mexicanos, quiero decir lo de Doña Marina, como desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos; y es desta manera: que su padre y su madre eran Señores y Caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenia otros pueblos sujetos á él obra de ocho leguas de la Villa de Guacacualco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro Cacique mancebo, y oviéron un hijo, y segun pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordáron entre el padre y la madre de dalle el cargo despues de sus dias, y porque en ello no hubiese estorbo, diéron de noche la niña á unos Indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echáron fama que se habia muerto, y en aquella sazon murió una hija de una India esclava suya, y publicáron, que era la heredera: por manera que los de Xicalango la diéron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés: y conocia á su madre, y á su hermano de madre hijo de la vieja, que era

ya

ya hombre, y mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido: y despues de vueltos Christianos se llamó la vieja Marta, y el hijo Lázaro, y esto sélo muy bien, porque en el año de mil y quinientos y veinte y tres despues de ganado México, y otras Provincias, y se habia alzado Christóval de Oli en las Higueras, fué Cortés allá, y pasó por Guacacualco: fuimos con él aquel viage toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa (como diré en su tiempo y lugar) y como Don Marina en todas las guerras de la Nueva España, Tlascala, y México fué tan excelente muger, y buena lengua, como adelante diré; á esta causa la traía siempre Cortés consigo, y en aquella sazon y viage se casó con ella un hidalgo que se decia Juan Xaramillo en un pueblo que se decia Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decia Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el Coronista Gomara: y la Doña Marina tenia mucho ser, y mandaba absolutamente entre los Indios en toda la Nueva España. Y estando Cortés en la villa de Guacacualco, envió á llamar á todos los Caciques de aquella Provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entónces vino la madre de Doña Marina y su hermano de madre Lá-

za

zaro, con otros Caciques. Dias habia que me habia dicho la Doña Marina, que era de aquella Provincia, y señora de vasallos, y bien lo sabia el Capitan Cortés, y Aguilar la lengua: por manera que vino la madre y su hija, y el hermano, y conociéron que claramente era su hija, porque se le parecia mucho. Tuviéron miedo della, que creyéron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban: y como así los vido llorar la Doña Marina, los consoló y dixo, que no hubiesen miedo, que quando la traspusiéron con los de Xicalango, que no supiéron lo que hacian, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa, y que se volviesen á su pueblo, y que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora, y ser Christiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un Caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran Cacica de todas quantas Provincias habia en la Nueva España, no lo seria, que en mas tenia servir á su marido é á Cortés, que quanto en el mundo hay: y todo esto que digo, se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen. Y esto me parece que quiere remedar á lo que le acaeció con sus hermanos en Egypto á Joseph, que viniéron á su poder quando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relacion que diéron al Gomara: y tambien dice otras cosas que de-

los tiros, como mejor le pareció al Artillero, que se decia Mesa, y hicimos un Altar, adonde se dixo luego Misa; é hiciéron chozas y enramadas para Cortés y para los Capitanes; y entre tres soldados acarreábamos madera, é hizimos nuestras chozas, y los caballos se pusiéron adonde estuviesen seguros: y en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro dia Sábado, víspera de Pascua, viniéron muchos Indios, que envió un principal, que era Gobernador de Montezuma, que se decia Pitalpitoque, que despues le llamamos Ovandillo, y truxéron hachas, y adobáron las chozas del Capitan Cortés, y los ranchos que mas cerca halláron, y les pusiéron mantas grandes encima, por amor del Sol, que era Quaresma, é hacia muy gran calor, y truxéron gallinas y pan de maiz, y ciruelas, que era tiempo dellas: y paréceme que entónces truxéron unas joyas de oro, y todo lo presentáron á Cortés, é dixéron, que otro dia habia de venir un Gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho, y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fuéron muy contentos. Y otro dia Pascua santa de Resurreccion vino el Gobernador que habian dicho, que se decia Tendile, hombre de negocios, é truxo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traia detras de sí muchos Indios con presentes y gallinas, y otras legum-

gum-

gumbres; y á estos que los traian mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo; y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés, á su usanza, y despues á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortes les dixo con nuestras lenguas, que fuesen bien venidos, y les abrazó, y les mandó que esperasen, y que luego les hablaria; y entretanto mandó hacer un altar, lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dixo Misa cantada Fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el Padre Juan Diaz, y estuviéron á la Misa los dos Gobernadores, y otros principales de los que traian en su compañía: y oido Misa, comió Cortés y ciertos Capitanes de los nuestros y los dos Indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y con aquellos Caciques, y les diximos como eramos Christianos y vasallos del mayor Señor que hay en el mundo, que se dice el Emperador Don Cárlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes Señores; y que por su mandado veniamos á aquestas tierras; porque ha muchos años que tienen noticia dellas y del gran Señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo, y decille muchas cosas en su Real nombre; y quando las sepa é haya entendido, se holgará dello: y para contratar con él y sus Indios y vasallos, de

buena amistad, y queria saber donde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondio algo soberbio, y le dixo: Aun agora has llegado é ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y despues me dirás lo que te cumpliere: y luego sacó de una petaca, que es como caxa, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodon y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas, que ya no me acuerdo, como ha muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta, y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas, y otras cosas de Castilla; y les rogó, que mandasen en sus pueblos, que viniesen á contratar con nosotros; porque él traia muchas cuentas á trocar á oro: y le dixéron, que así lo mandarian. Y segun despues supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran Gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlataltetelco, y de otros pueblos que nuevamente tenian sojuzgados. Y luego Cortés mandó traer una silla de caderas, con entalladuras muy pintadas, y unas piedras margagitas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenian almizcle, porque oliesen bien, y un sartal de *diamantes* torcido, y una gorra de carmesí,

con una medalla de oro, y en ella figurado á San Jorge, que estaba á caballo con una lanza, y parecia que mataba á un dragon, y dixo á Tendile, que luego enviase aquella silla en que se asiente el Señor Montezuma, para quando le vaya á ver y hablar Cortés; y que aquella gorra que la ponga en la cabeza; y que aquellas piedras y todo lo demas, le mandó dar el Rey nuestro Señor en señal de amistad; porque sabe que es gran Señor: y que mande señalar, para qué dia y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió, y dixo, que su Señor Montezuma es tan gran Señor, que se holgará de conocer á nuestro gran Rey, y que le llevará presto aquel presente, y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traia consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés, y de todos los Capitanes, y soldados, y navíos, y velas, é caballos, y á Doña Marina, é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros, é pelotas, y todo el exército que traíamos, é lo llevó á su Señor. Y luego mandó Cortés á nuestros Artilleros, que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora, para que hiciesen gran trueno quando las soltasen: y mandó á Pedro de Alvarado, que él y todos los de á caballo se aparejasen para que *aquellos criados* de Montezuma los viesen

 cor-

correr, y que llevasen pretales de cascabeles: y tambien Cortés cabalgó, y dixo: Si en estos medaños de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pie atollamos en la arena, salgamos á la playa desque sea menguante, y correremos de dos en dos: é al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo. Todo lo qual se hizo delante de aquellos dos Embaxadores, y para que viesen salir los tiros, dixo Cortés que les queria tornar á hablar, con otros muchos principales, y ponen fuego á las bombardas, y en aquella sazon hacia calma: iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los Gobernadores y todos los Indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandáron pintar á sus pintores, para que Montezuma lo viese. Y parece ser, que un soldado tenia un casco medio dorado, y vióle Tendile, que era mas entremetido Indio que el otro; y dixo, que parecia á unos que ellos tienen, que les habian dexado sus antepasados del linage donde venian; el qual, tenian puesto en la cabeza á sus dioses Huichilóbos, que es su idolo de la guerra, y que su Señor Montezuma se holgará de lo ver: y luego se lo diéron; y les dixo Cortés, que por qué queria saber: si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los rios, que le envien aquel casco lleno de granos

pa-

para enviarlo á nuestro gran Emperador. Y despues de todo esto el Tendile se despidió de Cortes, y de todos nosotros: y despues de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél: y dixo el Tendile, que él volveria con la respuesta con toda brevedad; é ido, alcanzamos á saber, que despues de ser Indio de grandes negocios, fué el mas suelto peon que su amo Montezuma tenia, el qual fué en posta, y dió relacion de todo á su Señor, y le mostró el dibuxo que llevaba pintado, y el presente que le envió Cortés: y quando el gran Montezuma le vió, quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desque vió el casco, y el que tenia su Huichilobos, tuvo por cierto, que eramos del linage de los que les habian dicho sus antepasados, que vendrian á señorear aquella tierra. Aquí es donde dice el Coronista Gomora muchas cosas, que no le diéron buena relacion. Dexallos he aquí, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPÍTULO XXXIX.

Como fué Tendile á hablar á su Señor Montezuma, y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro Real.

Desque se fué Tendile con el presente que el Capitan Cortés le dió para su Señor Montezuma, é habia quedado en nuestro Real el otro Gobernador, que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí truxéron Indios para que hiciesen pan de su maiz, y gallinas, fruta, y pescado, y de aquella proveian á Cortés, y á los Capitanes que comian con él (que á nosotros los soldados si no lo mariscábamos ó ibamos á pescar, no lo teniamos) y en aquella sazon viniéron muchos Indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran Gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traian algunos dellos oro, y joyas de poco valor, y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquello nos sustentabamos; porque comunmente todos los soldados traiamos rescate, como teniamos aviso quando lo de Grijalva, que era bueno traer cuentas; y en esto pasáron seis ó siete dias: y estando en esto, vino el Tendile una mañana con mas de cien Indios cargados, y ve-

venia con ellos un gran Cacique Mexicano, y en el rostro, facciones, y cuerpo se parecia al Capitan Cortés, y adrede lo envio el gran Montezuma: porque, segun dixeron, quando á Cortés le llevo Tendile dibuxada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dixéron, que un principal que se decia Quintalbor, se le parecia á lo propio á Cortés, así se llamaba aquel gran Cacique que venia con Tendile; y como parecia á Cortés, que así le llamabamos en el Real, Cortés acá, Cortés acullá. Volvamos á su venida, y lo que hiciéron en llegando donde nuestro Capitan estaba; y fué, que besó la tierra con la mano, y con braseros que traian de barro, y en ellos de su incienso, le zahumáron, y á todos los demas soldados que allí cerca nos hallamos: y Cortés les mostró mucho amor, y asentólos cabe sí: é aquel principal que venia con aquel presente traia cargo juntamente de hablar con el Tendile; ya he dicho que se decia Quintalbor: y despues de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasáron, mandó sacar el presente que traian encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodon encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de Sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia á lo que despues dixéron

que le habian pesado, sobre veinte mil pesos de oro; y otra mayor rueda de plata, figurada la Luna, con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta era de gran peso, que valia mucho, y truxo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que habia buenas minas, que si truxeran treinta mil pesos. Mas traxo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres, y leones, y monos y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos; y todo esto de oro muy fino, y de obra vaciadizo: y luego mandó traer penachos de oro, y de ricas plumas verdes, y otras de plata, y aventadores de lo mismo: pues venados de oro sacados de vaciadizo: é fuéron tantas cosas, que como haya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo: y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodon, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchas colores, que por ser tantos, no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y despues de haberlo dado, dixo aquel gran Cacique Quintalbor, y el Tendile á Cortés, que reciba aquello con

la gran voluntad que su Señor se lo envia, é que lo reparta con los Teules que consigo trae: y Cortés con alegria los recibió: y dixéron á Cortés aquellos Embaxadores, que le querian hablar lo que su Señor Montezuma le envia á decir. Y lo primero que le dixéron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos; porque sabia lo de Tabasco: y que deseara mucho ver á nuestro gran Emperador, pues tan gran Señor es, pues de tan léjas tierras como veniamos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas: é que entretanto que allí en aquel puerto estuvieremos, si en algo nos puede servir, que lo hará de buena voluntad: é quanto á las vistas que no curasen dellas, que no habia para qué, poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada Gobernador dos camisas de olanda, y diamantes azules, y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su Embaxador á México á decir á su Señor el gran Montezuma, que pues habiamos pasado tantas mares, y veniamos de tan léjas tierras, solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recebiria de buena manera nuestro gran Rey y Señor; y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver, y hacer lo que mandare. Y los Gobernadores di-

dixéron, que irian y se lo dirian; mas que las vistas que dice que entienden, que son por demas. Y envió Cortes con aquellos mensageros á Montezuma de la pobreza que traiamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías, que estaban en la copa, y tres camisas de olanda, y otras cosas; y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos Gobernadores, y quedó en el Real Pitalpitoque, que parece ser le diéron cargo los demas criados de Montezuma para que truxese la comida de los pueblos mas cercanos. Dexallo he aquí, y diré lo que en nuestro Real pasó.

CAPÍTULO XL.

Como Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensageros para México, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por Capitan dellos á Francisco de Montejo, y le mandó que siguiese el viage que habiamos llevado con Juan de Grijalva; porque el mismo Montejo habia venido en nuestra compañía, y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro, y mirase por tierras en que pudiesemos estar; porque bien via que en aque-

aquellos arenales no nos podiamos valer de mosquitos, y estar tan léjos de poblaciones: y mandó al Piloto Alaminos, y á Juan Alvarez el Manquillo, que fuesen por Pilotos; porque sabian aquella derrota, y que diez dias navegasen costa á costa todo lo que pudiesen: y fuéron de la manera que les fué dicho é mandado: y llegáron al parage del rio grande, que es cerca de Panuco, adonde otra vez llegamos quando lo del Capitan Juan de Grijalva; y desde allí adelante no pudiéron pasar por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulua, sin mas pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habian visto un pueblo como fortaleza; el qual pueblo se llamaba *Quiahuitlan*, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto, que le parecia al Piloto Alaminos, que podrian estar seguros los navíos del Norte: púsole un nombre feo, que es el tal de Bermal, que parecia á otro puerto que hay en España, que tenia aquel propio nombre feo: y en estas idas y venidas se pasáron al Montejo diez ó doce dias. Y volveré á decir, que el Indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, afloxó de tal manera, que nunca mas truxo cosa ninguna, y teniamos entónces gran falta de mantenimientos; porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fatulas, y si no ibamos á *mariscar, no comiamos*: y los Indios que so-

liań

lian traer oro y gallinas á rescatar, ya no venian tantos como al principio, y estos que acudian, muy recatados y medrosos, y estabamos aguardando á los Indios mensageros que fuéron á México por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos Indios, y despues de haber hecho el acato que suelen entre ellos, de zahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y quatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde; y ciertas piezas de oro, que dixéron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos: y entónces viniéron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran Cacique, que se decia Quintalbor, no volvió mas, porque habia adolecido en el camino. Y aquellos dos Gobernadores se apartáron con Cortés, y Doña Marina, y Aguilar, y le dixéron que su Señor Montezuma recibió el presente, y que se holgó con él: é que en quanto á la vista, que no le hablen mas sobre ello: y que aquellas ricas piedras de chalchuites, que las envia para el gran Emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenia: y que ya no cure de enviar mas mensageros á México. Y Cortés les dió las gracias, con ofrecimientos: y ciertamente que le pesó á

Cortés, que tan claramente le decian que no podriamos ver al Montezuma; y dixo á ciertos soldados, que alli nos hallamos: verdaderamente debe de ser gran Señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver. Y respondimos los soldados, ya querriamos estar envueltos con él. Dexemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazon era hora de la Ave María, y en el Real teniamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una Cruz que teniamos puesta en un medaño de arena el mas alto, y delante de aquella Cruz deciamos la oracion de la Ave María: y como Tendile y Pitalpitoque nos viéron así arrodillar, como eran Indios muy entremetidos, preguntáron, que á qué fin nos humillabamos delante de aquel palo hecho de aquella manera? Y como Cortés lo oyó, y el Frayle de la Merced estaba presente, le dixo Cortés al Frayle: Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa Fe: y entónces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos Teólogos no lo dixeran mejor: y despues de declarado como somos Christianos, é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, que se convenian decir, les dixéron que sus ídolos son malos, y que no son buenos, que huyen de donde está aquella señal de la Cruz, *porque en otra* de aquella hechura padeció

muerte y pasion el Señor del cielo y de la tierra, y de todo lo criado, que es el que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesu-Christo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero dia, y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél: y se les dixo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendian bien; y respondian, como ellos lo dirian á su Señor Montezuma. Y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran Emperador, fué para quitar que no sacrificasen ningunos Indios, ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras: y que les ruega que pongan en su ciudad en los adoratorios donde estan los ídolos, que ellos tienen por dioses, una Cruz como aquella, y pongan una Imágen de nuestra Señora, que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán quánto bien les va, y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasáron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dexaré; y traeré á la memoria, que como viniéron con Tendile muchos Indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatabamos; y aquel oro que rescatabamos daba-

mos

mos á los hombres que traiamos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasabamos mucha necesidad de hambre; y Cortés se holgaba dello, y lo disimulaba, aunque lo veia, y se lo decian muchos criados y amigos de Diego Velazquez, que para qué nos dexaba rescatar? Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPÍTULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro; y de otras cosas que en el Real pasáron.

Como viéron los amigos de Diego Velazquez Gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatabamos oro, dixéronselo á Cortés, que para qué lo consentia? y que no lo envió Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro; y que era bien mandar pregonar que no rescatasen mas de ahí adelante, si no fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo manifestasen para sacar el Real quinto; é que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de Tesorero. Cortés á todo dixo que era bien lo que decian; y que la tal persona nombrasen ellos: y señaláron á un Gonzalo Mexía. Y despues desto hecho, les dixo *Cortés* no de buen semblante: Mi-

rad,

rad, Señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con que se sustentar, y por esta causa habiamos de disimular, porque todos comiesen; quanto mas que es una miseria quanto rescatan; que mediante Dios mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés: ya está pregonado que no rescaten mas oro, como habeis querido, veremos de qué comeremos. Aquí es donde dice el Coronista Gomara, que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro; y no le informáron bien, que desde lo de Grijalva en el rio de Vanderas lo sabia muy claramente: y demas desto, quando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veian rescatar. Pues qué gente Mexicana, para no entendello? Y dexemos esto, pues dice que por informacion lo sabe: y digamos como una mañana no amaneció Indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solian traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos *Pitalpitoque*, que sin hablar palabra se fuéron huyendo; y la causa fué, segun despues alcanzamos á saber, que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardasen mas pláticas de Cortés, ni de los que con él estabamos: porque parece ser como el Montezuma era muy devoto de sus idolos que se decian *Tezcatepuca*, y *Huichilobos*: el uno decian, que era dios de la guerra; y el

Tez-

Tezcàtepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos; para que le diesen respuesta de lo que habia de hacer de nosotros; porque ya el Montezuma tenia pensamiento, que si no nos tornabamos á ir en los navíos, de nos haber todos á las manos, para que hiciesemos generacion, y tambien para tener que sacrificar, segun despues supimos, que la respuesta que le diéron sus ídolos, fué que no curase de oir á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir, que tuviese Cruz; y la Imágen de nuestra Señora, que no la truxesen á su ciudad; y por esta causa se fuéron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creimos que siempre estaban de guerra, y estabamos muy mas á punto apercebidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco Indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el Real, los dexamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hiciéron reverencia á su usanza, y por señas nos dixéron, que los llevasemos al Real: y yo dixe á mi compañero, que se quedase en el puesto é yo iria con ellos, que en aquella sazon no me pesaban los pies como agora que soy viejo: y quando llegáron adonde Cortés estaba, le hiciéron grande acato, y le dixéron, *Lopelucio, Lopelucio*, que quiere decir en la lengua *Totonaque*, Señor y gran Señor; y traian unos grandes agujeros en los bezos

de abaxo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro, y piedras, y muy diferente trage y habia que traian á lo de los Mexicanos que solian allí estar en los ranchos con nosotros, que envió el gran Montezuma. Y como Doña Marina y Aguilar las lenguas oyéron aquello de Lopelucio, no lo entendiéron: dixo la Doña Marina en la lengua Mexicana, ¿que si habia allí entre ellos *Naeyavatos*, que son Intérpretes de la lengua Mexicana? y respondiéron los dos de aquellos cinco, que sí, que ellos la entendian, y hablarian; y dixéron luego en la lengua Mexicana, que somos bien venidos, é que su Señor les enviaba á saber quien eramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados; porque parece ser ya sabian lo de Tabasco, y lo de Potonchan: y mas dixeron, que ya hobieran venido á vernos, sino fuera por temor de los de Culchua, que debian estar allí con nosotros: y Culchua entiéndese por Mexicanos, que es como si dixesemos, Cordoveses, ó villanos: é que supiéron, que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras: y de plática en plática supo Cortés como tenia Montezuma enemigos y contrarios; de lo qual se holgó: y con dádivas y halagos, que les hizo, despidió aquellos cinco mensageros, y les dixo, que di-

dixesen á su Señor, que él los iria á ver muy presto. A aquellos Indios llamabamos desde ahí adelante, los *Lopelucios*. Y dexallos he agora, y pasemos adelante, y digamos, que en aquellos arenales donde estabamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos, que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podiamos dormir dellos, y no habia bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fatulas, y algunos soldados de los que solian tener Indios en la isla de Cuba, suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés así vido la cosa y voluntades, mandó, que nos fuesemos al pueblo que habia visto el Montejo, y el Piloto Alaminos, que estaba en fortaleza, que se dice, *Quiavistlan*, y que los navios estarian al abrigo del Peñol por mí nombrado. Y como se ponia por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dixéron á Cortés, que para qué queria hacer aquel viage sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante; porque ya se habian muerto en el Real de heridas de lo de Tabasco, y de dolencias, y hambre, sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande, y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia *que otro*; y que seria mejor que nos

volviésemos á Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el Sol de oro, y la Luna de plata, y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas, y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió, que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entónces que no nos podiamos quejar de la fortuna; é que diesemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba: y que en quanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer: y que seria bien saber lo que habia en la tierra; y que entretanto del maiz que tenian los Indios, y pueblos cercanos, comeriamos, ó mal nos andarian las manos. Y con esta respuesta se sosego algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho, que ya habia corrillos dellos, y plática en el Real sobre la vuelta de Cuba. Y dexallohe aquí, y diré lo que mas avino.

M Ca-

CAPITULO XLII.

Como alzamos á Hernando Cortés por Capitan General y Justicia mayor, hasta que su Magestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho, que en el Real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasasemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulua nos volviesemos á la isla de Cuba. Parece ser, que ya Cortés tenia pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero, y con Pedro de Alvarado, y sus quatro hermanos Jorge, Gonzalo, Gomez, y Juan, todos Alvarados; y con Christóval de Oli, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo, é otros Caballeros, y Capitanes, que le pidiesemos por Capitan. El Francisco de Montejo bien lo entendió, y estábase á la mira; y una noche á mas de media noche viniéron á mi choza el Alonso Hernandez Puertocarrero, y el Juan de Escalante, y Francisco de Lugo, que eramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dixéron: A señor Bernal Diez del Castillo, salí acá con vuestras armas á rondar, acompañaremos á Cortés, que anda rondando: y quando es-

tuve apartado de la choza, me dixéron: mirad, Señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que estan en vuestro rancho, que son de la parte del Diogo Velazquez, y lo que me platicáron fué. Pareceos, Señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traido engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedáremos todos perdidos, y tomarseha el oro el Diego Velazquez como la otra vez? mira, Señor, que habeis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habeis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas: hacémoslo, Señor, saber porque no pase esto adelante: y estamos muchos Caballeros, que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su Magestad, y Hernando Cortés en su Real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacello saber en Castilla á nuestro Rey y Señor. Y tenga, Señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por Capitan de unánime voluntad, porque es servicio de *Dios*, y de nuestro Rey y Señor. Yo respondí, que la ida de Cuba no era buen acuer-

do, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiesemos á Cortés por General y Justicia mayor, hasta que su Magestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dixéron á Cortés, ¿que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra, sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser Capitan? porque Diego Velazquez no se lo ternia á bien, y que luego nos fuesemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos, y andar en secretos con los soldados, pues no tenia bastimentos, ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dixo que le placia, que no iria contra las instrucciones y memorias que traia del Señor Diego Velazquez, y mandó luego pregonar, que para otro dia todos nos embarcasemos cada uno en el navío que habia venido. Y los que habiamos sido en el concierto, le respondimos, que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venia á poblar, é que viene á rescatar, y que le requeriamos de parte de Dios nuestro Señor, y de su Magestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa; porque era muy gran bien, y servicio de Dios, y su Magestad: y se le dixéron muchas cosas bien dichas, sobre *el caso: diciendo*, que los naturales no nos

dexarian desembarcar otra vez, como agora, y que en estar poblada aquesta tierra, siempre acudirian de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder, con publicar, que tenia provisiones de su Magestad para poblar, siendo al contrario, é que nosotros queriamos poblar, é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera, que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refran, tú me lo ruegas, é yo me lo quiero: y fué con condicion, que le hiciesemos Justicia mayor, y Capitan General: y lo peor de todo que le otorgamos que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese despues de sacado el Real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantisimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar, é poblar una villa, que se nombró la Villa rica de la Vera-Cruz; porque llegamos Juéves de la Cena, y desembarcamos en Viérnes Santo de la Cruz; é rica por aquel Caballero que dixe en el capitutulo, que se llegó á Cortés, y le dixo que mirase las tierras ricas, y que se supiese bien gobernar: é quiso decir que se quedase por Capitan General, el qual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvamos á nuestra relacion, que fundada la villa, hicimos Alcalde, y Regidores, y fuéron los

pri-

primeros Alcaldes Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo: y á este Montejo porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por Alcalde: y los Regidores dexallos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré como se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por Capitan para las entradas á Pedro de Alvarado, y Maestre de Campo á Christóval de Oli, y Alguacil mayor á Juan de Escalante, y Tesorero Gonzalo Mexia, y Contador á Alonso de Avila, y Alferez á fulano Corrar, porque el Villarreal que habia sido Alferez, no se qué enojo habia hecho á Cortés sobre una India de Cuba, y se le quitó el cargo; y Alguacil del Real á Ochoa Vizcaino, y á un Alonso Romero. Dirán ahora como no nombró en esta relacion al Capitan Gonzalo de Sandoval, siendo un Capitan tan nombrado, que despues de Cortés fué la segunda persona, y de quién tanta noticia tuvo el Emperador nuestro Señor? A esto digo, que como era mancebo entónces, no se tuvo tanta cuenta con él, y con otros valerosos Capitanes, que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teniamos en tanta estima, como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relacion: *y diré como el Coronista* Gomara dice, que

por relacion sabe lo que escribe: y esto que aquí digo, pasó así: y en todo lo demas que escribe no le diéron buena cuenta de lo que dice. E otra cosa veo, que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone, es muy al reves, por mas buena Retórica que en el escribir ponga. Y dexallo he, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por Capitan elegido Cortés, y nos volviesemos á la isla de Cuba.

CAPÍTULO XLIII.

Como la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habiamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desque la parcialidad de Diego Velazquez viéron que de hecho habiamos eligido á Cortés por Capitan General, y Justicia mayor, y nombrada la villa, y Alcaldes, y Regidores, y nombrado Capitan á Pedro de Alvarado, y Alguacil mayor, y Maestre de Campo, y todo lo por mí dicho; estaban tan enojados y rabiosos, que comenzáron á armar vandos, é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés, y contra los que le eligimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los Capitanes y soldados que allí venian, y que

no le dió tales poderes el Diego Velazquez, sino para rescatar, y harto teniamos los del vando de Cortés de mirar que no se desvergonzase mas, y viniesemos á las armas: y entonces avisó Cortes secretamente á Juan de Escalante, que le hiciesemos parecer las instrucciones que traia del Diego Velazquez: por lo qual luego Cortés las sacó del seno, y las dió á un Escribano del Rey que las leyese; decia en ellas: desque hubieredes rescatado lo mas que pudieredes, os volvereis: y venian firmadas del Diego Velazquez y refrendadas de su Secretario Andres de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos: y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba: y esto fué á causa que su Magestad supiese en España, como todo lo que haciamos, era en su Real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad. Y fué harto buen acuerdo, segun en Castilla nos trataba Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, que así se llamaba, lo qual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volviéron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir, que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querian estar debaxo de su mandado, sino volverse luego á la isla de Cuba: y Cortés le

respondió, que él no deternia á ninguno por fuerza, é qualquiera que le viniese á pedir licencia, se la daria de buena voluntad, aunque se quedase solo, y con esto los asosegó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Escobar, que llamabamos el Page, porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero, y á otros amigos del Diego Velazquez: y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querian obedecer, y Cortés con nuestro favor determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Page, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo: y por los demas mirabamos no hubiese algun ruido, y estuviéron presos con cadenas, y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pasaré adelante, y diré como fué Pedro de Alvarado á entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el Coronista Comara en su Historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su Historia, verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dixera lo que pasaba, mas todo es mentiras.

CAPÍTULO XLIV.

Como fué ordenado de enviar á Pedro de Alvarado la tierra adentro á buscar maiz y bastimentos, y lo que mas pasó.

Ya que habiamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra adentro á unos pueblos que teniamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era, y para traer maiz é algun bastimento, porque en el Real pasabamos mucha necesidad, y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros, y seis escopeteros; y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese mas ruido, ni chirinola, y se levantasen contra él, hasta asegurar mas la cosa. Y de esta manera fué el Alvarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo, que se decia *Costastlan*, que era de lengua de Culua: y este nombre de Culua es en aquella tierra, como si dixesen los Romanos hallados: así es toda la lengua de la parcialidad de México, y de Montezuma: y á este fin en toda aquesta tierra, quando dixere Culua, son vasallos y sujetos á México: *y así se ha* de entender. Y llegado el

Pe-

Pedro de Alvarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo dia, y halló sacrificados en unos *Cues* hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre y los corazones presentados á los ídolos: y tambien halláron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal, con que los abrian por los pechos para les sacar los corazones. Dixo el Pedro de Alvarado, que habian hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dixéron otros Indios, que los habian llevado para comer: de lo qual nuestros soldados se admiráron mucho de tan grandes crueldades. Y dexemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende alli adelante en cada pueblo no hallabamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Alvarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida, y despoblados de aquel dia de Indios, que no pudo hallar sino dos Indios que le traxéron maiz, y así hubo de cargar cada soldado de gallinas, y de otras legumbres: y volvióse al Real, sin mas daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel: y en el Real nos holgamos con aquel poco bastimento que truxo; porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el Coronista Gomara que fué Cortés la tierra adentro con quatrocientos soldados: no le informáron

bien

bien, que el primero que fué, es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos á nuestra plática, que como Cortés en todo ponia gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habiamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos los atraxo á sí, y los sacó de las prisiones, excepto á Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordas, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos, como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Ya todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo, que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice *Quiavistlan*, y que los navíos se fuesen al Peñol y Puerto, que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua dél. E yendo costa á costa, acuérdome que se mató un gran pescado, que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un rio, donde está poblada ahora la Vera-Cruz, y venia algo hondo, y con unas canoas quebradas lo pasamos, yo á nado, y en balsas; y de aquella parte del rio estaban unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decia Sempoala, donde eran naturales los cinco Indios de los bezotes de oro que he dicho, que viniéron por mensageros á Cortés, *que les llamamos Lopelucios* en el Real, y

hallamos las casas de ídolos, y sacrificadores, y sangre derramada, y enciensos con que sahumaban, y otras cosas de ídolos, y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cosidos á dobleces, como á manera de paños de Castilla, y no hallamos Indios ningunos, porque se habian ya huido, que como no habian visto hombres como nosotros, ni caballos, tuviéron temor, y allí aquella noche no hubo que cenar. Caminamos la tierra ádentro hácia el Poniente, y dexamos la costa, y no sabiamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Alvarado con su yegua alazana tras un venado, y le dió una lanzada, y herido se metio por un monte que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce Indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habiamos dormido, y venian de hablar á su Cacique, y traian gallinas, y pan de maiz, y dixéron á Cortés con nuestras lenguas, que su Señor enviaba aquellas gallinas que comiesemos, y nos rogaba que fuesemos á su pueblo, que estaba de allí á lo que señaláron andadura de un dia, porque es un Sol: y Cortés les dió las gracias, y los halagó, y caminamos adelante, y dormimos en otro pueblo pequeño, que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oir de tantos Indios é In-

dias

dias que hallabamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topabamos, pasaré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenian, y diré como nos diéron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Sempoal el camino para ir al Quiazuitlan, que ya he dicho que estaba en una sierra; y pasaré adelante, y diré como entramos en Cempoala.

CAPITULO. XLV.

Como entramos en Cempoala que en aquella sazon era muy buena poblacion, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentáron los doce Indios, que he dicho, y despues de bien informados del camino que habiamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el Peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los Caciques de Cempoal, como ibamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien: y para ello envió Cortés los seis Indios por mensageros, y los otros seis quedáron para que nos guiasen: y mandó Cortés poner en órden los tiros y escopetas, y ballesteros, y siempre corredores del campo, descubriendo, y los de á caballo, y todos los demas muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo: é ya que estabamos cer-

ca dél, saliéron veinte Indios principales á nos recebir de parte del Cacique, y truxéron unas piñas roxas de la tierra muy olorosas, y las diéron á Cortés, y á los de á caballo con gran amor, y le dixéron que su Señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado, no podia venir á nós recibir; y Cortés les dió las gracias, y se fuéron adelante. E ya que ibamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habiamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso, y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mugeres las calles llenas que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habiamos descubierto: y nuestros corredores del campo que iban á caballo, parece ser llegáron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos dias, segun pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y parecióle al uno de los de á caballo, que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés, como tenian las paredes de plata. Y Doña Marina, é Aguilar dixéron, que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reir de su plata é frenesí, que siempre despues le deciamos, que todo lo blanco le parecia plata. Dexemos de la burla, y digamos como llegamos á los aposentos, y el Cacique gordo nos salió á rece-

bir junto al patio, que porque era muy gordo, así le nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés, y le sahumó, que así lo tenian de costumbre; y Cortés le abrazó, y allí nos aposentáron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabiamos todos, y nos diéron de comer, y pusiéron unos cestos de ciruelas, que habia muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maiz: y como veniamos hambrientos, y no habiamos visto otro tanto bastimento como entónces, pusimos nombre á aquel pueblo Villa Viciosa, y otros le nombráron Sevilla. Mandó Cortés que ningun soldado les hiciese enojo, ni se apartase de aquella plaza. Y quando el Cacique gordo supo que habiamos comido, le envió á decir á Cortés, que le queria ir á ver, é vino con buena copia de Indios principales, y todos traian grandes bozetes de oro, é ricas mantas: y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar: y luego mandó el Cacique gordo que truxesen un presente que tenia aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho sino de poco valor, y le dixo á Cortes: *Lopelucio, Lopelucio*, recibe esto de buena voluntad, é que si mas tuviera, que se lo diera. Ya he dicho, que en lengua Totonaque dixéron, Señor, y gran Señor, quando dicen *Lopelucio*, &c. Y Cortés le dixo con Doña Marina é Aguilar, que el se

lo pagaria en buenas obras, é que lo que hubiese menester, que se lo dixese que lo haria por ellos, porque somos vasallos de tan gran Señor, que es el Emperador Don Carlos, que manda muchos Reynos y Señoríos, y que nos envia para deshacer agravios, y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen mas ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe. Y luego como aquello oyó el Cacique gordo, dando suspiros se quejó reciamente del Gran Montezuma, y de sus Gobernadores, diciendo, que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados; que no osan hacer sino lo que les manda; porque es Señor de grandes ciudades, tierras é vasallos, y exércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente, no podian entender en ello, les dixo, que él haria de manera, que fuesen desagraviados: y porque él iba á ver sus acales (que en lengua de Indios así llaman á los navíos) é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiavistlan, que desque allí esté de asiento, se verán mas de espacio: y el Cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cenpoal, y tenia aparejados sobre quatrocientos Indios de carga, que en aquellas partes llaman *tamemes*, que llevan dos arrobas de peso

á cuestas, y caminan con ellas cinco leguas, y desque vimos tanto Indio para carga, nos holgamos, porque de ántes siempre traiamos á cuestas nuestras mochilas los que no traian Indios de Cuba, porque no pasáron en la Armada sino cinco ó seis, y no tantos como dice el Gomara. Y Doña Marina é Aguilar nos dixéron, que en aquellas tierras, que quando estan de paz, sin demandar quien lleve la carga, los Caciques son obligados de dar de aquellos tamemes, y desde allí adelante, donde quiera que íbamos, demandábamos Indios para las cargas. Y despedido Cortés del Cacique gordo, otro dia caminamos nuestro camino, y fuimos á dormir á un pueblezuelo cerca de Quiavistlan, y estaba despoblado, y los de Cempoal truxéron de cenar. Aquí es donde dice el Coronista Gomara, que estuvo Cortés muchos dias en Cempoal, é que se concertó la rebelion é liga contra Montezuma: no le informáron bien; porque como he dicho, otro dia por la mañana salimos de allí, y donde se concertó la rebelion, y por qué causa, adelante lo diré. E quédese así: é digamos como entramos en Quiavistlan.

CAPITULO XLVI.

Como entramos en Quiavistlan, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogieron de paz.

Otro dia á hora de las diez llegamos en el pueblo fuerte, que se decia Quiavistlan, que está entre grandes peñascos, y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia, era mala de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante, y todos subiamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontecia, hacer lo que eramos obligados. Entónces Alonso de Avila llevó cargo de Capitan, é como era soberbio é de mala condicion; porque un soldado que se decia Hernando Alonso de Villanueva, no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo, que le mancó: y despues se llamó Hernando Alonso de Villanueva el Manquillo. Dirán que siempre salgo de órden al mejor tiempo, por contar cosas viejas. Dexémoslo, y digamos que hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos Indio ninguno con quien hablar, de lo qual nos maravillamos, que se habian ido huyendo de miedo aquel propio dia, é quando nos viéron subir á sus casas, y estando en lo de la fortaleza en una plaza junto adonde

de tenian los Cues é casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince Indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de brasas, y en ellos de sus inciensos, y viniéron donde Cortés estaba; y le zahumáron, y á los soldados que cerca dellos estabamos; y con grandes reverencias le dicen que les perdonen, porque no le han salido á recebir, y que fuesemos bien venidos, é que reposemos, é que de miedo se habian huido é ausentado, hasta ver qué cosas eramos, porque tenian miedo de nosotros, y de los caballos, é que aquella noche les mandarian poblar todo el pueblo: y Cortés les mostró mucho amor, y les dixo muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe, como siempre lo teniamos de costumbre adoquiera que llegabamos, y que eramos vasallos de nuestro gran Emperador Don Carlos, y les dió unas cuentas verdes, é otras cosillas de Castilla: y ellos truxéron luego gallinas, y pan de maiz. Y estando en estas pláticas, viniéron luego á decir á Cortés que venia el Cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas á cuestas de muchos Indios principales: y desque llegó el Cacique, habló con Cortés, juntamente con el Cacique, y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes: y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estabamos presentes tuvimos manzilla. Y demas de

contar por qué via é modo los habia sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda: y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mugeres é hijas, si eran hermosas, y las forzaban: y que otro tanto hacian en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos: y Cortés los consolaba con nuestras lenguas quanto podia, é que los favoreceria en todo quanto pudiese, y quitaria aquellos robos y agravios, y que para eso les envió á estas partes el Emperador nuestro Señor, é que no tuviesen pena ninguna, y que presto verian lo que sobre ello haciamos: y con estas palabras recibiéron algun contento, mas no se les aseguraba el corazon con el gran temor que tenian á los Mexicanos. Y estando en estas pláticas viniéron unos Indios del mismo pueblo á decir á todos los Caciques que allí estaban hablando con Cortés, como venian cinco Mexicanos, que eran los recaudadores de Montezuma, é como los viéron se les perdió la color, y temblaban de miedo, y dexan solo á Cortés, y los salen á recibir, y de presto les enraman una sala, y les guisan de comer, y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben: y quando entráron en el pueblo los cinco Indios,

dios, viniéron por donde estabamos; porque allí estaban las casas del Cacique, y nuestros aposentos: y pasáron con tanta contenencia y presuncion, que sin hablar á Cortes, ni á ninguno de nosotros, se fuéron é pasáron delante, y traian ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entónces bragueros se ponian) y el cabello lucio e alzado como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traian otros Indios como criados, y cada uno un bordon con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua Totonaque: y hasta que los lleváron á aposentar, y les diéron de comer muy altamente, no los dexáron de acompañar. Y despues que hubiéron comido, mandáron llamar al Cacique gordo, é á los demas principales, y les dixéron muchas amenazas, y les riñeron, que por qué nos habian hospedado en sus pueblos, y les dixéron: que, qué tenian ahora que hablar, y ver con nosotros, é que su Señor Montezuma no era servido de aquello: por qué sin su licencia y mandado nos habian de recoger en su pueblo, ni dar joyas de oro? y sobre ello al Cacique gordo, y á los demas principales les dixéron muchas amenazas, é que luego les diesen veinte Indios é Indias para aplacar á sus dioses por el mal oficio que habia hecho. Y estando en esto,

viendole Cortés, preguntó á Doña Marina é Gerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, ¿de que estaban alborotados los Caciques desque viniéron aquellos Indios, é quién eran? é la Doña Marina que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba; é luego Cortés mandó llamar al Cacique gordo, y á todos los mas principales, y les dixo, que quién eran aquellos Indios, que les hacian tanta fiesta? y dixéron que los recaudadores del gran Montezuma, é que vienen á ver por qué causa nos recibian en el pueblo sin licencia de su señor, y que les demandan ahora veinte Indios é Indias para sacrificar á sus dioses Huichilobos, porque les dé victoria contra nosotros: porque han dicho que dice Montezuma, que os quiere tomar para que seais sus esclavos; y Cortés les consoló, y que no hubiesen miedo; que él estaba allí con todos nosotros, y que los castigaria. Y pasemos adelante á otro capítulo, y diré muy por extenso lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO XLVII.

Como Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma, y mandó que dende allí adelante no obedeciesen ni diesen tributo: y la rebelion que entónces se ordenó contra Montezuma.

Como Cortés entendió lo que los Caciques le decian, les dixo, que ya les habia dicho otras veces, que el Rey nuestro Señor le mandó que viniese á castigar los malhechores, é que no consintiese sacrificios, ni robos: y pues aquellos recaudadores venian con aquella demanda, les mandó que luego los aprisionasen, é los tuviesen presos, hasta que su señor Montezuma supiese la causa, como vienen á robar, y llevar por esclavos sus hijos y mugeres, é hacer otras fuerzas. E quando los Caciques lo oyeron, estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados, y temian, y no osaban hacello: y todavía Cortes les convocó para que luego los echasen en prisiones: y así lo hicieron, y de tal manera, que en unas varas largas, y con collares (segun entre ellos se usa) los pusiéron de arte, que no se les podian ir: é uno dellos porque no se dexaba atar, le diéron de palos; y demas des-

desto mandó Cortés á todos los Caciques, que no les diesen mas tributo ni obediencia á Montezuma, é que así lo publicasen en todos los pueblos aliados y amigos. E que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se lo hiciesen saber, que él enviaria por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella Provincia, porque luego envió mensajeros el Cacique gordo haciéndoselo saber, y tambien lo publicáron los principales que habian traido en su compañía aquellos recaudadores, que como los viéron presos, luego se descargáron, y fuéron cada uno á su pueblo á dar mandado, y á contar lo acaecido. E viendo cosas tan maravillosas, é de tanto peso para ellos, dixéron, que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino Teules, que así llaman á sus ídolos en que adoraban; é á esta causa desde allí adelante nos llamáron Teules, que es como he dicho, ó dioses, ó demonios, y quando dixere en esta relacion Teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos á decir de los prisioneros que los querian sacrificar por consejo de todos los Caciques, porque no se les fuese alguno dellos á dar mandado á México: y como Cortés lo entendió, les mandó que no los matasen, que él los queria guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen, é á media noche mandó llamar Cortés á los

mis-

mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dixo: Mirad que solteis dos dellos los mas diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los Indios destos pueblos, y que se los llevasen á su aposento: y así lo hicieron, y despues que los tuvo delante, les preguntó con nuestras lenguas, que por qué estaban presos, y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocia: y respondiéron, que los Caciques de Cempoal, y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendiéron, y Cortés respondió que él no sabia nada, y que le pesa dello, y les mandó dar de comer, y les dixo palabras de muchos halagos, y que se fuesen luego á decir á su Señor Montezuma como eramos todos sus grandes amigos y servidores, y porque no pasasen mas mal, les quitó las prisiones, y que riñó con los Caciques que los tenian presos, y que todo lo que hubieren menester para su servicio, que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres Indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar, y guardar, y que vayan muy presto no los tornen á prender, y los maten: y los dos prisioneros respondiéron, que se lo tenian en merced, y que habian miedo que los tornarian á las manos, porque por fuerza habian de pasar por sus tierras: y luego mandó Cortés á seis hombres de la mar, que esa noche los *llevasen en un* batel obra de quatro legua

guas de allí hasta sacallos á tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los Caciques de aquel pueblo, y el Cacique gordo halláron ménos los dos prisioneros; querian muy de hecho sacrificar los otros que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, é hizo del enojado, porque se habian huido los otros dos; y mandó traer una cadena del navío, y echólos en ella, y luego los mandó llevar á los navíos, é dixo que él los queria guardar, pues tan mal cobro pusiéron de los demas, y quando los hubieron llevado, les mandó quitar las cadenas, y con buenas palabras les dixo, que presto les enviaria á México. Dexémoslo así, que luego que esto fué hecho, todos los Caciques de Cempoal, y de aquel pueblo, y de otros que se habian allí juntado de la lengua Totonaque, dixéron á Cortés, que, qué harian, pues que Montezuma sabria la prision de sus recaudadores, que ciertamente vendrian sobre ellos los poderes de México del gran Montezuma, y que no podrian escapar de ser muertos, y destruidos: y dixo Cortés con semblante muy alegre, que él y sus hermanos que allí estabamos, los defenderiamos, y matariamos á quien enojarlos quisiesen. Entónces prometiéron todos aquellos pueblos y Caciques á una, que serian con nosotros, en todo lo que les quisiesemos mandar, y juntarian todos sus poderes contra Montezuma y todos

sus

sus aliados. Y aquí diéron la obediencia á su Magestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron á decir á los mas pueblos de aquella Provincia: é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dexemos esto, y diré como acordamos de nos abaxar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello diéron al Coronista Gomara.

CAPITULO XLVIII.

Como acordamos de poblar la villa rica de la Vera Cruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas, y cerca del puerto del Nombre feo, donde estaban anclados nuestros navíos, y lo que allí se hizo.

Despues que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los Totonaques, que entónces se rebeláron al gran Montezuma, y diéron la obediencia á su Magestad, y se profiriéron á nos servir; con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar, é de fundar la villa rica de la Vera Cruz en unos llanos, media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quia-

huistlan, y traza de Iglesia y plaza, y atarazanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa; é hicimos una fortaleza, y desde entónces los cimientos, y en acaballa de tener alta para enmaderar, y hechas troneras y cubos, y barbacanas dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestas, y piedra, é ahondar los cimientos, como todos los Capitanes y soldados, y á la contina entendimos en ello, y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos, y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hacer ladrillos y tejas, y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon, porque teníamos herreros, y desta manera trabajabamos en ello á la contina, desde el mayor hasta el menor, y los Indios que nos ayudaban de manera, que ya estaba hecha Iglesia y casas, é casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en México, como le habian preso sus recaudadores, é que le habian quitado la obediencia, y como estaban rebelados los pueblos Totonaques: mostró tener mucho enojo de Cortés, y de todos nosotros, y tenia ya mandado á un su gran exército de guerreros, que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebeláron, y no quedase ninguno dellos á vida, é á nosotros aparejaba de venir con

gran

gran exército y pujanza de Capitanes: y en aquel instante van los dos Indios prisioneros que Cortés mandó soltar, segun he dicho en el capitulo pasado, y quando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones, y los envió á México, y las palabras de ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira, é acordó de enviar á saber de nosotros, qué voluntad teniamos, y para ello envió dos mancebos sobrinos suyos con quatro viejos, grandes Caciques que los traian á cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, é á dar las gracias á Cortés porque les soltó á sus criados: y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo, que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion, é que no le diesen tributo, é quitalle la obediencia; é que ahora teniendo respeto á que tiene por cierto, que somos los que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linages, y porque estabamos en casas de los traidores, no les envió luego á destruir, mas que el tiempo andando, no se alabaran de aquellas traiciones: y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa, que él y todos nosotros eramos muy amigos de su Señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores: y luego los mandó

traer de los navíos, y con buenas mantas, y bien tratados se los entregó: y tambien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dixo, como su Gobernador Pitalpitoque se fué una noche del Real sin le hablar, y que no fué bien hecho; y que cree y tiene por cierto, que no se lo mandaria el Señor Montezuma, que hiciese tal villania, é que por aquella causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estabamos, é que hemos recibido dellos honra: é que le pide por merced, que les perdone el desacato que contra él han tenido: y que en quanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos Señores, que en aquellos dias que allí hemos estado, nos han servido en nombre de nuestro Rey y Señor; y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y quando allá estemos se dará órden en todo lo que mandare. Y despues de aquellas pláticas, y otras muchas que pasáron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes Caciques, y á los quatro viejos que los traian á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules, y cuentas verdes, y se les hizo honra, y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Alvarado, que tenia una muy buena yegua alazana, que era muy revuelta, y otros caballeros; de lo qual se holgáron de los haber visto

cor-

correr: y despedidos, y muy contentos de Cortés, y todos nosotros, se fuéron á su México. En aquella sazon se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le diéron otro, que se decia el arriero, que era castaño escuro, que fué de Ortiz el Músico, y un Bartolomé García el Minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en el Armada. Dexemos de hablar en esto, y diré, que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solian estar de ántes muy temerosos de los Mexicanos, creyendo, que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes exércitos de guerreros, y quando viéron á aquellos parientes del gran Montezuma, que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés, y de todos nosotros, estaban espantados, y decian unos Caciques á otros, que ciertamente eramos Teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de ántes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuviéron en mucho mas. Y quedarseha aquí, y diré lo que hizo el Cacique Gordo, y otros sus amigos.

CAPÍTULO XLIX.

Como vino el Cacique Gordo, y otros principales á quejarse delante de Cortés, como en un pueblo fuerte que se decia Cingapacinga, estaban guarniciones de Mexicanos, y les hacian mucho daño, y lo que sobre ello se hizo.

Despues de despedidos los mensageros Mexicanos, vino el Cacique Gordo con otros muchos principales nuestros amigos á decir á Cortés, que luego vaya á un pueblo que se decia Cingapacinga, que estaria de Cempoal dos dias de andadura, que serian ocho ó nueve leguas, porque decian que estaban en él juntos muchos Indios de guerra, de los Culuas que se entiende por los Mexicanos, y que les venian á destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos, y les hacian otros malos tratamientos, y Cortés lo creyó, segun se lo decian tan afectuadamente: y viendo aquellas quejas, y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaria, y mataria á los Culuas, ó á otros Indios que los quisiesen enojar, é á esta causa no sabia que decir, salvo echallos de allí, y estuvo pensando en ello, y dixo riendo á ciertos compañeros que estabamos acompañándole: sabeis, Señores, que me parece, que en todas es-

estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma, nos tienen por dioses, ó por cosas como sus ídolos. He pensado, que para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos Indios guerreros que dicen que estan en el pueblo de la fortaleza sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo, que era Vizcaino, y tenia mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara media acuchillada, é un ojo tuerto, é coxo de una pierna, escopetero, el qual le mandó llamar, y le dixo: id con estos Caciques hasta el rio, que estaba de allí un quarto de legua, é quando allá llegaredes, haced que os parais á beber, é lavar las manos, é tira un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré á llamar, que esto hago, porque crean que somos dioses, ó de aquel nombre y reputacion que nos tienen puesto; y como vos sois mal agestado, crean que sois ídolo: y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, porque era hombre que habia sido soldado en Italia; y luego envió Cortés á llamar al Cacique Gordo é á todos los demas principales que estaban aguardando el ayuda y socorro; y les dixo: allá envio con vosotros ese mi hermano, para que mate y eche todos los Culuas de ese pueblo, y me traiga presos á los que no se quisieren ir. Y los Caciques estaban elevados desque lo oyéron,

y no sabian si lo creer ó no, é miraban á Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro, que creyéron que era verdad lo que les decia; y luego el viejo Heredia que iba con ellos, cargó su escopeta, é iba tirando tiros al ayre por los montes, porque lo oyesen é viesen los Indios, y los Caciques enviáron á dar mandado á los otros pueblos, como llevan á un Teule para matar á los Mexicanos que estaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenia Cortés. Y quando entendió que habia llegado el Heredia al rio que le habia dicho, mandó de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los Caciques, y el viejo Heredia, les tornó á decir Cortés á los Caciques, que por la buena voluntad que les tenia, que el propio Cortés en persona con algunos de sus hermanos queria ir á hacelles aquel socorro, y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le truxesen cien hombres Tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y viniéron otro dia por la mañana, y habiamos de partir aquel mismo dia con quatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros y escopeteros que estaban apercebidos, y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez, dixéron, que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese, que ellos á Cuba se querian volver, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CA-

CAPITULO L.

Como ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez viendo que de hecho queriamos poblar, y comenzamos á pacificar pueblos, dixéron que no querian ir á ninguna entrada sino volverse á la isla de Cuba.

Ya me habrán oido decir en el capítulo ántes deste, que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo quatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros, y escopeteros, y tenian puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez, é yendo los quadrilleros á apercebirlos que saliesen luego con sus armas y caballos, los que los tenian respondiéron soberbiamente, que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dexáron en Cuba, que bastaba lo que habian perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les habia prometido en el Larenal, que qualquiera persona que se quisiese ir, que les daria licencia, y navío, y matalotaje: y á esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver á Cuba, y como Cortés lo supo los envió á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea,

respondiéron algo alterados, y dixéron que se maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de Indios, y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas, que les diese luego licencia como se lo habia prometido: y Cortés les respondió mansamente, que era verdad que se la prometió, mas que no harian lo que debian en dexar la bandera de su Capitan desamparada, y luego les mandó, que sin detenimiento ninguno se fuesen á embarcar, y les señaló navío, y les mandó dar cazabe, y una botija de azeyte, y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados que se decia hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delbayamo, tenia un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dexaba en Cuba: é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros, é Alcaldes y Regidores de nuestra Villa rica á requerir á Cortés, que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenia al servicio de Dios nuestro Señor, y de su Magestad: y que la persona que tal licencia pidiese, le tuviesen por hombre que merecia pena de muerte, con-

forme á las leyes de la órden militar, pues quieren dexar á su Capitan y bandera desamparada en la guerra é peligro, en especial, habiendo tanta multitud de pueblos de Indios guerreros, como ellos han dicho: y Cortés hizo como que les queria dar la licencia, mas á la postre se la revocó, y se quedáron burlados, y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué mandado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y como á la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasáron.

Como ya los siete hombres, que se querian volver á Cuba, estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenian aparejado para salir con nosotros dos mil Indios de guerra, en quatro Capitanías, y el primero dia caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro dia á poco mas de Vísperas llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuviéron noticia, como ibamos, é ya

que

que comenzabamos á subir por la fortaleza y casas que estaban entre grandes riscos, y peñascos, saliéron de paz á nosotros ocho Indios principales y Papas, y dicen á Cortés llorando, ¿que por qué los quiere matar y destruir, no habiendo hecho por qué? pues teniamos fama que á todos haciamos bien, y desagraviabamos á los que estaban robados, y habiamos prendido á los recaudadores de Montezuma, y que aquellos Indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros, estaban mal con ellos de enemistades viejas que habian tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venian á matar y robar, y que es verdad, que Mexicanos solian estar en guarnicion en aquel pueblo, y que pocos dias habia se habian ido a sus tierras, quando supiéron que habiamos preso á otros recaudadores, y que le ruegan que no pasemos adelante la Armada, y les favorezcan: y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas Doña Marina, é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al Capitan Pedró de Alvarado, y al Maestre de Campo, que era Christóval de Olí, y á todos nosotros los compañeros que con él ibamos, que detuviesemos á los Indios de Cempoal que no pasasen mas adelante: y así lo hicimos, y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo qual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen

luego los Capitanes que traian á cargo uellos guerreros de Cempoal, y con palaas de muy enojado, y de grandes amenas les dixo, que luego les truxesen los Ins é Indias, y mantas, y gallinas que haan robado en las estancias, y que no en: ninguno dellos en aquel pueblo: y que rque le habian mentido, y venian á saficar, y robar á sus vecinos con nuestro vor, eran dignos de muerte; y que nuestro y y Señor, cuyos vasallos somos, no nos vió á estas partes y tierras para que hisen aquellas maldades; y que abriesen n los ojos, no les aconteciese otra como uella, porque no habia de quedar homes dellos á vida: y luego los Caciques y pitanes de Cempoal truxéron á Cortés to lo que habian robado, así Indios, como dias, y gallinas; y se les entregó á los eños cuyo era, y con semblante muy fuso les tornó á mandar que se saliesen á rmir al campo, y así lo hiciéron. Y dese los Caciques y Papas de aquel pueblo, otros comarcanos, viéron que tan justifidos eramos, y las palabras amorosas que decia Cortés con nuestras lenguas, y mbien las cosas tocantes á nuestra santa , como lo teniamos de costumbre, y que xasen el sacrificio, y de se robar unos á ros, y las suciedades de sodomias, y que adorasen sus malditos ídolos, y se les xo otras muchas cosas buenas, tomáron-

nos tan buena voluntad, que luego f
á llamar á otros pueblos comarcanos,
dos diéron la obediencia á su Magest
alli luego diéron muchas quejas de M
zuma, como las pasadas que habian
los de Cempoal, quando estabamos
pueblo de Quiahuistlan. Y otro dia
mañana Cortés mandó llamar á los C
nes y Caciques de Cempoal, que es
en el campo aguardando para ver lo q
mandabamos, y aun muy temerosos de
tés, por lo que habian hecho en h
mentido: y venidos delante, hizo ami
entre ellos, y los de aquel pueblo, que
ca faltó por ninguno dellos. Y luego
timos para Cempoal por otro camino,
samos por dos pueblos amigos de los d
gapacinga, y estabamos descansando
que hacia recio sol, y veniamos muy
sados con las armas á cuestas, y un
do que se decia hulano de Mora, n
de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallin
una casa de Indios de aquel pueblo, y
tés que lo acertó á ver, hubo tanto en
lo que delante dél hizo aquel soldado
pueblos de paz en tomar las gallinas
luego le mandó echar una soga á l
ganta, y le tenian ahorcado, si Ped
Alvarado que se halló junto de Cort
le cortara la soga con la espada, y
muerto quedó el pobre soldado. He q
traer esto aquí á la memoria, para qu

curiosos letores quan exemplarmente pro-
a Cortés, y lo que esto importa en esta
ion. Despues murió este soldado en una
rra en la Provincia de Guatimala sobre
Peñol. Volvamos á nuestra relacion, que
o salimos de aquellos pueblos que dexa-
de paz, yendo para Cempoal, estaba el
ique Gordo con otros principales, aguar-
donos en unas chozas con comida; que
que son Indios, viéron y entendiéron,
la justicia es santa y buena, y que las
ibras que Cortés le habia dicho, que ve-
nos á desagraviar y quitar tiranías, con-
naba con lo que pasó en aquella entra-
y tuviéronnos en mucho mas que de án-
, y allí dormimos en aquellas chozas, y
os los Caciques nos lleváron acompañan-
hasta los aposentos de su pueblo. Y ver-
eramente quisieran que no salieramos de
tierra, porque se temian de Montezuma
enviase su gente de guerra contra ellos:
ixéron á Cortés, pues eramos ya sus
gos, que nos quieren tener por herma-
, que será bien que tomase de sus hijas
arientas para hacer generacion: y que
a que mas fixas sean las amistades, tru-
on ocho Indias todas hijas de Caciques,
iéron á Cortés una de aquellas Cacicas,
ra sobrina del mismo Cacique Gordo, y
dieron á Alonso Hernandez Puertoca-
, y era hija de otro gran Cacique, que
decia Cuesco en su lengua, y traianlas
ves-

vestidas á todas ocho con ricas cam
la tierra , y bien ataviadas á su usá
cada una dellas un collar de oro al
y en las orejas cercillos de oro , y
acompañadas de otras Indias para se
dellas : y quando el Cacique Gordo l
sentó , dixo á Cortés ; *Tecle* , que qui
cir en su lengua , Señor , estas siete
res son para los Capitanes que tiene
ta que es mi sobrina , es para tí ,
señora de pueblos y vasallos. Cortés
cibió con alegre semblante , y les d
se lo tenian en merced , mas para t
como dice que seamos hermanos , q
necesidad que no tengan aquellos íd
que creén y adoran , que los traen
ñados , y que no les sacrifiquen , y
mo él no vea aquellas cosas malísima
suelo , y que no sacrifiquen , que lue
nan con nosotros muy mas fixa la h
dad , y que aquellas mugeres que se
rán Christianas primero que las reci
y que tambien habian de ser limpios
domías , porque tenian muchachos v
en hábito de mugeres , que andaban
nar en aquel maldito oficio ; y cada
crificaban delante de nosotros tres ó
y cinco Indios , y los corazones ofr
sus ídolos , y la sangre pegaban por
redes , y cortabanles las piernas y bra
muslos , y los comian como vaca que
de las carnicerías en nuestra tierra ,

tengo creido que lo vendian por menudo en los Tiangues, que son mercados: y que como estas maldades se quiten, y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean Señores de otras Provincias. Y todos los Caciques, Papas, y principales respondiéron, que no les estaba bien de dexar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud, y buenas sementeras, y todo lo que habian menester: y que en quanto á lo de las sodomías, que pornan resistencia en ello, para que no se use mas: y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada, y habiamos visto tantas crueldades, y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir: y entónces nos habló Cortés sobre ello, y nos truxo á la memoria unas santas y buenas doctrinas, ¿y que como podiamos hacer ninguna cosa buena si no volviamos por la honra de Dios, y en quitar los sacrificios que hacian á los ídolos? y que estuviesemos muy apercebidos para pelear si nos lo viniesen á defender que no se los derrocasemos, y que aunque nos costase las vidas, en aquel dia habia de venir al suelo. Y puestos que estabamos todos muy á punto con nuestras armas, como lo teniamos de costumbre para pelear, y les dixo Cortés á los Caciques, que los habian de derrocar, y quando aquello viéron, luego mandó el *Cacique Gordo* á otros sus Capi-

tanes que se apercibiesen muchos guerrer en defensa de sus idolos: y quando vió qu queriamos subir en un alto Cu, que es s adoratorio, que estaba alto, y habia muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas habia, vimos al Cacique Gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dixéron á Cortés, que por qué les queriamos destruir? y que si les haciamos deshonor á sus dioses, ó se los quitabamos, que todos ellos perecerían, y aun nosotros con ellos: y Cortés les respondió muy enojado, que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á aquellas malas figuras, porque no les traigan mas engañados, y que á esta causa los veniamos á quitar de allí, é que luego á la hora los quitasen ellos, si no que luego los echarian á rodar por las gradas abaxo; y les dixo que no los teniamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo, y no le querian creer; y porque habian visto que habian venido sus Capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos, y que se lo pagarán con quitalles las vidas: y como vieron á Cortés que les decia aquellas amenazas, y nuestra lengua Doña Marina que se lo sabia muy bien dar á entender, y aun los amenazaba con los poderes de Montezuma que cada dia los aguardaba, por temor desto dixéron que ellos no eran dignos de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queriamos derrocar, que

no

no era con su consentimiento, que se los derrocasemos, y hiciesemos lo que quisiesemos. Y no lo hubo bien dicho, quando subimos sobre cincuenta soldados, y los derrocamos, y venian rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes, y de malas semejanzas: y quando así los viéron hechos pedazos, los Caciques y Papas que con ellos estaban, lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua Totonaque les decian que les perdonasen, y que no era mas en su mano, ni tenian culpa, sino estos Teules que les derruecan; é que por temor de los Mexicanos no nos daban guerra. Ya quando aquello pasó, comenzaban las Capitanías de los Indios guerreros que he dicho que venian á nos dar guerra, á querer flechar: y quando aquello vimos, echamos mano al Cacique gordo, y á seis Papas, y á otros principales, y les dixo Cortés, que si hacian algun descomedimiento de guerra que habian de morir todos ellos, y luego el Cacique gordo mando á sus gentes que se fuesen delante de nosotros, y que no hiciesen guerra: y como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento, lo qual diré adelante, y así se apaciguó todo. Y esta de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva España, y fué de harto provecho, y no como dice el Coro-

nista Gomara, que matamos, y prendimos, y asolamos tantos millares de hombres en la de Cingapacinga: y miren los curiosos que esto leyeren, quánto va del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su Corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPÍTULO LII.

Como Cortés mandó hacer un altar, y se puso una Imágen de nuestra Señora, y una Cruz, y se dixo Misa, y se bautizáron las ocho Indias.

Como ya callaban los Caciques y Papas, y todos los mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que derrocamos hechos pedazos que los llevasen adonde no pareciesen mas, y los quemasen: y luego saliéron de un aposento ocho Papas que tenian cargo dellos, y toman sus ídolos, y los llevan á la misma casa donde saliéron, é los quemáron. El hábito que traian aquellos Papas eran unas mantas prietas, á manera de sábana, y lobas largas hasta los pies, y unos como capillos que querian parecer á los que traen los Canónigos, y otros capillos traian mas chicos, como los que traen los Dominicos, y los traian muy largos, hasta la cinta, y aun algunos hasta los pies llenos de sangre pegada, y muy enredados que no se

podian esparcir, y las orejas hechas pedazos sacrificadas dellas, y hedian como azufre, y tenian otro muy mal olor, como de carne muerta: y segun decian é alcanzámos á saber, aquellos Papas eran hijos de principales, y no tenian mugeres, mas tenian el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos dias; y lo que yo les veia comer eran unos meollos o pepitas de algodon, quando los desmontonan, salvo si ellos no comian otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dexemos á los Papas, y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas Doña Marina, y Geronimo de Aguilar, y les dixo que ahora los teniamos como hermanos, y que les favoreceria en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus Mexicanos, porque ya envió á mandar que no les diesen guerra, ni les llevasen tributo: y que pues en aquellos sus altos Cues no habian de tener mas idolos, que él los quiere dexar una gran Señora, que es Madre de nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos y adoramos, para que ellos tambien la tengan por Señora y abogada; y sobre ello y otras cosas de pláticas que pasáron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para segun el tiempo, que no habia mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe tan bien dichas, como ahora los Religiosos se lo dan á entender, de manera que

lo oian de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los Indios albañiles que habia en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque habia mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos Cues, y que lo aderezasen muy bien; y luego otro dia se encaló, y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que habia en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar, y que lo tuviesen limpio y barrido á la contina: y para que tuviesen cargo dello apercibió á quatro Papas que se trasquilasen el cabello que lo traian largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas, y se quitasen las que traian, y que siempre anduviesen limpios, y que sirviesen aquella santa Imágen de nuestra Señora, en barrer y enramar: y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado coxo é viejo, que se decia Juan de Torres de Córdova, que estuviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada dia así como lo mandaba á los Papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una Cruz, y la pusiesen en un pilar que teniamos ya nuevamente hecho, y muy bien encalado: y otro dia de mañana se dixo Misa en el altar, la qual dixo el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y entónces se dió órden como con el incienso de la tierra se incensase á la santa

ta Imágen de nuestra Señora, y á la santa Cruz: y tambien se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre tuviesen ardiendo en el altar: porque hasta entónces no se habian aprovechado de la cera: y á la Misa estuviéron los mas principales Caciques de aquel pueblo, y de otros que se habian juntado. Y asimismo traxéron las ocho Indias para volver Christianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tios, y se les dió á entender que no habian de sacrificar mas, ni adorar ídolos, salvo que habian de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe, y se bautizáron, y se llamó á la sobrina del Cacique gordo Doña Catalina, y era muy fea, aquella diéron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante: á la hija de Cuesco, que era un gran Cacique, se puso por nombre Doña Francisca; esta era muy hermosa para ser India, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero: las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y despues desto hecho, nos despedimos de todos los Caciques y principales; y dende adelante siempre les tuviéron muy buena voluntad, especialmente quando viéron qué recibió Cortés sus hijas, y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cor-

tés les hizo que les ayudaria, nos fuimos á nuestra Villa rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa, que sobre ello ahí han escrito el Gomara, ni los demas Coronistas.

CAPÍTULO LIII.

Como llegamos á nuestra villa rica de la Vera Cruz, y lo que allí pasó.

Despues que hubimos hecho aquella jornada, y quedáron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos diéron la obediencia á su Magestad, y se derrocáron los ídolos, y se puso la Imágen de nuestra Señora y la santa Cruz, y le puso por ermitaño al viejo soldado, y todo lo por mí referido; fuimos á la villa, y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal; y hallamos que aquel dia habia venido de la Isla de Cuba un navío, y por Capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamabamos el Pulido; y pusimosle aquel nombre, porque en demasía se preciaba de galan y pulido, y decian que habia sido maestresala del Almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco; y vino entónces Luis Marin, Capitan que fué en lo de México, persona que valió

P 3

mu-

mucho; y viniéron diez soldados, y traia el Saucedo un caballo, y Luis Marin una yegua, y nuevas de Cuba, que le habian llegado al Diego Velazquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velazquez se regocijáron mucho, y mas de que supiéron que le truxéron provision para ser Adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza que todavía se entendia en ella, diximos á Cortés todos los mas soldados, que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que habia ya mas de tres meses que estabamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma, y buscar la vida y nuestra ventura; é que ántes que nos metiesemos en camino, que enviasemos á besar los pies á su Magestad, y á dalle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la Isla de Cuba. Y tambien se puso en plática, que enviasemos á su Magestad el oro que se habia habido así rescatado, como los presentes que nos envió Montezuma: y respondió Cortés que era muy bien acordado, y que ya lo habia puesto él en plática con ciertos caballeros: y porque en lo del oro, por ventura habria algunos soldados que querrian sus partes, y si se partiese, que seria poco lo que se podria enviar; por esta causa dió cargo á Diego de

Ordas, y á Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviese sospecha que demandarian las partes del oro; y les decian estas palabras: Señores, ya veis que queremos hacer un presente á su Magestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras, habia de ser mucho mas: parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben: los caballeros y soldados que aqui estamos escritos, tenemos firmado como no queremos parte ninguna dello, sino que servimos á su Magestad con ello, porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte, no se le negará; el que no la quisiere, haga lo que todos hemos hecho, firmelo aquí; y desta manera todos lo firmáron á una. Y hecho esto, luego se nombráron para procuradores que fuesen á Castilla, á Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pesos por tenelle de su parte. Y se mandó apercebir el mejor navío de toda la flota, y con dos Pilotos, que fué uno Anton de Alaminos, que sabia como habian de desembarcar por la canal de Bahama, porque él fué el primero que navegó por aquella canal; y tambien apercibimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotage. Y esto apercebido, acordamos de escribir y hacer saber á su Magestad todo lo acaecido, y

Cor-

Cortés escribió por sí, segun él nos dixo, con recta relacion, mas no vimos su carta; y el Cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos á Cortés por General, y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo firmado en ella; y demas destas cartas y relaciones, todos los Capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relacion: y lo que se contenia en la carta que escribimos, es lo siguiente.

CAPÍTULO LIV.

De la relacion y carta que escribimos á su Magestad con nuestros procuradores Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, la qual carta iba firmada de algunos Capitanes y soldados.

Despues de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados á tan gran Magestad del Emperador nuestro Señor, que fué así: S. S. C. C. R. M. y poner otras cosas que se convenian decir en la relacion y cuenta de nuestra vida y viage, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve. Como salimos de la Isla de Cuba con Hernando Cortés: los pregones que se diéron: como veniamos á poblar, y

otras muchas de oro, que fuéron mosqueadores, rodelas, y otras cosas que ya no se me acuerda, como ha ya tantos años que pasó: tambien enviámos quatro Indios, que quitámos en Cempoal, que tenian á engordar en unas jaulas de madera, para despues de gordos sacrificallos. y comérselos. Y despues de hecha esta relacion, é otras cosas, dimos cuenta y relacion, como quedabamos en estos sus Reynos quatrocientos y cincuenta soldados á muy gran peligro, entre tanta multitud de pueblos y gentes belicosas, y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su Real Corona; y le suplicamos, que en todo lo que se nos ofreciese, nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la Gobernacion destas tierras, ni de ningunos oficios Reales á persona ninguna; porque son tales, ricas, y de grandes pueblos y ciudades, que convienen para un Infante, ó gran Señor: y tenemos pensamiento, que como Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, es su Presidente, y manda á todas las Indias, que lo dará á algun su deudo, ó amigo, especialmente á un Diego Velazquez, que está por Gobernador en la Isla de Cuba; y la causa es, por que se le dará la Gobernacion, ó otro qualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dexado en la misma Isla pueblos de Indios que le sacan oro de las minas: de lo qual habia prime-

ramente de dar los mejores pueblos á su Real Corona, y no le dexó ningunos, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes; y que como en todo somos sus muy leales servidores, y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo: y que estamos determinados que hasta que sea servido de nuestros Procuradores, que allá enviamos, besen sus Reales pies, y vea nuestras cartas, y nosotros veamos su Real firma, que entónces los pechos por tierra, para obedecer sus Reales mandos: y que si el Obispo de Burgos por su mandado nos envia á qualquiera persona á gobernar, ó á ser Capitan, que primero que le obedezcamos se lo haremos saber á su Real persona á doquiera que estuviere: y lo que fuere servido de mandar, que le obedezeremos como mando de nuestro Rey y Señor, como somos obligados: y demas destas relaciones, le suplicamos que entretanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la Gobernacion á Hernando Cortes; y dimos tantos loores dél, y que es tan gran servidor suyo, hasta ponello en las nubes. Y despues de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenia, y cada capítulo por sí; y declaramos cada cosa cómo y quándo y de qué arte pasáron, como carta para nuestro Rey y Señor, y no del arte que va aquí

en

en esta relacion; y la firmamos todos los Capitanes y soldados que eramos de la parte de Cortés, é fuéron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrasemos: y como vió la relacion tan verdadera, y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer, y dixo que nos lo tenia en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo: empero no quisiera que dixeramos en ella ni mentaramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declararamos quien fuéron los primeros descubridores; porque segun entendimos, no hacia en su carta relacion de Francisco Hernandez de Córdova, ni del Grijalva, sino á él solo se atribuia el descubrimiento y la honra é honor de todo: y dixo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relacion dello á su Magestad: y no faltó quien le dixo, que á nuestro Rey y Señor no se le ha de dexar de decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas, y dadas á nuestros Procuradores, les encomendamos mucho, que por via ninguna entrasen en la Habana, ni fuesen á una estancia que tenia allí el Francisco de Montejo, que se decia el Marien, que era puerto para navíos; porque no alcanzase á saber el Diego Velazquez lo que pasaba, y no lo hiciéron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo á punto para se ir á embarcar, dixo Misa el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, y encomendandoles

es al Espíritu Santo que les guiase, en veinte y seis dias del mes de Julio de mil y quinientos y diez y nueve años, partiéron de San Juan de Ulua, y con buen tiempo llegáron á la Habana: y el Francisco de Montejo, con grandes importunaciones convocó é atraxo al Piloto Alaminos, guiase á su estancia, diciendo que iba á tomar bastimentos de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso: fué á surgir á su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo, y no hacia cuenta dél; y la noche que allí llegáron, desde la nao echáron un marinero en tierra con cartas é avisos para el Diego Velazquez; y supimos que el Montejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fue el marinero por la Isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mi dicho, hasta que el Diego Velazquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto que enviabamos Procuradores con embaxadas y presentes á nuestro Rey; y lo que sobre ello se hizo.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, supo las nuevas, así por las cartas que le enviáron secretas, y dixéron que fuéron del Montejo, como lo que dixo el marinero que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se habia echado á nado para le llevar las cartas; y quando entendió del gran presente de oro que enviabamos á su Magestad, y supo quien eran los Embaxadores, temió, y decia palabras muy lastimosas é maldiciones contra Cortés y su Secretario Duero, y del Contador Amador de Lares, y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería, y soldados que pudo haber, y con dos Capitanes que fuéron en ellos, que se decian Gabriel de Rojas, y el otro Capitan se decia hulano de Guzman, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le truxesen presa la nao en que iban nuestros Procuradores, y todo el oro que llevaban; y de

de presto así como lo mandó, llegáron en ciertos dias á la canal de Bahama, y preguntaban los de los navíos á barcos que andaban por la mar de acarreto, que si habian visto ir una nao de mucho porte, y todos daban noticia della, y que ya seria desembocada por la canal de Bahama; porque siempre tuviéron buen tiempo: y despues de andar barloventeando con aquellos dos navíos entre la canal y la Habana, y no halláron recado de lo que venian á buscar, se volviéron á Santiago de Cuba: y si triste estaba el Diego Velazquez ántes que enviase los navíos, muy mas se congojó quando los vió volver de aquel arte: y luego le aconsejáron sus amigos, que se enviase á quejar á España al Obispo de Burgos, que estaba por Presidente de Indias, que hacia mucho por él: y tambien envió á dar sus quejas á la Isla de Santo Domingo a la Audiencia Real que en ella residia, y á los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores en ella, que se decian Fray Luis de Figueroa, y Fray Alonso de Santo Domingo, y Fray Bernardino de Mancanedo; los quales Religiosos solian estar y residir en el Monasterio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo, y envian en posta un navío á la Respinola, y danles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzáron á saber en la Real Audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que

le diéron los Frayles, fué que á Cortés y los que con él andabamos en las guerras, no se nos podia poner culpa, pues sobre todas cosas acudiamos á nuestro Rey y Señor, y le enviabamos tan gran presente, que otro como él no se habia visto de muchos tiempos pasados, en nuestra España: y esto dixéron, porque en aquel tiempo y sazon no habia Perú ni memoria dél: y tambien le enviáron á decir, que ántes eramos dignos de que su Magestad nos hiciese muchas mercedes. Entónces le enviáron al Diego Velazquez á Cuba á un Licenciado que se decia Zuazo, para que le tomase residencia, ó á lo ménos habia pocos meses que habia llegado á la isla de Cuba; y como aquella respuesta le truxéron al Diego Velazquez, se congojó mucho mas, y como de ántes era muy gordo, se paró flaco en aquellos dias: y luego con gran diligencia mandó buscar todos los navios que pudo haber en la isla, y apercebir soldados y Capitanes, y procuró enviar una recia armada para prender á Cortés y á todos nosotros, y tanta diligencia puso, que él mismo en persona andaba de villa en villa, y en unas estancias y en otras, y escribia á todas las partes de la isla donde él no podia ir, á rogar á sus amigos fuesen á aquella jornada: por manera que obra de once meses, ó un año, allegó diez y ocho velas grandes y pequeñas, y sobre mil y trecientos soldados entre Capi-

pitanes y marineros; porque como le vian del arte que he dicho andar tan apasionado y corrido, todos los mas principales vecinos de Cuba, así los parientes, como los que tenian Indios, se aparejáron para le servir, y tambien envió por Capitan General de toda la armada á un hidalgo que se decia Panfilo de Narvaez, hombre alto de cuerpo, y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda, y era natural de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una dueña que se llamaba Maria de Valenzuela, ya viuda, y tenia buenos pueblos de Indios, y era muy rico. Donde lo dexaré agora haciendo y aderezando su armada, y volveré á decir de nuestros Procuradores, y su buen viage; y porque en una sazon acontecian tres y quatro cosas, no puedo seguir la relacion y materia de lo que voy hablando, por dexar de decir lo que mas viene al propósito, y á esta causa no me culpen porque salgo, y me aparto de la órden por decir lo que mas adelante pasa.

CAPÍTULO LVI.

Como nuestros Procuradores con buen tiempo desembocáron la canal de Bahama, y en pocos dias llegáron á Castilla, y lo que en la Corte les sucedió.

Ya he dicho que partiéron nuestros Procuradores del puerto de San Juan de Ulua en seis del mes de Julio de mil quinientos y diez y nueve años, y con buen viage llegáron á la Habana, y luego desembocáron la canal, é dice, que aquella fué la primera vez que por allí navegáron, y en poco tiempo llegáron á las islas de la Tercera, y desde allí á Sevilla, y fuéron en posta á la Corte, que estaba en Valladolid, y por Presidente del Real Consejo de Indias Don Juan Rodriguez de Fonseca, que era Obispo de Burgos, y se nombraba Arzobispo de Rosano, y mandaba toda la Corte; porque el Emperador nuestro Señor estaba en Flandes, y era mancebo: y como nuestros Procuradores le fuéron á besar las manos al Presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y dalle nuestras cartas y relaciones, y á presentar todo el oro, y joyas, le suplicáron, que luego hiciese mensagero á su Magestad, y le enviasen aquel presente y cartas, y que ellos mismos irián

irian con ello á besar sus Reales pies: y en vez de agasajarlos, les mostró poco amor, y los favoreció muy poco, y aun les dixo palabras secas y ásperas. Nuestros Embaxadores dixéron, que mirase su Señoría los grandes servicios que Cortés, y sus compañeros haciamos á su Magestad: y que le suplicaban otra vez, que todas aquellas joyas de oro, cartas, y relaciones las enviase luego á su Magestad, para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irian con él. Y les tornó á responder muy soberbiamente; y aun les mandó, que no tuviesen ellos cargo dello, que él le escribiria lo que pasaba, y no lo que le decian, pues se habian levantado contra el Diego Velazquez: y pasáron otras muchas palabras ágrias: y en esta sazon llegó á la Corte el Benito Martin Capellan de Diego Velazquez otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros, de que el Obispo se airó mucho mas contra nosotros: y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero como era Caballero primo del Conde de Medellin, y porque el Montejo no osaba desagradar al Presidente, decia al Obispo, que le suplicaba muy ahincadamente, que sin pasion fuesen oidos, y que no dixese las palabras que decia, y que luego enviase aquellos recaudos así como los traian á su Magestad, y que eramos servidores de la Real Corona, y que eran dignos de mercedes, y no de ser

por palabras afrentados. Quando aquello oyó el Obispo, le mandó echar preso, y porque le informáron que habia sacado de Medellin tres años habia una muger que se decia María Rodriguez, y la llevó á las Indias. Por manera que todos nuestros servicios, y los presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho: y acordáron nuestros Embaxadores de callar hasta su tiempo é lugar. Y el Obispo escribió á su Magestad á Flandes en favor de su privado é amigo Diego Velazquez, y muy malas palabras contra Hernando Cortés, y contra todos nosotros, mas no hizo relacion de ninguna manera de las cartas que le enviabamos, salvo que se habia alzado Hernando Cortés al Diego Velazquez, y otras cosas que dixo. Volvamos á decir del Alonso Hernandez Puertocarrero, y del Francisco de Montejo, y aun de Martin Cortés padre del mismo Cortés, y de un Licenciado Nuñez Relator del Real Consejo de su Magestad, y cercano pariente del Cortés, que hacian por él, acordáron de enviar mensageros á Flandes con otras cartas como las que diéron al Obispo de Burgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los Procuradores, y escribiéron á su Magestad todo lo que pasaba, é la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del Obispo, y descubriendo sus tratos que tenia con el Diego Velazquez; y aun otros Caballeros les favore-

re-

reciéron, que no estaban muy bien con el Don Juan Rodriguez de Fonseca, porque segun decian, era mal quisto, por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenia: y como nuestros grandes servicios eran por Dios nuestro Señor, y por su Magestad, y siempre poniamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su Magestad lo alcanzó á saber muy claramente: y como lo vió y entendió, fué tanto el contentamiento que mostró, y los Duques, Marqueses, y Condes, y otros Caballeros que estaban en su Real Corte, que en otra cosa no hablaban por algunos dias sino de Cortés, y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos: y así por esto, como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el Obispo de Burgos, desque vió su Magestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al Obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, é se quedó con gran parte dellas. Todo lo qual alcanzó á saber el mismo Obispo, que se lo escribiéron desde Flandes; de lo qual recibió muy grande enojo: y si de ántes que fuesen nuestras cartas ante su Magestad el Obispo decia muchos males de Cortés y de todos nosotros, de allí adelante á boca llena nos llamaba traidores: mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí

á dos años fué recusado, y aun quedó corrido y afrentado: y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga á coyuntura: y escribió su Magestad, que presto vendria á Castilla, y entenderia en lo que nos conviniese, é nos haria mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí así, y nuestros Procuradores aguardando la venida de su Magestad. Y ántes que mas pase adelante, quiero decir por lo que me han preguntado ciertos Caballeros muy curiosos, y aun tienen razon de lo saber, ¿que cómo puedo yo escribir en esta relacion lo que no vi, pues estaba en aquella sazon en las conquistas de la Nueva España quando los Procuradores diéron las cartas, recaudos, y presente de oro que llevaban para su Magestad, y tuviéron aquellas contiendas con el Obispo de Burgos? A esto digo, que nuestros Procuradores nos escribian á los verdaderos Conquistadores lo que pasaba, así lo del Obispo de Burgos, como lo que su Magestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra en capítulos, y de qué manera pasaba; y Cortés nos enviaba otras cartas que recebia de nuestros Procuradores, á las villas donde viviamos en aquella sazon, para que viesemos quán bien negociabamos con su Magestad, y qué grande contrario teniamos en el Obispo de Burgos. Y esto doy por descargo de

le lo que me preguntaban aquellos Caballeros que dicho tengo. Dexemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro Real pasó.

CAPÍTULO LVII.

Como despues que partiéron nuestros Embaxadores para su Magestad con todo el oro, y cartas, y relaciones, de lo que en el Real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer.

Desde á quatro dias que partiéron nuestros Procuradores para ir ante el Emperador nuestro Señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades é pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velazquez, que se decian Pedro Escudero, y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbria, Piloto, y Bernaldino de Coria, vecino que fué despues de Chiapa, padre de un hulano Centeno, y un Clerigo que se decia Juan Diaz, y ciertos hombres de la mar, que se decian Peñates naturales de Gibraleon, estaban mal con Cortés; los unos, porque no les dió licencia para se volver á Cuba, como se la habian prometido, y otros, porque no les dió parte del oro que enviamos á Castilla: los Peñates, porque los azotó en Cuzumel, como ya otra vez tengo dicho, quando hurtáron los tozinos á un solda-

dado que se decia Barrio; acordáron todos de tomar un navío de poco porte, é irse con él á Cuba á dar mandado al Diego Velazquez, para avisalle como en la Habana podian tomar en la estancia de Francisco de Montejo á nuestros Procuradores con el oro y recaudos, que segun pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro Real, fuéron aconsejados que fuesen á aquella estancia que he dicho; y aun escribiéron para que el Diego Velazquez tuviese tiempo de habellos á las manos. Por manera que las personas que he dicho, ya tenian metido matalotage, que era pan cazabe, azeyte, pescado, y agua, y otras pobrezas de lo que podian haber: é ya que se iban á embarcar, y era á mas de media noche, el uno dellos, que era el Bernardino de Coria, parece ser se arrepintio de se volver á Cuba, y lo fué á hacer saber á Cortés. E cómo lo supo, é de qué manera, y quántos, é por qué causas se querian ir, y quiénes fuéron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja, y timon del navío, y los mandó echar presos, y les tomó sus confesiones, y confesáron la verdad, y condenáron á otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitia otra cosa; y por sentencia que dió mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los pies al Piloto Gonzalo de Umbria, y azotar á los marineros

Pe-

Peñates, á cada docientos azotes; y al Padre Juan Diaz si no fuera de Misa, tambien lo castigara, mas metióle harto temor. Acuérdome, que quando Cortés firmó aquella sentencia, dixo con grandes suspiros y sentimiento: ¡O quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres! Y paréceme que aqueste dicho es muy comun entre los Jueces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomáron de aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen Emperador: y así como se hubo executado la sentencia, se fué Cortés luego á matacaballo á Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó, que luego fuesemos tras él ducientos soldados, y todos los de á caballo: y acuérdome que Pedro de Alvarado, que habia tres dias que le habia enviado Cortés con otros ducientos soldados por los pueblos de la sierra, porque tuviesen que comer; porque en nuestra villa pasabamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese á Cempoal, para que allí dieramos órden de nuestro viage á México. Por manera que el Pedro de Alvarado no se halló presente quando se hizo la justicia que dicho tengo. Y quando nos vimos juntos en Cempoal, la órden que se dió en todo, diré adelante.

CA-

CAPÍTULO LVIII.

Como acordamos de ir á México, y ántes que partiesemos, dar con todos los navíos al través, y lo que mas pasó: y esto de dar con los navíos al través fué por consejo é acuerdo de todos nosotros los que eramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra, y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que eramos sus amigos, que no dexase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entretanto que estábamos la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados: y demas desto, que teniamos mucha ayuda de los maestres, pilotos, y marineros, que serian al pie de cien personas, y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear, que no estando en el puerto: y segun ví y entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros; porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuesemos en los pagar. Y luego mandó á un

Jua

Juan de Escalante, que era Alguacil mayor y persona de mucho valor, y gran amigo de Cortés, y enemigo de Diego Velazquez, porque en la isla Cuba no le dió buenos Indios, que luego fuese á la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas, y lo que dentro tenian, de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen mas de los bateles; é que los pilotos, é maestres viejos, y marineros, que no eran buenos para ir á la guerra, que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre habia pescado, aunque no mucho: y el Juan de Escalante lo hizo segun y de la manera que le fué mandado; y luego se vino á Cempoal con una Capitanía de hombres de la mar, que fuéron los que sacáron de los navíos, y saliéron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar á todos los Caciques de la serrania de los pueblos nuestros confederados, y rebelados al gran Montezuma, y les dixo como habian de servir á los que quedaban en la villa Rica, é acabar de hacer la Iglesia, fortaleza, y casas: y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante, y les dixo: este es mi hermano, y que lo que les mandase que lo hiciesen: é que si hubiesen menester favor é ayuda contra algunos Indios Mexicanos, que

á él ocurriesen, que él iria en persona á les ayudar. Y todos los Caciques se ofreciéron de buena voluntad de hacer lo que les mandase: é acuérdome que luego le zahumáron al Juan de Escalante con sus inciensos, aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para qualquier cargo, y amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por Capitan, para si algo enviase Diego Velazquez que hubiese resistencia. Dexallohe aquí, y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el Coronista Gomara que mandó Cortés barrenar los navíos: y tambien dice el mismo, que Cortés no usaba publicar á los soldados que queria ir á México en busca del gran Montezuma. Pues de que condicion somos los Españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho é guerras. Tambien dice él mismo Gomara, que Pedro de Ircio quedó por Capitan en la Vera-Cruz; no le informáron bien. Digo, que Juan de Escalante fué el que quedó por Capitan y Alguacil mayor de la Nueva España, que aun al Pedro de Ircio no le habian dado cargo ninguno, ni aun de quadrillero, ni era para ello, ni es justo dar á nadie lo que no tuvo, ni quitarlo á quien lo tuvo.

CA-

CAPÍTULO LIX.

De un razonamiento que Cortés nos hizo despues de haber dado con los navíos al través, y como aprestamos nuestra ida para México.

Despues de haber dado con los navíos al través á ojos vistas, y no como lo dice el Coronista Gomara, una mañana despues de haber oido Misa, estando que estabamos todos los Capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosa de la guerra, dixo, que nos pedia por merced que le oyesemos, y propuso un razonamiento desta manera: que ya habiamos entendido la jornada á que ibamos, y mediante nuestro Señor Jesu-Christo habiamos de vencer todas las batallas y reencuentros, y que habiamos de estar tan prestos para ello como convenia; porque en qualquier parte que fuesemos desbaratados (lo qual Dios no permitiese) no podriamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teniamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teniamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dixo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los Romanos. Y todos á una le respondimos, que hariamos lo que ordenase, que echada *estaba la suerte* de la buena, ó mala ven-

tu-

tura, como dixo Julio César sobre el Rubicon, pues eran todos nuestros servicios para servir á Dios y á su Magestad. Y despues deste razonamiento, que fué muy bueno, cierto, con otras palabras mas melosas y eloqüencia que yo aquí las digo, luego mandó llamar al Cacique Gordo, y le tornó á traer á la memoria, que tuviese muy reverenciada y limpia la Iglesia y Cruz: é demas desto, le dixo, que él se queria partir luego para México á mandar á Montezuma, que no robe, ni sacrifique; é que ha menester ducientos Indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas á cuestas, é andan con ellas cinco leguas: y tambien les demandó cincuenta principales hombres de guerra, que fuesen con nosotros. Estando desta manera para partir, vino de la Villa Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ya le habia mandado otra vez Cortés, que fuese á la villa para que le enviase otros soldados: y lo que en la carta decia el Escalante, era, que andaba un navío por la costa, y que le habia hecho ahumadas, y otras grandes señas; y habia puesto unas mantas blancas por banderas, y que cavalgó á caballo, con una capa de grana colorada, porque lo viesen los del navío, y que le pareció á él, que bien viéron las señas, banderas, caballo, y capa, y no quisiéron venir al puerto; y que luego envió

Es-

Españoles á ver en qué parage iba, y le truxéron respuesta, que tres leguas de allí estaba surto cerca de una boca de un rio, y que se lo hace saber, para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta, mandó luego á Pedro de Alvarado, que tuviese cargo de todo el exército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él á Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varon muy esforzado, como siempre lo fué. Este fué el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun sobre que le dió entónces aquel cargo, que fué el primero, y se lo dexó de dar á Alonso de Avila, tuviéron ciertas cosquillas el Alonso de Avila y el Sandoval. Volvamos á nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó con quatro de á caballo, que le acompañáron, y mandó, que le siguiesemos cincuenta soldados de los mas sueltos, porque Cortés nos nombró los que habiamos de ir con él; y aquella noche llegamos á la Villa Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPÍTULO LX.

Como Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío huyéron, y lo que sobre ello pasó.

Así como llegamos á la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante á hablar á Cortés y le dixo que seria bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y se fuese, y que reposase el Cortés, que él iria con veinte soldados. Y Cortés dixo, que no podia reposar, que cabra coxa no tenga siesta, que él queria ir en persona con los soldados que consigo traia; y ántes que bocado comiésemos comenzamos á caminar la costa adelante, y topamos en el camino á quatro Españoles, que venian á tomar posesion en aquella tierra por Francisco de Garay, Gobernador de Jamayca, los quales enviaba un Capitan que estaba poblando de pocos dias habia en el rio de Panuco, que se llamaba Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo; y los quatro Españoles que tomamos se decian Guillen de la Loa, éste venia por Escribano, y los testigos que traia para tomar la posesion se decian Andres Nuñez, y era carpintero de ribera; y el otro se decia Maestre Pedro el de la Arpa, y era Valenciano: el otro no me acuerdo el nombre.

bre. Y como Cortés hubo bien entendido como venian á tomar posesion en nombre de Francisco de Garay, é supo que quedaba en Jamayca, y enviaba Capitanes, preguntóles Cortés, que por qué titulo, ó por qué via venian aquellos Capitanes? Respondieron los quatro hombres, que en el año de mil y quinientos y diez y ocho, como habia fama en todas las Islas de las tierras que descubrimos quando lo de Francisco Hernandez de Córdova, y Juan de Grijalva, y llevamos á Cuba los veinte mil pesos de oro á Diego Velazquez, que entónces tuvo relacion el Garay del Piloto Anton de Alaminos, y otro Piloto que habiamos traido con nosotros, que podia pedir á su Magestad desde el rio de San Pedro y San Pablo por la banda del Norte todo lo que descubriese: y como el Garay tenia en la Corte quien le favoreciese, con el favor que esperaba, envió un Mayordomo suyo, que se decia Torralva, á lo negociar, y truxo provisiones para que fuese Adelantado y Gobernador desde el rio de San Pedro y San Pablo, y todo lo que descubriese: y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta docientos y setenta soldados con bastimentos, y caballos, con el Capitan por mí nombrado, que se decia Alonso Alvarez Pineda, ó Pinedo, y que estaba poblando en un rio que se dice Panuco, obra de setenta leguas de allí, y que ellos hiciéron lo que su Capitan les mandó, y que no

tienen culpa. Y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas les halagó, y les dixo, que si podriamos tomar aquel navío; y el Guillen de la Loa, que era el mas principal de los quatro hombres, dixo, que capearian, y harian lo que pudiesen, y por bien que los llamáron, y capeáron, ni por señas que les hiciéron no quisiéron venir: porque segun dixéron aquellos hombres, su Capitan les mandó, que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenian noticia que estabamos en aquella tierra: y quando vimos que no venia el batel, bien entendimos que desde el navío nos habian visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverian con el batel á aquella tierra: é rogóles Cortés, que se desnudasen aquellos quatro hombres sus vestidos para que se los vistiesen otros quatro hombres de los nuestros, y así lo hiciéron: y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habiamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío, que de hecho nos volvimos, y quedabamos los quatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros quatro: y estuvimos con Cortés en el monte escondidos, hasta mas de media noche que hiciese escuro, para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos, que no pareciamos otros, sino los quatro soldados de los nuestros: y como amaneció, comenzáron á

ca-

capear los quatro soldados, y luego viniéron en el batel seis marineros, y los dos saltáron en tierra con unas dos botijas de agua, y entónces aguardamos los que estabamos con Cortés escondidos que saltasen los demas marineros, y no quisiéron saltar en tierra, y los quatro de los nuestros que tenian vestidas las ropas de los otros de Garay, hacian que estaban lavando las manos, y escondiendo las caras, y decian los del batel: venios á embarcar, ¿qué haceis? ¿por qué no venis? y entónces respondió uno de los nuestros: saltá en tierra, vereis aquí un poco: y como desconociéron la voz, se volviéron con su batel, y por mas que los llamáron no quisiéron responder, y queriamosles tirar con las escopetas, y ballestas, y Cortés dixo, que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mandado á su Capitan: por manera que se hubiéron de aquel navío seis soldados, los quatro hubimos primero, y dos marineros que saltáron en tierra; y así volvimos á Villa Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna: y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el Coronista Gomara: porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse, que primero que viniese, envió tres Capitanes con navíos: los quales diré adelante en qué tiempo viniéron, é qué se hizo dellos: y tambien en el tiempo que vino Garay: y pasemos adelante, é diremos, como acordamos de ir á México.

CAPITULO LXI.

Como ordenamos de ir á la Ciudad de México, y por consejo del Cacique fuimos por Tlascala, y de lo que nos acaeció, así de reencuentros de guerra, como de otras cosas.

Despues de bien considerada la partida para Mexico, tomamos consejo sobre el camino que habiamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal, que el mejor, y mas conveniente era por la Provincia de Tlascala, porque eran sus amigos, y mortales enemigos de Mexicanos; é ya tenian aparejados quarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros, y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y mas nos dieron docientos tamemes para llevar el artilleria, que para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos que llevar, porque nuestras armas, así lanzas, como escopetas, y ballestas, y rodelas, y todo otro genero dellas, con ellas durmiamos, y caminabamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado: y como he dicho, siempre muy apercebidos para pelear: y partimos de Cempoal de mediado el mes de Agosto de mil y quinientos y diez y nueve años, y siempre con muy bue-

na

na órden, y los corredores del campo, y ciertos soldados muy sueltos delante: y la primera jornada fuimos á un pueblo, que se dice Xalapa, y desde allí á Socochima, y estaba muy fuerte, y mala entrada, y en él habia muchas parras de uvas de la tierra: y en estos pueblos se les dixo con Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar nuestras lenguas, todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y como eramos vasallos del Emperador Don Cárlos, é que nos envió para quitar que no haya mas sacrificios de hombres, ni se robasen unos á otros: y se les declaró muchas cosas que se les convenia decir: y como eran amigos de Cempoal, y no tributaban á Montezuma, hallabamos en ellos muy buena voluntad, y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una Cruz, y se les declaró lo que significaba, é que la tuviesen en mucha reverencia: y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto, y llegamos á otro pueblo, que se dice Texutla: y tambien hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demas: y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras, y entramos en el despoblado donde hacia muy gran frio y granizo aquella noche, donde tuvimos falta de comida, y venia un viento de la sierra nevada, que estaba á un lado, que nos hacia tamblar de frio, porque como habiamos venido de la isla de Cuba, y de la Villa Rica, y toda aquella

costa es muy calurosa, y entramos en tierra fria, y no teniamos con que nos abrigar, sino con nuestras armas, sentiamos las heladas, como no eramos acostumbrados al frio: y desde allí pasamos á otro puerto donde hallamos unas caserías, y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho, que se dicen Cues, y tenian grandes rimeros de leña, para el servicio de los ídolos, que estaban en aquellos adoratorios: y tampoco tuvimos que comer, y hacia recio frio; y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decia Cocotlan, y enviamos dos Indios de Cempoal á decille al Cacique, como ibamos, que tuviesen por bien nuestra llegada á sus casas, y era sujeto este pueblo á México, y siempre caminabamos muy apercebidos, y con gran concierto, porque viamos que ya era otra manera de tierra: y quando vímos blanquear muchas azuteas, y las casas del Cacique, y los Cues, y Adoratorios, que eran muy altos, y encalados, parecian muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, y pusimosle nombre Castilblanco, porque dixéron unos soldados Portugueses, que parecia á la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora: y como supiéron en aquel pueblo, por mí nombrado, por los mensajeros que enviabamos, como ibamos, salió el Cacique á recebirnos con otros principales junto á sus casas: el qual Cacique se llamaba Olintecle, y nos lleváron á unos apo-

aposentos, y nos diéron de comer poca cosa, y de mala voluntad: y despues que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su Señor Montezuma, y dixo de sus grandes poderes de guerreros que tenia en todas las Provincias sujetas, sin otros muchos exércitos, que tenia en las fronteras, y Provincias comarcanas: y luego dixo de la gran fortaleza de México, y como estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa á otra no se podia pasar, sino por puentes que tenian hechas, y en canoas, y las casas todas de azuteas, y en cada azutea si querian poner mamparos, eran fortalezas, y que para entrar dentro en la Ciudad, que habia tres calzadas, y en cada calzada quatro ó cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte á otra; y en cada una de aquellas aberturas habia una puente, y con alzar qualquiera dellas, que son hechas de madera no pueden entrar en México, y luego dixo, del mucho oro, y plata, y piedras chalchivis, y riquezas que tenia Montezuma su Señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas, de quan gran Señor era, que Cortés, y todos nosotros estabamos admirados de lo oir: y con todo quanto contaban de su gran fortaleza, y puentes, como somos de tal calidad los soldados Españoles, quisieramos ya estar probando ventura: y aunque nos parecia cosa *imposible*, segun lo señalaba y decia el

Olin-

Olintecle. Y verdaderamente era México muy mas fuerte, y tenia mayores pertrechos de albarradas, que todo lo que decia; porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo. Y dixo, que era tan gran Señor Montezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento quando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado, y dado de comer sin su licencia: y Cortés le dixo con nuestras lenguas: pues hagoos saber, que nosotros venimos de lejas tierras por mandado de nuestro Rey y Señor, que es el Emperador Don Cárlos de quien son vasallos muchos y grandes Señores, y envia á mandar á ese vuestro gran Montezuma, que no sacrifique, ni mate ningunos Indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras: y para que dé la obediencia á nuestro Rey y Señor: y ahora lo digo así mismo á vos Olintecle, y á todos los mas Caciques que aquí estais, que dexeis vuestros sacrificios, y no comais carnes de vuestros próximos, ni hagais sodomías, ni las cosas feas que soleis hacer, porque así lo manda nuestro Señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte, y nos ha de llevar á los cielos; y se les declaró otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y ellos á todo callaban. Y dixo Cortés á los soldados que allí nos hallamos: pareceme, Señores, que

ya

ı que no podemos hacer otra cosa, que se
onga una Cruz: y respondió el P. Fr. Bar-
lomé de Olmedo: Paréceme, Señor, que en
tos pueblos no es tiempo para dexalles Cruz
ı su poder, porque son algo desvergonza-
os, y sin temor, y como son vasallos de
lontezuma no la quemen, ó hagan alguna
sa mala: y esto que se les dixo basta, has-
que tengan mas conocimiento de nuestra
nta fe: y así se quedó sin poner la Cruz.
exemos esto, y de las santas amonestacio-
es que les haciamos, y digamos, que como
evabamos un lebrel de muy gran cuerpo,
ue era de Francisco de Lugo, y ladraba
ucho de noche, parece ser preguntaban
uellos Caciques del pueblo á los amigos
ie traiamos de Cempoal, que si era tigre,
leon, ó cosa con que mataban los Indios,
respondiéron: traenle para que quando
guno los enoja los mate. Y tambien les pre-
ıntáron, que aquellas bombardas que traia-
os, que haciamos con ellas, y respondié-
n, que con unas piedras que metiamos
entro dellas matabamos á quien queriamos,
que los caballos corrian como venados, y
canzabamos con ellos á quien les manda-
mos: y dixo el Olintecle, y los demas prin-
pales: luego desa manera Teules deben de
r. Ya he dicho otras veces, que á los ído-
s, ó sus Dioses, ó cosas malas, llamaban
eules, y respondiéron nuestros amigos:
ues cómo ahora lo veis? mirad que no ha-

gais cosa con que los enojeis, que luego lo sabrán, que saben lo que teneis en el pensamiento, porque estos Teules son los que prendiéron á los recaudadores del vuestro gran Montezuma, y mandáron que no les diesen mas tributo en todas las sierras, ni en nuestro pueblo de Cempoal, y estos son los que nos derrocáron de nuestros Templos nuestros Teules, y pusiéron los suyos, y han vencido los de Tabasco, y Cingapacinga. Y demas desto, ya habreis visto como el gran Montezuma aunque tiene tantos poderes, los envia oro, y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo, y veo que no les dais nada; andad presto, y traedles algun presente. Por manera, que traiamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego truxéron quatro pinjantes, y tres collares, y unas lagartijas, aunque era de oro, todo muy baxo: y mas truxéron quatro Indias que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad, y con grandes ofrecimientos. Acuérdome, que tenian en una plaza, adonde estaban unos Adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil: y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones, y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian

en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres Papas, que segun entendimos, tenian cargo dellos; de lo qual tuvimos que mirar mas despues que entramos mas la tierra adentro, y en todos los pueblos estaban de aquella manera, é tambien en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decian nuestros amigos estaba muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenian puestos por señales unos mojones; y sobre ello se preguntó al Cacique Olintecle, que quál era mejor camino, y mas llano para ir á México, y dixo, que por un pueblo muy grande, que se decia Choulula, y los de Cempoal dixéron á Cortés: Señor, no vais por Choulula, que son muy traidores, y tiene allí siempre Montezuma sus guarniciones de guerra, y que fuesemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de Mexicanos: y así acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo, y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los diéron: y otro dia de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á un pueblezuelo, que era de los de Xalacingo: y de allí enviamos por mensajeros dos Indios de los principales de Cempoal de los Indios, que solian decir muchos bie-

bienes y loas de los Tlascaltecas, y que eran sus amigos, y les enviamos una carta, puesto que sabiamos que no lo entenderian, y tambien un chapeo de los vedijudos colorados de Flandes, que entónces se usaban: y lo que se hizo diremos adelante.

CAPÍTULO LXII.

Como se determinó que fuesemos por Tlascala, y les enviabamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y como prendiéron á los mensageros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino los corredores del campo siempre delante, y muy apercebidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenia, y los de á caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teniamos de costumbre, dexemos esto, no se para qué gasto mas palabras sobre ello, sino que estabamos tan apercebidos, así de dia, como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas, y rodelas, y lanzas, puesto todo muy á mano: y con aquesta órden llegamos á un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos diéron un collar de oro, y unas mantas, y dos Indias, y desde aquel pue-

blo enviamos dos mensageros principales de los de Cempoal á Tlascala con una carta, y con un chapeo vedejudo de Flandes colorado, que se usaban entónces: y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrian leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerian que era de mensagería; y lo que les enviamos á decir con los mensageros, como ibamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les ibamos á hacer enojo, sino tenellos por amigós: y esto fué porque en aquel pueblezuelo nos certificáron, que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque segun pareció, ya tenian noticia como ibamos, y que llevabamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal, como los de Zocotlan, y de otros pueblos por donde habiamos pasado, y todos solian dar tributo á Montezuma, tuviéron por cierto que ibamos contra ellos, porque les tenian por enemigos: y como otras veces los Mexicanos con mañas y cautelas los entraban en la tierra, y se la saqueaban, así creyéron querian hacer ahora: por manera, que luego como llegáron los dos nuestros mensageros con la carta y el chapeo, y comenzáron á decir su embaxada, los mandáron prender sin ser mas oidos; y estuvimos aguardando respuesta aquel dia y otro, y como no venian, despues de haber hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que con-

convenian decir acerca de nuestra santa fe, y como eramos vasallos de nuestro Rey y Señor, que nos envió á estas partes, para quitar que no sacrifiquen, y no maten hombres, ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dixo otras muchas cosas, que en los mas pueblos por donde pasabamos les soliamos decir, y despues de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte Indios de guerra, que fuesen con nosotros, y ellos nos los diéron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos á Dios partimos otro dia para Tlascala, é yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensageros que tenian presos, que parece ser como andaban revueltos en la guerra los Indios que los tenian á cargo y guarda, se descuidáron, y de hecho como eran amigos los soltáron de las prisiones, y viniéron tan medrosos de lo que habian visto, é oido, que no lo acertaban á decir: porque segun dixéron quando estaban presos, los amenazaban, y decian: Ahora hemos de matar á esos que llamais Teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados, como publicais, y tambien comeremos vuestras carnes, pues venis con traiciones, y con embustes de aquel traidor de Montezuma: y por mas que les decian los mensajeros, que eramos contra los Mexicanos, que á todos los Tlascaltecas los tenia-

mos

mos por hermanos, no aprovechaban nada sus razones: y quando Cortés, y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y como estaban de guerra, puesto nos dió bien que pensar en ello, diximos todos: pues que así es, adelante en buen hora: encomendándonos á Dios, y nuestra vandera tendida, que llevaba el Alferez Corral: porque ciertamente nos certificáron los Indios del pueblezuelo donde dormimos, que habian de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala; y asimismo nos lo dixéron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre ibamos hablando como habian de entrar y salir de á caballo á media rienda, y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres, porque se ayudasen: é que quando rompiesemos por los esquadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas: y que si acaeciese, que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen, y debaxo del brazo se ayudasen; y poniendo espuelas con la furia del caballo se la tornarian á sacar, ó llevarian al Indio arrastrando. Dirán ahora, que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo y digo, que decia Cortés: Mirad señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y apareja-

dos, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos, y que como acaece muchas veces, que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello, como de otras cosas que convienen en lo militar, que ya bien he entendido, que en el pelear no tenemós necesidad de avisos, porque he conocido, que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente: y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto, y de otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar, y detuvímonos á mirar en ella, y preguntó Cortés á los Indios de Zocotlan, que á ¿qué fin tenian aquella fuerza hecha de aquella manera? y dixéron, que como entre su Señor Montezuma y los de Tlascala tenian guerras á la contina, que los Tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habian hecho tan fuerte; porque ya aquella es su tierra, y reparamos un rato, y nos dió bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dixo: Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa Cruz, que con ella vencerémos. Y todos á una le respondimos, que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza ver-

da-

dadera. Y así comenzamos á caminar con el concierto que he dicho, y no muy léjos viéron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta Indios, que estaban por espías, y tenian espadas de dos manos, rodelas, lanzas y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan mas que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar, ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenian sus divisas y penachos: y como nuestros corredores del campo los viéron, volviéron á dar mandado. Y Cortés mandó á los mismos de á caballo, que corriesen tras ellos, y que procurasen tomar algunos sin heridas: y luego envió otros cinco de á caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen: y con todo nuestro exército dimos priesa y el paso largo, y con gran concierto, porque los amigos que teniamos nos dixéron, que ciertamente traian gran copia de guerreros en celadas: y desque los treinta Indios que estaban por espías, viéron que los de á caballo iban ácia ellos, y los llamaban con la mano, no quisiéron aguardar, hasta que los alcanzáron y quisiéron tomar á algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hiriéron los caballos: y quando los nuestros viéron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuráron de hacer lo que eran obligados, y matáron cinco dellos: y estando

en esto, viene muy de presto y con gran furia, un esquadron de Tlascaltecas que estaban en celada de mas de tres mil dellos, y comenzáron á flechar en todos los nuestros de á caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega: y en este instante llegamos con nuestra artillería escopetas y ballestas, y poco á poco comenzáron á volver las espaldas; puesto que se detuviéron buen rato peleando, con buen concierto; y en aquel rencuentro hiriéron á quatro de los nuestros, y paréceme que desde ahí á pocos dias murió el uno de las heridas: y como era tarde, se fuéron los Tlascaltecas, recogiendo, y no los seguimos: y quedáron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos: y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano, y habia muchas casas de labranzas de maiz y magiales, que es de lo que hacen el vino, y dormimos cabe un arroyo: y con el unto de un Indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curáron los heridos, que aceyte no lo habia: y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crian; puesto que estaban todas las casas despobladas y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvian á sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen-mantenimiento: y estuvimos toda la noche muy á punto, con escuchas y buenas rondas, y corredores del campo, y los caballos ensilla-

llados y enfrenados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos diéron.

CAPITULO LXIII.

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los Tlascaltecas, y de lo que mas pasó.

Otro dia despues de habernos encomendado á Dios, partimos de allí, muy concertados nuestros esquadrones, y los de á caballo muy avisados de como habian de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen, ni nos apartasen unos de otros: é yendo así como dicho tengo, viénense á encontrar con nosotros dos esquadrones, que habria seis mil, con grandes gritas, atambores: y trompetas, y flechando, y tirando varas, y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó, que estuviesemos quedos, y con tres prisioneros que les habiamos tomado el dia ántes, les enviamos á decir y á requerir, que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos, y dixo á uno de nuestros soldados, que se decia Diego de Godoy, que era escribano de su Magestad, mirase lo que pasaba, y diese testimonio dello, si se hubiese menester, porque en al-

algun tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeriamos con la paz: y como les habláron los tres prisioneros que les enviabamos, mostráronse muy mas recios, y nos daban tanta guerra, que no les podiamos sufrir. Entónces dixo Cortés, Santiago y á ellos, y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres Capitanes. Y vanse retrayendo ácia unos arcabuezos, donde estaban en zelada sobre mas de quarenta mil guerreros con su Capitan general, que se decia Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como habia allí unas quebradas, no nos podiamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas, y como nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matábamos muchos: mas no osábamos deshacer nuestro esquadron, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos Indios de los montantes, ó Capitanes, luego era herido, y corria gran peli-
Y andando en estas batallas nos cer-
todas partes, que no nos podia-
mos

mos valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter á ellos, sino era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen, y si arremetiamos, como dicho tengo, hallábamos sobre veinte esquadrones sobre nosotros, que nos resistian, y estaban nuestrás vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que á puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorria y nos guardaba. Y andando en estas priesas, entre aquellos grandes guerreros, y sus temerosos montantes, parece ser acordáron de se juntar muchos dellos, y de mayores fuerzas para tomar á manos á algun caballo, y lo pusiéron por obra, y arremetiéron, y echan mano á una muy buena yegua, y bien revuelta de juego, y de carrera, y el Caballero que en ella iba muy buen ginete, que se decia Pedro de Moron: y como entró rompiendo con otros tres de á caballo entre los esquadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos á otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes, y le hirieron malamente, y entónces diéron una cuchillada á la yegua, que le cortáron el pescuezo redondo, y allí quedó muerta: y si de presto no socorrieran los dos compañeros de á caballo al Pedro de Moron tambien le acabaran de matar. Pues quizá podiamos

con todo nuestro esquadron ayudalle. Digo otra vez, que por temor que no nos desbaratasen, ó acabasen de desbaratar, no podiamos ir, ni á una parte ni á otra, que harto teniamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estabamos muy en peligro: y todavía acudiamos á la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Moron, y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto, y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedase allí la silla: y allí en aquel socorro hiriéron diez de los nuestros: y tengo en mí, que matamos entónces quatro Capitanes, porque andabamos juntos pie con pie, y con las espadas les haciamos mucho daño; porque como aquello pasó, se comenzáron á retirar, y lleváron la yegua, la qual hiciéron pedazos, para mostrar en todos los pueblos de Tlasoala: y despues supimos que habian ofrecido á sus ídolos las herraduras, y el chapeo de Flandes vedijudo, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron, era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazon estaba herido el Sedeño de tres heridas del dia ántes, por esta causa se la dió al Moron, que era muy buen ginete, y murió el Moron entónces de ahí á dos dias de las heridas, porque no me acuerdo verle mas. Volvamos á nuestra batalla, que como habia bien una hora que estabamos en las renci-

llas

llas peleando, y los tiros les debrian de hacer mucho mal, porque como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habian de llevar copia dellos: pues los de á caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodelas, y lanzas, todos á una peleabamos como valientes soldados, por salvar nuestras vidas, y hacer lo que eramos obligados; porque ciertamente las teniamos en grande peligro, qual nunca estuviéron: y á lo que despues supimos, en aquella batalla les matamos muchos Indios, y entre ellos ocho Capitanes muy principales, hijos de los viejos Caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor, y á esta causa se truxéron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello, y no los seguimos, porque no nos podiamos tener en los pies de cansados: allí nos quedamos en aquel poblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenian hechas otras casas debaxo de tierra como cuebas, en que vivian muchos Indios, y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo ó Tehuacacingo, y fué dado en dos dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años; y desque nos vimos con vitoria, dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros, y desde allí nos retruximos luego á unos Cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y
y con el unto del Indio que ya he dicho otras

tan diestros, y haciánlo tan varonilmente, que despues de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fuéron fortaleza. Yo ví entónces medio desbaratado nuestro esquadron, que no aprovechaban voces de Cortés, ni de otros Capitanes, para que tornásemos á cerrar. Tanto número de Indios cargó entónces sobre nosotros, sino que á puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos á ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida; y era, que como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho mal, y de mas desto no se sabian capitanear, porque no podian allegar todos los Capitanes con sus gentes, y á lo que supimos desde la otra batalla pasada, habian tenido pendencias y rencillas entre el Capitan Xicotenga con otro Capitan hijo de Chichimeclatecle, sobre que decia el un Capitan al otro, que no lo habia hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimeclatecle respondió, que muy mejor que él, y se lo haria conocer de su persona á la suya de Xicotenga: por manera, que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga: ántes supimos muy ciertamente, que convocó á la capitanía de Guaxolcingo que no pelease. Y demas desto, desde la batalla pasada temian los caballos y tiros, y espadas y ballestas, y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo

pa-

para nos sustentar; y como el Xicotenga no era obedecido de dos Capitanes, y nosotros les haciamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes, las quales encubrian, porque como eran muchos, en hiriéndolos á qualquiera de los suyos, luego le apañaban, y le llevaban á cuestas: y así en esta batalla, como en la pasada, no pódiamos ver ningun muerto: y como ya peleaban de mala gana, y sintiéron que las Capitanías de los dos Capitanes por mí nombrados no les acudian, comenzáron á afloxar; porque segun pareció, en aquella batalla matamos un Capitan muy principal, que de los otros no los cuento, y comenzáron á retraerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podian ya tener de cansados: y quando nos vimos libres de aquellla tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos matáron un soldado, y hiriéron mas de sesenta, y tambien hiriéron á todos los caballos: á mí me diéron dos heridas, la una en la cabeza de pedrada, y otra en un muslo de un flechazo; mas no eran para dexar de pelear y velar, y ayudar á nuestros soldados; y asimismo lo hacian todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habiamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera, pocos quedáron que estuviesen sin heridas; y luego nos fuimos á nuestro Real

saber si eramos Teules, así como lo decian los de Cempoal, que ya he dicho otras veces, que son cosas malas como demonios, é qué cosas comiamos, é que mirasen todo esto con mucha diligencia: y despues que se juntáron los adivinos y hechizeros, y muchos Papas, y hechas sus adivinanzas, y echadas sus suertes, y todo lo que solian hacer; parece ser, dixéron, que en las suertes halláron, que eramos hombres de hueso y de carne, y que comiamos gallinas y perros, y pan, y fruta quando lo teniamos, y que no comiamos carnes de Indios, ni corazones de los que matábamos; porque segun pareció, los Indios amigos que traiamos de Cempoal, les hiciéron encreyente que eramos Teules, é que comiamos corazones de Indios, é que las bombardas echaban rayos como caen del cielo, e que el lebrel, que era tigre o leon, y que los caballos eran para lancear a los Indios quando los queriamos matar, y les dixeron otras muchas niñerias. E volvamos á los Papas: y lo peor de todo, que les dixeron sus Papas é adivinos, fue, que de dia no podiamos ser vencidos, sino de noche; porque como anochecia se nos quitaban las fuerzas: y mas les dixeron los hechiceros, que eramos esforzados, y que todas estas virtudes teniamos de dia hasta que se ponia el Sol, y desque anochecia no teniamos fuerzas ningunas. Y quando aquello oyeron los Caciques,

y lo tuviéron por muy cierto, se lo enviáron á decir á su Capitan General Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes á nos dar guerra. El qual como lo supo juntó obra de diez mil Indios los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro Real, y por tres partes nos comenzó á dar una mano de flechas, y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas, y montantes por otra parte, por manera, que de repente tuviéron por cierto, que llevarian algunos de nosotros para sacrificar: y mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venian, nos halláron muy apercebidos; porque como sintieron su gran ruido que traian á mata caballo, viniéron nuestros corredores del campo, y las espías á dar al arma; y como estábamos tan acostumbrados á dormir calzados, y las armas vestidas, y los caballos ensillados, y enfrenados, y todo género de armas muy á punto, les resistimos con las escopetas y ballestas, y á estocadas de presto vuelven las espaldas, y como era el campo llano, y hacia luna los de á caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos, muertos y heridos hasta veinte dellos: por manera, que se vuelven con gran pérdida, y muy arrepentidos de la venida de noche. Y aun oí decir, que como no les sucedió bien lo que los Papas y las suertes y

hechizeros les dixéron, que sacrificáron á dos dellos. Aquella noche matáron un Indio de nuestros amigos de Cempoal, é hiriéron dos soldados y un caballo, y allí prendimos quatro dellos, y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias á Dios, y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos, y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el Real, así como lo teniamos de costumbre; y desque amaneció, y nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguia, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados que se habian muerto en las batallas, y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce; y asimismo nuestro Capitan Cortés tambien tenia calenturas, y aun el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas que siempre traíamos á cuestas, y otras malas venturas, de frios, y falta de sal, que no la comiamos ni la hallábamos: y demas desto dábanos que pensar, qué fin abriamos en aquestas guerras: é ya que allí se acabasen, qué seria de nosotros, adónde habiamos de ir: porque entrar en México, teniamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas: y deciamos, que quando aquellos de Tlascala nos habian puesto en aquel punto, y nos hiciéron creer nuestros ami-

amigos los de Cempoal que estaban de paz, que quando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma, que, qué podriamos hacer? y demas desto no sabiamos de los que quedáron poblados en la Villa rica, ni ellos de nosotros: y como entre todos nosotros habia caballeros y soldados tan excelentes varones, y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decia ni hacia, sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el Coronista Gomara diga, hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá, dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, segun lo cuenta el Gomara en su historia, no podia acudir á todas partes: bastaba que dixera que lo hacia como buen Capitan, como siempre lo fué: y esto digo, porque despues de las grandes mercedes que nuestro Señor nos hacia en todos nuestros hechos, y en las victorias pasadas, y en todo lo demas parece ser, que á los soldados nos daba gracia, y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dexemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho á nuestra historia, y digamos como todos á una esforzabamos á Cortés, y le diximos, que curase de su persona, que allí estabamos, y que con el ayuda de Dios, que pues habiamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algun buen fin era

blaciones, y á los de una Provincia que estan junto con ellos, que se dice Guaxocingo, que eran sus amigos, y confederados, y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Maseescaci, y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fué desta manera, segun despues supimos, aunque no las palabras formales: Hermanos y amigos nuestros, ya habeis visto quantas veces èstos Teules que estan en el campo esperando guerras, nos han enviado mensageros á demandar paz, y dicen que nos vienen á ayudar, y tener en lugar de hermanos: y asimismo habeis visto quantas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal, y luego los sueltan; bien veis como les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de dia como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes, é hijos y parientes, y Capitanes: ahora de nuevo vuelven á demandar paz, y los de Cempoal que traen en su compañía, dicen, que son contrarios de Montezuma y sus Mexicanos, y que les han mandado que no le den tributo los pueblos de las sierras Totonaque, ni los de Cempoal: pues bien se os acordará, que los Mexicanos nos dan guerra cada año de mas de cien años á esta parte, y bien veis

que

que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir á buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodon, que pocas mantas dello traemos; pues si salen, ó han salido algunos de los nuestros á buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de Mexicanos, y sus confederados nos los matan, ó hacen esclavos: ya nuestros Tacalnaguas y adivinos, y Papas nos han dicho lo que sienten de sus personas destos Teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procurémos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino Teules, de una manera, y de otra les hagamos buena compañía, y luego vayan quatro nuestros principales, y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traygámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mugeres para que de su generacion tengamos parientes, pues segun dicen los Embaxadores que nos envian á tratar las paces, que traen mugeres entre ellos. Y como oyéron este razonamiento, á todos los Caciques les pareció bien, y dixéron que era cosa acertada, y que luego vayan á entender en las paces, y que se le envie á hacer saber á su Capitan Xicotenga, y á los demas Capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar mas guerras, y les digan, que ya tenemos hechas paces: y enviáron luego men-

mensageros sobre ello, y el Capitan Xicotenga el mozo no lo quiso escuchar á los quatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces, y dixo que ya habia muerto muchos Teules, y la yegua; y que él queria dar otra noche sobre nosotros, y acabarnos de vencer y matar: la qual respuesta desque la oyó su padre Xicotenga el viejo, y Massescaci, y los demas Caciques, se enojáron de manera, que luego enviaron á mandar á los Capitanes, y á todo su exército, que no fuesen con el Xicotenga á nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase, si no fuese para hacer paces, y tampoco lo quiso obedecer: y quando viéron la desobediencia de su Capitan, luego enviáron los quatro principales, que otra vez les habian mandado que viniesen á nuestro Real, y truxesen bastimento, y para tratar las paces en nombre de toda Tlascala, y Guaxocingo; y los quatro viejos por temor de Xicotenga el mozo no viniéron en aquella sazon: y porque en un instante acaecen dos y tres cosas, así en nuestro Real, como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que mas viene al propósito, dexaré de hablar en los quatro Indios principales, que enviáron á tratar las paces, que aun no venian por temor de Xicotenga: en este tiempo fuimos con Cortés á un pueblo junto á

nuestro Real, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO LXVIII.

Como acordamos de ir á un pueblo que estaba cerca de nuestro Real, y lo que sobre ello se hizo.

Como habia dos dias que estabamos sin hacer cosa que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejamos á Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro Real, que le habiamos enviado á llamar de paz, y no venia, que fuésemos una noche, y diésemos sobre él, no para hacelles mal, digo matalles, ni herilles, ni traellos presos, mas de traer comida, y atemorizalles, ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian: y llamase este pueblo Zumpacingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estabamos allí donde teniamos nuestro Real, que se dice Tecodcungapacingo, que todo al rededor estaba muy poblado de casas é pueblos: por manera, que una noche al quarto de la modorra madrugamos para ir á aquel pueblo con seis de á caballo de los mejores, y con los mas sanos soldados; y con diez ballesteros, y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro Capitan, puesto que tenia calenturas ó tercianas: dexamos el mejor recaudo que podia-

nuestro Señor servido de guardarnos, y que luego soltase los prisioneros, y que los enviase á los Caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz, é se les perdonará todo lo hecho, y la muerte de la yegua. Dexemos esto, y digamos como Doña Marina, por ser muger de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar, y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estabamos heridos y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella; sino muy mayor esfuerzo que de muger. Y á los mensageros que ahora enviamos, les habló la Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos dias, les irémos á matar, y destruir sus tierras, é irémos á buscarlos á su ciudad: y con estas resueltas palabras fuéron á la cabecera donde estaba Xicotenga el viejo. Dexemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el Coronista Gomara no escribe en su historia, ni hace mencion, si nos mataban, ó estabamos heridos, ni pasabamos trabajo, ni adolesciamos, sino todo lo que escribe, es como si lo hallaramos hecho. O quán mal le informáron los que tal le aconsejáron que lo pusiesen así en su historia! y á todos los conquistadores nos ha dado que pensar en lo que ha escrito, no siendo así, y debia de pensar, que quando viesemos su his-

to-

toria, habiamos de decir la verdad. Olvidemos al Coronista Gomara, y digamos como nuestros mensageros fuéron á la cabecera de Tlascala con nuestro mensage: y paréceme que lleváron una carta, que aunque sabiamos que no la habian de entender, sino porque se tenia por cosa de mandamiento, y con ella una saeta, y halláron á los dos Caciques mayores, que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondiéron adelante lo diré.

CAPÍTULO LXVII.

Como tornamos á enviar mensageros á los Caciques de Tlascala para que vengan de paz, y lo que sobre ello hiciéron y acordáron.

Como llegáron á Tlascala los mensageros que enviamos á tratar de las paces, y les halláron que estaban en consulta los dos mas principales Caciques, que se decian Massescaci, y Xicotenga el viejo padre del Capitan general, que tambien se decia Xicotenga el mozo, otras muchas veces por mí nombrado, como les oyéron su embaxada, estuviéron suspensos un rato que no habláron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros; y luego enviáron á llamar á todos los mas Caciques y Capitanes que habia en sus pobla-

che muchos de sus gentes, y les enviábamos á demandar paces, se holgáron, y les mandáron, que cada dia nos truxesen todo lo que hubiésemos menester, y tornáron otra vez á mandar á los quatro principales, que otras veces les encargáron las paces, que luego en aquel instante fuesen á nuestro Real, y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban: y así nos volvimos luego á nuestro Real con el bastimento é Indias, y muy contentos; é quedarse aquí, y diré lo que pasó en el Real, entretanto que habiamos ido á aquel pueblo.

CAPÍTULO LXIX.

Como despues que volvimos con Cortés de Cimpacingo, hallamos en nuestro Real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió á ellas.

Vueltos de Cimpacingo, que así se dice, con bastimentos, y muy contentos en dexallos de paz, hallamos en el Real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada dia estabamos en aquella guerra, y quando llegamos aviváron mas las pláticas: y los que mas en ello hablaban, é insistian, eran los que en la isla de Cuba dexaban sus casas, y repartimientos de Indios: y juntáronse hasta siete dellos, que aqui no quiero nombrar por su honor, y fuéron al

ran-

rancho y aposento de Cortés, y uno dellos que habló por todos, que tenia buena expresiva, y aun tenia bien en la memoria lo que habia de proponer, dixo como á manera de aconsejarle á Cortés, que mirase qual andabamos malamente heridos, y flacos, y corridos, y los grandes trabajos que teniamos, así de noche con velas, y con espías, y rondas, y corredores del campo, como de dia é de noche peleando: y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba, que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa Rica, que dexamos poblados: é que pues Dios nos habia dado victoria en las batallas y rencuentros que desde que venimos en aquella Provincia habiamos habido, y con su gran misericordia nos sostenia, que no le debiamos tentar tantas vezes: é que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos habia metido en parte, que no se esperaba, sino que un dia ó otro habiamos de ser sacrificados á los ídolos; lo qual plega Dios tal no permita; é que seria bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los Totonaques nuestros amigos nos estariamos, hasta que hiciesemos un navío, que fuese á dar mandado á Diego Velazquez, y á otras partes, é islas para que nos enviasen socorro, é ayudas; é que ahora fueran buen os los navíos, que dimos con to-

dos al través, ó que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello, ni de cosa ninguna, por consejo de quien no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través: y que plegue á Dios que él, y los que tal consejo le diéron no se arrepientan dello, y que ya no podiamos sufrir la carga, quanto mas muchas sobrecargas, y que andabamos peores que bestias: porque á las bestias que han hecho sus jornadas, les quitan las albardas, y les dan de comer, y reposan, y que nosotros de dia y de noche siempre andamos cargados de armas, y calzados: y mas le dixéron, que mirase en todas las historias, así de Romanos, como las de Alexandro, ni de otros Capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atreviéron á dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones, y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte, y de la de todos nosotros. E que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviesemos á la Villa Rica, pues estaba de paz la tierra, y que no se lo habian dicho hasta entónces, porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teniamos cada dia por delante, y en los lados, y pues ya no tornaban de nuevo, los quales creian que volverian, y pues Xico-

tenga con su gran poder no nos ha venido á buscar aquellos tres dias pasados, que debe estar allegando gente, y que no debiamos aguardar otra como las pasadas; y le dixéron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decian algo como soberbios, puesto que iba á manera de consejo, le respondió muy mansamente, y dixo, que bien conocido tenia muchas cosas de las que habian dicho, é que á lo que ha visto y tiene creido, que en el universo no hubiese otros Españoles mas fuertes, ni que con tanto ánimo hayan peleado, ni pasado tan excesivos trabajos, como nosotros: é que andar con las armas á cuestas á la contina, y velas, rondas, y frios, que si así no lo hubieramos hecho, ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos, y otros mayores habiamos de tomar; é dixo: para que es, Señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro Señor es servido ayudarnos; é que quando se me acuerda vernos cercados de tantas Capitanías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes, y andar tan junto de nosotros, ahora me pone grima, especial quando nos matáron la yegua de una cuchillada, quan perdidos y desbaratados estabamos, y entónces conocí vuestro muy grandisimo ánimo mas que nunca; y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenia en el que así habia de ser de allí

adelante, pues en todos estos peligros no me conocceriades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes. Y tuvo razon de lo decir; porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. He querido, Señores, traeros esto á la memoria, que pues nuestro Señor fué servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desque entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la Santa Doctrina lo mejor que pudimos, y les procuramos deshacer sus ídolos. Y pues que ya viamos que el Capitan Xiçotenga, ni sus Capitanías no parecian, y que de miedo no debian de osar volver, porque les debieramos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podria juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenia confianza en Dios, y en su abogado Señor San Pedro, que era fenecida la guerra de aquella Provincia: y ahora como habeis visto, traen de comer los de Cimpacingo, y quedan de paz, y estos nuestros vecinos que estan por aquí poblados en sus casas: y que en quanto dar con los navíos al través, fué muy bien aconsejado, y que si no llamó á alguno dellos al consejo, como á otros caballeros, fué por lo que sintió en el Arenal, que no lo quisiera ahora traer á la memoria, y que el acuerdo y consejo que ahora le dan, y el que entónces le diéron, es todo

de

de una manera, y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el Real, que serán muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas á Dios, y seguillas en su santo servicio será mejor. Y á lo que Señores decis, que jamas Capitanes Romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias, que desto harán memoria, mucho mas que de los antepasados: pues como he dicho todas nuestras cosas en servicio de Dios, y de nuestro gran Emperador Don Cárlos, y aun debaxo de su recta justicia y christiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro Señor, y nos sosterna que vamos de bien en mejor. Así que Señores no es cosa bien acertada volver un paso atras, que si nos viesen volver estas gentes, y los que dexamos atras de paz, las piedras se levantarian contra nosotros: y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarian por muy cobardes, y de pocas fuerzas. Y á lo que decis de estar entre los amigos Totonaques nuestros aliados; si nos viesen que damos vuelta sin ir á México, se levantarian contra nosotros, y la causa dello seria, que como les quitamos que no diesen tributo á Montezuma, enviaria sus poderes Mexicanos contra ellos, para que los tor-

nasen á tributar, y sobre ello dalles guerra, y aun les mandaria que nos la den á nosotros: y ellos por no ser destruidos, porque les temen en gran manera, lo pornian por la obra: así que donde pensabamos tener amigos, serian enemigos: pues desque lo supiese el gran Montezuma que nos habiamos vuelto, qué diria, en qué ternia nuestras palabras, ni lo que le enviamos á decir? que todo era cosa de burla ó juego de niños. Así que Señores, mal allá, y peor acullá, mas vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano, y todo bien poblado, y este nuestro Real bien bastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias á Dios no falta de comer, si tuviesemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarecernos del frio. Y á lo que decis, Señores, que se han muerto desde que salimos de la isla de Cuba cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, frios, dolencias y trabajos, é que somos pocos, é todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos: porque vista cosa es, que las guerras gastan hombres y caballos, [illegible]ue unas veces comemos bien, y no ve[illegible]os al presente para descansar, sino pa[illegible]elear quando se ofreciere: por tanto os [illegible], Señores, por merced, que pues sois [illegible]lleros, y personas que ántes habiades de [illegible] á quien viesedes mostrar flaqueza, [illegible] adelante se os quite del pensamien-

miento la isla de Cuba, y lo que allá dexais, y procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados, que despues de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos. Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volviéron aquellos soldados á repetir en la plática, y dixéron que todo lo que decia estaba bien dicho, mas que quando salimos de la villa, que dexabamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir á México, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad, y tanta multitud de guerreros, y que aquellos Tlascaltecas decian, que los de Cempoal eran pacíficos, y no habia fama dellos, como de los de México, y habemos estado tan á riesgo nuestras vidas, que si otro dia nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podiamos tener de cansados: ya que no nos diesen mas guerras, que la ida de México les parecia muy terrible cosa, y que mirase lo que decia y ordenaba. Y Cortés respondió medio enojado, que valia mas morir por buenos, como dicen los Cantares, que vivir deshonrados. Y demas desto que Cortés les dixo, todos los mas soldados que le fuimos en alzar Capitan, y dimos consejo sobre dar al través con los navíos, diximos en alta voz, que no curase de corrillos, ni de oir semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos aper-

cebidos para hacer lo que convenga : y así cesáron todas las pláticas: verdad es que murmuraban de Cortés, é le maldecian, y aun de nosotros que le aconsejabamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos truxéron, y decian otras cosas no bien dichas, mas en tales tiempos se disimulaban. En fin todos obedeciéron muy bien. Y dexaré de hablar en esto, é diré como los Caciques viejos de la Cabecera de Tlascala enviáron otra vez mensajeros de nuevo á su Capitan General Xicotenga, que en todo caso no nos dé guerra, y que vaya de paz luego á nos ver, y llevar de comer, porque así está ordenado por todos los Caciques y principales de aquella tierra, y de Guaxocingo: y tambien enviáron á mandar á los Capitanes que tenia en su compañía, que si no fuese para tratar pazes, que en cosa ninguna le obedeciesen: y esto le tornáron á enviar á decir tres veces, porque sabian cierto, que no les queria obedecer, y tenia determinado el Xicotenga, que una noche habia de dar otra vez en nuestro Real, porque para ello tenia juntos veinte mil hombres, y como era soberbio y muy porfiado, así ahora, como las otras veces, no quiso obedecer. Y lo que sobre ello hizo, diré adelante.

CAPÍTULO LXX.

Como el Capitan Xicotenga tenia apercebidos veinte mil hombres guerreros, escogidos para dar en nuestro Real, y lo que sobre ello se hizo.

Como Mase Escaci y Xicotenga el viejo, y todos los mas Caciques de la Cabecera de Tlascala enviáron quatro veces á decir á su Capitan, que no nos diese guerra, sino que nos fuese á hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro Real, y mandáron á los demas Capitanes que con él estaban que no le siguiesen, sino fuese para acompañarle si nos iba á ver de paz; como el Xicotenga era de mala condicion, porfiado y soberbio, acordó de nos enviar quarenta Indios, con comida de gallinas, pan y fruta, y quatro mugeres Indias viejas, y de ruin manera, y mucho copal, y plumas de papagayos, y los Indios que lo traian, al parecer creímos que venian de paz: y llegados á nuestro Real zahumáron á Cortés, y sin hacer acato como suelen entre ellos, dixéron: esto os envia el Capitan Xicotenga, que comais si sois Teules, como dicen los de Cempoal: é si quereis sacrificios, tomar esas quatro mugeres, que sacrifiqueis, y podeis comer de sus carnes y corazones: y porque no sabemos de qué manera lo haceis,

por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros, y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta, y si sois Teules mansos, ahí os traemos copal, que ya he dicho que es como incienso) y plumas de papagayos, haced vuestro sacrificio con ello. Y Cortés respondió con nuestras lenguas, que ya les habia enviado á decir, que quieren paz, y que no venia á dar guerra, y les venian á rogar y manifestar de parte de nuestro Señor Jesu-Christo, que es el en quien creemos y adoramos, y el Emperador Don Cárlos (cuyos vasallos somos) que no maten, ni sacrifiquen á ninguna persona como lo suelen hacer; y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no Teules, sino Christianos, y que no tenemos por costumbre de matar á ningunos, que si matar quisieramos, que todas las veces que nos diéron guerra de dia y de noche, habia en ellos hartos en que pudieramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen, se lo agradece, y que no sean mas locos de lo que han sido, y vengan de paz. Y parece ser aquellos Indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espias para mirar nuestras chozas y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro Real habia, y ranchos, caballos y artillería, y quantos estabamos en cada choza, y estuviéron aquel dia y noche, y se iban unos con mensajes á su Xicotenga, y venian otros; y

los

los amigos que traiamos de Cempoal miráron y cayéron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de dia ni de noche nuestros enemigos en el Real sin propósito ninguno, y que cierto eran espias, y tomáron dellos mas sospecha, porque quando fuimos á lo del pueblezuelo Cimpacingo, dixéron dos viejos de aquel pueblo á los de Cempoal, que estaba apercebido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro Real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entónces tuviéronlo por burla, y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto, no se lo habian dicho á Cortés, y súpolo luego Doña Marina, y ella lo dixo á Cortes. Y para saber la verdad, mandó Cortes apartar dos de los Tlascaltecas que parecian mas hombres de bien, y confesáron que eran espias de Xicotenga, y todo á la fin que venian: y Cortés les mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni mas ni ménos confesáron que eran espías, y tomáronse otros dos ni mas ni ménos: y mas dixéron, que estaba su Capitan Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus Capitanías en nosotros: y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el Real, para que estuviesemos muy alerta, creyendo que habian de venir, como lo tenian concertado, y luego mandó prender hasta diez y siete Indios de aquellas espias, y dellos se cortáron las manos, y á otros los de-

dedos pulgares, y los enviamos á su Capitan Xicotenga, y se les dixo, que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, é digan que venga quando quisiere, de dia, ó de noche, que allí le aguardariamos dos dias: y que si dentro de los dos dias no viniese, que lo iriamos á buscar á su Real, y que ya hubieramos ido á les dar guerra, y matalles, sino porque los queremos mucho; y que no sean mas locos, y vengan de paz. Y como fuéron aquellos Indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que ya Xicotenga queria salir de su Real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenian concertado; y como vió ir á sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contáron todo lo acaecido, y desde entónces perdió el brio y soberbia, y demas desto, ya se le habia ido del Real una Capitanía con toda su gente, con quien habia tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. E pasemos adelante.

CAPÍTULO LXXI.

Como viniéron á nuestro Real los quatro principales que habian enviado á tratar paces, y el razonamiento que hiciéron, y lo que mas pasó.

Estando en nuestro Real sin saber que habian de venir de paz, puesto que la deseabamos en gran manera, y estabamos entendiendo en aderezar armas, y en hacer saetas, y cada uno en lo que habia menester para en cosas de la guerra; en este instante, vino uno de nuestros corredores del campo á gran priesa, y dixo, que por el camino principal de Tlascala vienen muchos Indios é Indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen ácia nuestro Real, é que el otro su compañero de á caballo corredor del campo está atalayando para ver á que parte van: y estando en esto llegó el otro su compañero de á caballo, y dixo, que muy cerca de allí venian derechos adonde estabamos, y que de rato en rato hacian paradillas: y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fue, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto, ni sentimiento, y que disimulados nos estuviesemos en nuestras chozas; y luego de todas aquellas gentes que venian con las cargas se adelan-

lantáron quatro principales que traian cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los Caciques viejos, y haciendo señas de paz, que era abaxar la cabeza, se viniéron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusiéron la mano en el suelo, y besáron la tierra, y hiciéron tres reverencias, y quemáron sus copales, y dixéron, que todos los Caciques de Tlascala, y vasallos y aliados, y amigos, y confederados suyos, se vienen á meter debaxo de la amistad y pazes de Cortés, y de todos sus hermanos los Teules que consigo estaban, y que les perdone, porque no han salido de paz, y por la guerra que nos han dado, porque creyéron y tuviéron por cierto, que eramos amigos de Montezuma, y sus Mexicanos, los quales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque viéron que venian con nosotros en nuestra compañia muchos de sus vasallos que le dan tributos, y que con engaño y traiciones les queria entrar en su tierra, como lo tenian de costumbre para llevar robados sus hijos y mugeres, y que por esta causa no creian á los mensageros que les enviabamos: y demas desto dixéron, que los primeros Indios que nos saliéron á dar guerra asi como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los Chontales Estomies, que son gentes como monteses, y sin razon, y que como viéron que

eramos tan pocos, que creyéron de tomarnos á manos, y llevarnos presos á sus Señores, y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traian, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de ahí á dos dias vendrá el Capitan Xicotenga con otros Caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlascala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubiéron acabado su razonamiento, baxáron sus cabezas, y pusiéron las manos en el suelo, y besáron la tierra. Y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad, é hizo del enojado, é dixo, que puesto que habia causas para no los oir, ni tener amistad con ellos; porque desde que entramos por su tierra, les enviamos á demandar pazes, y les envió á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de México, é no lo quisiéron creer, y querian matar nuestros Embaxadores, y no contentos con aquello nos diéron guerra tres veces, y de noche, y que tenia espias y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudieramos matar muchos de sus vasallos, y no quise, y que los que muriéron me pesa por ello, que ellos diéron causa á ello, y que tenia determinado de ir adonde estan los Caciques viejos á dalles guerra: que pues ahora vienen de paz de

par-

parte de aquella Provincia, que él los recibe en nombre de nuestro Rey y Señor, y les agradece el bastimento que traen: y les mandó que luego fuesen á sus Señores á les decir vengan, ó envien á tratar las pazes con mas certificacion, y si no vienen, que iriamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules, para que diesen á los Caciques en señal de paz: y se les amonestó, que quando viniesen á nuestro Real, fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos. Y luego se fuéron aquellos quatro principales mensageros, y dexaron en unas casas de Indios algo apartadas de nuestro Real las Indias que traian para hacer pan y gallinas y todo servicio, y veinte Indios que les traian agua y leña, y desde allí adelante nos traian muy bien de comer: y quando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las pazes, dimos muchas gracias á Dios por ello, y vinieron en tiempo que ya estabamos tan flacos, y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habia dellas, qual se puede colegir: y en los capítulos pasados dice el Corónista Gomara, que Cortés se subió en unas peñas, y qúe vió el pueblo de Cimpacingo, digo que estaba junto á nuestro Real, que harto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quie-

quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por informacion. Digo, que Capitan nunca fué tan obedecido en el mundo, segun adelante lo verán, que tal por pensamiento no pasó á ningun soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fué quando lo de los Arenales; y las palabras que le decian en el capítulo pasado, era por via de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguiéron muy bien y lealmente: y no es mucho que en los exércitos algunos buenos soldados aconsejen á su Capitan, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andabamos: y quien viere su historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta eloqüencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dexallohe aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensageros que envió el gran Montezuma.

CAPÍTULO LXXII.

Como viniéron á nuestro Real Embaxadores de Montezuma, gran Señor de México, y del presente que traxéron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia fué servido darnos victoria de aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra

fama por todas aquellas comarcas, y fué á oidos del gran Montezuma á la gran ciudad de México, y si ántes nos tenian por Teules, que son como sus ídolos, de ahí adelante nos tenian en muy mayor reputacion, y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra, como siendo nosotros tan pocos, y los Tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera, que Montezuma, gran Señor de México, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlascala, y á nuestro Real para darnos el bien venido, y á decir que se habia holgado mucho de nuestra gran victoria que hubimos contra tantos esquadrones de guerreros, y envió un presente obra de mil pesos de oro en joyas muy ricas, y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodon; y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran Emperador, y que se holgaba porque estabamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia á Cortés, y á todos los Teules sus hermanos que con él estabamos, que así nos llamaba, y que viese quanto queria de tributo cada año para nuestro gran Emperador, que lo dará en oro, plata, y joyas, y ropa, con tal que no fuesemos á Mexico, y esto que no lo hacia porque no fuesemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por

ser

ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaria de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podria remediar tan bien como querria. Cortés le respondió, y dixo que le tenia en merced la voluntad que mostraba, y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su Magestad el tributo que decia, y luego rogó á los mensageros, que no se fuesen hasta ir á la Cabecera de Tlascala, y que allí los despacharia, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra, y no les quiso dar luego la respuesta, porque estaba purgado del dia ántes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe como se han de tomar. Dexaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro Real pasó.

CAPÍTULO LXXIII.

Como vino Xicotenga, Capitan General de Tlascala, á entender en las pazes, y lo que dixo, y lo que nos avino.

Estando platicando Cortés con los Embaxadores de Montezuma, como dicho habemos, y queria reposar, porque estaba malo de calenturas, y purgado de otro dia ántes, viénenle á decir que venia el Capitan Xicotenga con muchos Caciques y Capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas

y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas, y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traia consigo hasta cincuenta hombres principales que le accompañaban; y llegado al aposento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí: y dixo el Xicotenga, que él venia de parte de su padre, y de Mase Escaci, y de todos los Caciques y República de Tlascala á rogarle que los admitiese á nuestra amistad, y que venia á dar la obediencia á nuestro Rey y Señor, y á demandar perdon por haber tomado armas, y habernos dado guerra: y que si lo hiciéron, que fué por no saber quien éramos, porque tuviéron por cierto, que veniamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras, y roballes, y saqueallas, que así creyéron que lo queria hacer ahora: y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear: y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro, ni plata ni piedras ricas, ni ropa de algodon, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscallo: y que si sus antepasados tenian algun oro, ó piedras de valor, que al Montezuma se le habian dado, quando algunas veces hacian

cian paces ó treguas, porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atras pasados: y porque al presente no tienen que dar, que los perdone, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad: y dio muchas quejas de Montezuma, y de sus aliados, que todos eran contra ellos, y les daban guerra, puesto que se habian defendido muy bien, y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudiéron, aunque se habian juntado tres veces con todos sus guerreros, y que eramos invencibles, y que como conociéron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran Señor Emperador Don Carlos, porque tienen por cierto, que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mugeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores Mexicanos, y dixo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo, y de grande espalda, y bien hecho, y la cara tenia larga, y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad: y Cortés les dió las gracias muy cumplidas, con halagos que le mostró, y dixo que él los recibia por tales vasallos de nuestro Rey y Señor, y amigos nuestros: y luego dixo el Xicotenga, que nos rogaba fuesemos á su ciudad, porque estaban todos los Caciques vie-

viejos y Papas aguardandonos con mucho regocijo; y Cortés le respondió que él iria presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensageros, que el será allá; y tornó Cortés á decir algo mas áspero, y con gravedad de las guerras que nos habian dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos, que sean firmes, y no haya mudamiento; porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga, y todos los principales que con él venian, respondiéron á una, que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes: y pasáron otras pláticas de Cortés á Xicotenga, y de todos los mas principales, y se les diéron unas cuentas verdes y azules para su padre, y para él y los mas Caciques; y les mandó que dixesen que iria presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que he dicho, estaban presentes los Embaxadores Mexicanos, de lo qual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendiéron, que por ellas no les habia de venir bien ninguno. Y desque se hubo despedido el Xicotenga, dixéron á Cortés los Embaxadores de Montezuma medio riendo, que

si creia algo de aquellos ofrecimientos é paces que habian hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla, y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores, y engañosas, que lo hacian, para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar á su salvo, darnos guerra y matarnos, y que tuviesemos en la memoria quantas veces nos habian venido con todos sus poderes á matar; y como no pudiéron, y fueron de ellos muchos muertos, y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas, y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dixo, que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento, como decian, é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se le da que den guerra de dia, que de noche, ni que sea en el campo, que en la ciudad, que en tanto tenia lo uno como lo otro: y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos Embaxadores su determinacion, rogáronle que aguardasemos allí en nuestro Real seis dias, porque querian enviar dos de sus compañeros á su Señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis dias con respuesta, y Cortés se lo prometió, lo uno, porque como he dicho, estaba en calenturas, y lo otro, como aquellos Embaxadores le dixeron aquellas palabras, puesto que hi-

hizo semblante no hacer caso de ellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces, porque eran tales, que habia que pensar en ellas, y como en aquella sazon vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra Villarica de Vera-Cruz, eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la Villa para acabar de hacer la fortaleza, y por Capitan de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedáron, en las quales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro Señor Jesu-Christo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las victorias y rencuentros desde que entramos en la Provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello, y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos Totonaques nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habian dexado soterradas en cierta parte señalada de su aposento: y asimismo truxesen hostias de las que habiamos traido de la isla de Cuba, porque las que truximos de aquella entrada, ya se habian acabado. En las quales cartas dice que hubiéron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto: y en aquellos dias en nuestro Real pusimos una Cruz

muy

ıy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los
lios de Cimpacingo, y á los de las casas
e estaban junto de nuestro Real que en-
asen un Cu, y estuviese bien aderezado.
xemos de escribir desto, y volvamos á
ıestros nuevos amigos los Caciques de Tlas-
a, que como viéron que no ibamos á su
ɪeblo, ellos venian á nuestro Real con ga-
ıas y tunas, que era tiempo dellas, y ca-
dia traian el bastimento que tenian en
casa, y con buena voluntad nos lo da-
ı, sin que quisiesen tomar por ello cosa
guna, aunque se lo dabamos, y siempre
ando á Cortés que se fuese luego con
ɔs á su ciudad: y como estabamos aguar-
ıdo á los Mexicanos los seis dias como les
ımetió, con palabras blandas les detenia,
ıego cumplido el plazo que habian dicho,
iéron de México seis principales hombres
mucha estima, y truxéron un rico pre-
te que envió el gran Montezuma, que
ron mas de tres mil pesos de oro en ri-
joyas de diversas maneras, ducientas pie-
de ropa de mantas muy ricas de pluma,
e otras labores, y dixéron á Cortés quan-
lo presentáron, que su Señor Montezu-
se huelga de nuestra buena andanza, y
: le ruega muy ahincadamente, que ni
bueno ni malo no fuese con los de Tlas-
ı á su pueblo, ni se confiase dellos, que
querian llevar allá para roballe oro y ro-
porque son muy pobres, que una man-
ta

ta buena de algodon no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos, y nos envia aquel oro, y joyas, y mantas, lo procuraran de robar muy mejor: y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dixo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al Señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los Tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y todavía quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensageros de Tlascala á decir á Cortés, como vienen cerca de allí todos los Caciques viejos de la cabecera de toda la Provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés, y á todos nosotros, para llevarnos á su ciudad, y como Cortés lo supo, rogó á los Embaxadores Mexicanos que aguardasen tres dias por los despachos para su Señor; porque tenia al presente que hablar, y despachar sobre la guerra pasada, é paces que ahora tratan, y ellos dixéron que aguardarian. Y lo que los Caciques viejos dixéron á Cortés, se dirá adelante.

CA-

CAPÍTULO LXXIV.

Como viniéron á nuestro Real los Caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés y á todos nosotros, que luego nos fuesemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los Caciques viejos de toda Tlascala viéron que no ibamos á su ciudad, acordáron de venir en andas, y otros en chamacas é acuestas, y otros á pie, los quales eran los por mí ya nombrados, que se decian Mase Escaci, Xicotenga el viejo é ciego é Guaxolacima, Chichimeclatecle, Tecapaneca de Topeyanco, los quales llegáron á nuestro Real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hiciéron á Cortés, y á todos nosotros tres reverencias, y quemáron copal, y tocáron las manos en el suelo, y besáron la tierra: y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y díxole: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar, que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma, y sus grandes poderes, porque creimos que erades de su bando, y confederados; y si supieramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recebir á los caminos con mu-

muchos bastimentos, sino teneroslo
ridos, y aun fueramos por vosotros á
donde teniades vuestros acales, que s
víos; y pues ya nos habeis perdonad
que ahora os venimos á rogar yo y todo
Caciques, es, que vais luego con nos
nuestra ciudad, y allí os darémos de
tuviéremos, é os servirémos con nu
personas y haciendas: y mira Malin
hagas otra cosa, sino luego nos van
porque tememos que por ventura te l
dicho esos Mexicanos algunas cosas
sedades y mentiras de las que suelen
de nosotros, no los creas, ni los oiga
en todo son falsos, y tenemos entendid
por causa dello no has querido ir á
tra ciudad. Y Cortés respondió con
semblante, y dixo, que bien sabia desc
chos años ántes, que á estas sus tier
niesemos, como eran buenos, y que
se maravilló, quando no saliéron de
ra, y que los Mexicanos que allí es
aguardaban respuestas para su Señor
tezuma: é á lo que decian, que fu
luego á su ciudad, y por el bastimen
siempre traian, é otros cumplimientos
se lo agradecian mucho, y lo pagaria e
nas obras, é que ya se hubiera ido,
viera quien nos llevase los tepuzques
son las bombardas: y como oyéron a
palabra, sintiéron tanto placer, que
rostros se conoceria, y dixéron; pues

por esto has estado, y no lo has dicho? y en ménos de media hora traen sobre quinientos Indios de carga, y otro dia muy de mañana comenzamos á marchar camino de la Cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería, como de los caballos, y escopetas y ballesteros, y todos los demas, segun lo teniamos de costumbre: y habia rogado Cortés á los mensageros de Montezuma que se fuesen con nosotros, para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharia, y que en su aposento estarian, porque no recibiesen ningun deshonor; porque segun dixéron temianse de los Tlascaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir, como en todos los pueblos por donde pasamos, ó en otros donde tenian noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinchi, y así le nombraré de aquí adelante Malinchi en todas las pláticas que tuvieremos con qualesquier Indios, así desta Provincia, como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés, sino en parte que convenga: y la causa de haberle puesto aqueste nombre, es, que como Doña Marina nuestra lengua estaba siempre en su compañía, especialmente quando venian Embaxadores, ó pláticas de Caciques, y ella lo declaraba en lengua Mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el Capitan de Marina, y para mas breve le llamáron Malinchi; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez

de

de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con Doña Marina, y con Gerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Artiaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no habia para que; porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice, Malinche: y tambien quiero decir, que como entramos en tierra de Tlascala, hasta que fuimos á su ciudad, se pasáron veinte y quatro dias, y entramos en ella á veinte y tres de Setiembre de mil y quinientos y diez y nueve años, y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

CAPÍTULO LXXV.

Como fuimos á la ciudad de Tlascala, y lo que los Caciques viejos hiciéron, de un presente que nos diéron, y como truxéron sus hijas, y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los Caciques viéron que comenzaba á ir nuestro fardaxe camino de su ciudad, luego se fuéron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir, y para tener los aposentos muy enramados: é ya que llegabamos á un quarto de legua de la ciudad, salennos á recebir los mis-

mismos Caciques que se habian adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas, y muchos principales, cada parentela y vando y parcialidad por sí; porque en Tlascala habia quatro parcialidades, sin las de Tecapaneca, Señor de Tepoyanco, que eran cinco, y tambien viniéron de todos los lugares sus sugetos, y traian sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas, y de buenas labores, y pinturas, porque algodon no lo alcanzaban. Y luego viniéron los Papas de toda la Provincia, que habia muchos por los grandes adoratorios que tenian, que ya he dicho, que entre ellos se llaman Cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican, y traian aquellos Papas braseros con brasas, y con sus inciensos zahumando á todos nosotros, y traian vestidos algunos dellos ropas muy largas, á manera de sobrepellizes, y eran blancas, y traian capillas en ellos como que querian parecer á las que traen los Canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden desparcir, si no se cortan, y llenos de sangre, que les salian de las orejas, que en aquel dia se habian sacrificado; y abaxaban las cabezas, como á manera de humildad quando nos viéron, y traian las uñas de los dedos de las manos muy largas: é oimos decir, que aquellos Papas tenian por Religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegáron mu-

chos

rehenes todo lo que quisieres, y fuere tu voluntad. Y Cortés, y todos nosotros estabamos espantados de la gracia y amor con que lo decian; y Cortés les respondió con Doña Marina, que así lo tiene creido, é que no ha menester rehenes, sino ver sus buenas voluntades: y que en quanto á venir apercebidos, que siempre lo teniamos de costumbre, y que no lo tuviesen á mal: y por todos los ofrecimientos se lo tenia en merced, y se lo pagaria el tiempo andando: y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas, y pan de maiz, y tunas, y otras cosas de legumbres que habia en la tierra, y bastecen el Real muy cumplidamente, que en veinte dias que allí estuvimos todo lo hubo sobrado, y entramos en esta ciudad á veinte y tres dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años: é quedaráse aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Como se dixo Misa estando presentes muchos Caciques, y de un presente que truxéron los Caciques viejos.

Otro dia de mañana mandó Cortés, que se pusiese un altar para que se dixese Misa, porque ya teniamos vino é hostias: la qual Misa dixo el Clérigo Juan Diaz, porque el Padre de la Merced estaba con calenturas, y muy flaco, y estando presente Mase Escaci el viejo, y Xicotenga, y otros Caciques: y acabada la Misa Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le soliamos acompañar, y tambien los dos Caciques viejos, y nuestras lenguas, y díxole el Xicotenga, que le querian traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dixo, que quando quisiesen: y luego tendiéron unas esteras, y una manta encima, y truxéron seis ó siete pecezuelos de oro, y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de Nequen, que toda era muy pobre, que no valia veinte pesos: y quando lo daban, dixéron aquellos Caciques riendo: Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recebirás con buena voluntad: ya te hemos enviado á decir, que somos pobres, é

que no tenemos oro, ni ningunas riquezas, y la causa dello es, que esos traidores y malos de los Mexicanos, y Montezuma que ahora es señor, nos lo han sacado todo quando soliamos tener paces y treguas que les demandabamos, porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te serémos: y entónces tambien truxéron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dixo, que en mas tenia aquello por ser de su mano, y con la voluntad que se lo daban, que si le truxeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor. Y parece ser tenian concertado entre todos los Caciques de darnos sus hijas y sobrinas las mas hermosas que tenian, que fuesen doncellas por casar, y dixo el viejo Xicotenga: Malinche, porque mas claramente conozcais el bien que os queremos, y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas, para que sean vuestras mugeres, y hagais generacion, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, e quiérola para vos: y asimismo Masc Escaci, y todos los mas Caciques dixéron que traerian sus hijas, y que las recibiesemos por mugeres, y dixé-

ron

ron otros muchos ofrecimientos, y en todo el dia no se quitaban, así el Mase Escaci, como el Xicotenga de cabe Cortes, y como era ciego de viejo el Xicotenga, con la mano atentaba á Cortés en la cabeza, y en las barbas y rostro, y se la traia por todo el cuerpo: y Cortés les respondió á lo de las mugeres, que él, y todos nosotros se lo teniamos en merced, y que en buenas obras se lo pagariamos el tiempo andando: y estaba allí presente el Padre de la Merced, y Cortés le dixo: Señor Padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento á estos Caciques para que dexen sus ídolos, y no sacrifiquen, porque harán qualquier cosa que les mandaremos, por causa del gran temor que tienen á los Mexicanos; y el Frayle dixo: Señor, bien es, pero dexémoslo hasta que traygan las hijas, y entónces habrá materia para ello, y dirá v. m. que no las quiere recebir, hasta que prometan de no sacrificar; si aprovechare bien; sino harémos lo que somos obligados: y así quedó para otro dia, y lo que se hizo se dirá adelante.

y en él se dixo Misa, y se bautizáron aquellas Cacicas, y se puso nombre á la hija de Xicotenga, Doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dió á Pedro de Alvarado, y dixo á Xicotenga, que aquel á quien la daba era su hermano, y su Capitan, y que lo hubiese por bien, porque seria dél muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello: y la hija ó sobrina de Mase Escaci se puso nombre Doña Elvira, y era muy hermosa; y parécceme que la dió á Juan Velazquez de Leon; y las demas se pusiéron sus nombres de Pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Christóval de Oli, y á Gonzalo de Sandoval, y á Alonso de Avila. Y despues desto hecho, se les declaró á que fin se pusiéron dos Cruces, é que era porque tienen temor dellas sus ídolos, y que á do quiera que estabamos de asiento, é dormiamos, se ponen en los caminos; e á todo esto estaban muy atentos. Antes que mas pase adelante, quiero decir como de aquella Cacica hija de Xicotenga, que se llamó Doña Luisa, que se la dió á Pedro de Alvarado, que así como se la diéron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba, y le daban presentes, y la tenian por su señora; y della hubo el Pedro de Alvarado, siendo soltero, un hijo que se dixo Don Pedro, é una hija que se dice Doña Leonor, muger que ahora es de Don

Fran-

Francisco de la Cueva buen Caballero, primo del Duque de Alburquerque, é ha habido en ella quatro ó cinco hijos muy buenos Caballeros: y aquesta señora Doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué Comendador de Santiago, Adelantado, y Gobernador de Guatemala; y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascala, que era como Rey. Dexemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos Caciques, y les preguntó muy por entero de las cosas de México, y lo que sobre ello dixéron es esto que diré.

CAPÍTULO LXXVIII.

Como Cortés preguntó á Mase Escaci, é á Xicotenga por las cosas de México, y lo que en la relacion dixeron.

Luego Cortés apartó aquellos Caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de México, y Xicotenga, como era mas avisado y gran señor, tomó la mano á hablar, y de quando en quando le ayudaba Mase Escaci, que tambien era gran señor, y dixéron que tenia Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que quando queria tomar un gran pueblo, ó hacer un

asal-

asalto en una Provincia, que ponia en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenia bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas, que con ellos tienen de mas de cien años, y Cortés le dixo: Pues con tanto guerrero, como decis que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer? y respondiéron que puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que tambien de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos, y otros presos; y que no venian tan encubiertos, que dello no tuviese noticia, y quando lo sabian, que se apercebian con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendian é ofendian: é que como todas las Provincias y pueblos que ha robado Montezuma, y puesto debaxo de su dominio, estaban muy mal con los Mexicanos, y traian dellos por fuerza á la guerra, no pelean de buena voluntad, ántes de los mismos tenian avisos, y que á esta causa les defendian sus tierras lo mejor que podian, y que donde mas mal les habia venido á la contina, es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un dia, que se dice Cholula, que son grandes traidores, y que allí metia Montezuma secretamente sus Capitanías, y como estaban cerca de noche hacian salto. Y mas dixo Mase Escaci, que tenia

Mon-

Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos qae sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributan oro y plata y plumas y piedras, y ropa de mantas y algodon é Indios, é Indias para sacrificar, y otros para servir: y que es tan gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas, y piedras chalchihuites que ha robado y tomado por fuerza á quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra estan en su poder: y luego contáron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar, si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mugeres que tenia, y como casaba algunas dellas, de todo daban relacion: y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad de la manera que es la laguna y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y como entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y como en alzando qualquiera dellas, se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad: y como está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de casa en casa, sino es por unas puentes levadizas que tienen hechas, ó en canoas, y todas las ca-

sas son de azuteas, y en las azuteas tienen hechas como á manera de mamparos, y pueden pelear desde encima dellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edificios, y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles: y luego contáron de la manera de las armas, que eran varas de á dos gajos, que tiraban con tiraderas, que pasan qualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales, que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte, que cortan mas que navajas, y rodelas, y armas de algodon, y muchos honderos con piedras rollizas, é otras lanzas muy largas, y espadas de á dos manos de navajas: y truxéron pintados en unos paños grandes de nequen las batallas que con ellos habian habido, y la manera del pelear, y como nuestro Capitan, y todos nosotros estabamos ya informados de todo lo que decian aquellos Caciques, estorbó la plática, y metiólos en otra mas honda, y fué que como ellos habian venido á poblar á aquella tierra, é de que partes viniéron, que tan diferentes y enemigos eran de los Mexicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras: y dixéron, que les habian dicho sus antecesores, que en los *tiempos* pasados que habia allí entre ellos

po-

poblados hombres y mugeres muy altos dè cuerpo, y de grandes huesos, que porque eran muy malos, y de malas maneras, que los matáron peleando con ellos, y otros que quedaban se muriéron: é para que viesemos que tamaños é altos cuerpos tenian, truxéron un hueso ó zancarron de uno dellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura: y aquel zancarron era desde la rodilla hasta la cadera; yo me medí con él, y tenia tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y truxéron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones; y tuvimos por cierto haber habido Gigantes en esta tierra: y nuestro Capitan Cortés nos dixo, que seria bien enviar aquel gran hueso á Castilla para que lo viese su Magestad, y así lo enviamos con los primeros Procuradores que fuéron. Tambien dixéron aquellos mismos Caciques, que sabian de aquellos sus antecesores, que les habia dicho un su ídolo en quien ellos tenian mucha devocion, que vendrian hombres de las partes de ácia donde sale el Sol, y de léjas tierras á les sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y quando tratáron las paces se les acordó desto que les habia di

fieros, y los Indios de Guaxocingo; y los de Tlascala se lo tuviéron á mucho atrevimiento: y quando lo contaba al Capitan Cortés, y á todos nosotros, como en aquella sazon no habiamos visto ni oido, como ahora que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos Españoles, y aun Frayles Franciscos, nos admirabamos entónces dello; y quando fué Diego de Ordás á Castilla lo demandó por armas á su Magestad, é así las tiene ahora un su sobrino Ordás, que vive en la Puebla. Y despues acá desque estamos en esta tierra, no le habemos visto echar tanto fuego, ni con tanto ruido como al principio; y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de mil y quinientos y treinta y nueve, que echó muy grandes llamas, y piedras, y ceniza. Dexemos de contar del volcan, que ahora que sabemos que cosa es, y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua, y los de Guatemala, se podian haber callado los de Guaxocingo sin poner en relacion: y diré como hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes, y llenas de Indios é Indias que tenian dentro encarcelados y á cebo, hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar: las quales cárceles les quebramos y deshicimos, para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes Indios no

osaban de ir á cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escapáron las vidas: y dende en adelante en todos los pueblos que entrabamos, lo primero que mandaba nuestro Capitan era quebralles las tales cárceles, y echar fuera los prisioneros, y comunmente en todas estas tierras las tenian; y como Cortés, y todos nosotros vímos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los Caciques de Tlascala, y se lo riñó muy enojado, y prometiéron desde allí adelante que no matarian, ni comerian de aquella manera mas Indios: dixe yo, ¿que qué aprovechaban aquellos prometimientos? que en volviendo la cabeza hacian las mismas crueldades. Y dexemoslo así, y digamos como ordenamos de ir á México.

TABLA

DE LOS CAPITULOS

DE ESTE PRIMER TOMO.

la

que

gá-

